

13

LA NOVELA ILUSTRADA
II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS — NÚM. 206

LA MALDICION DE DIOS

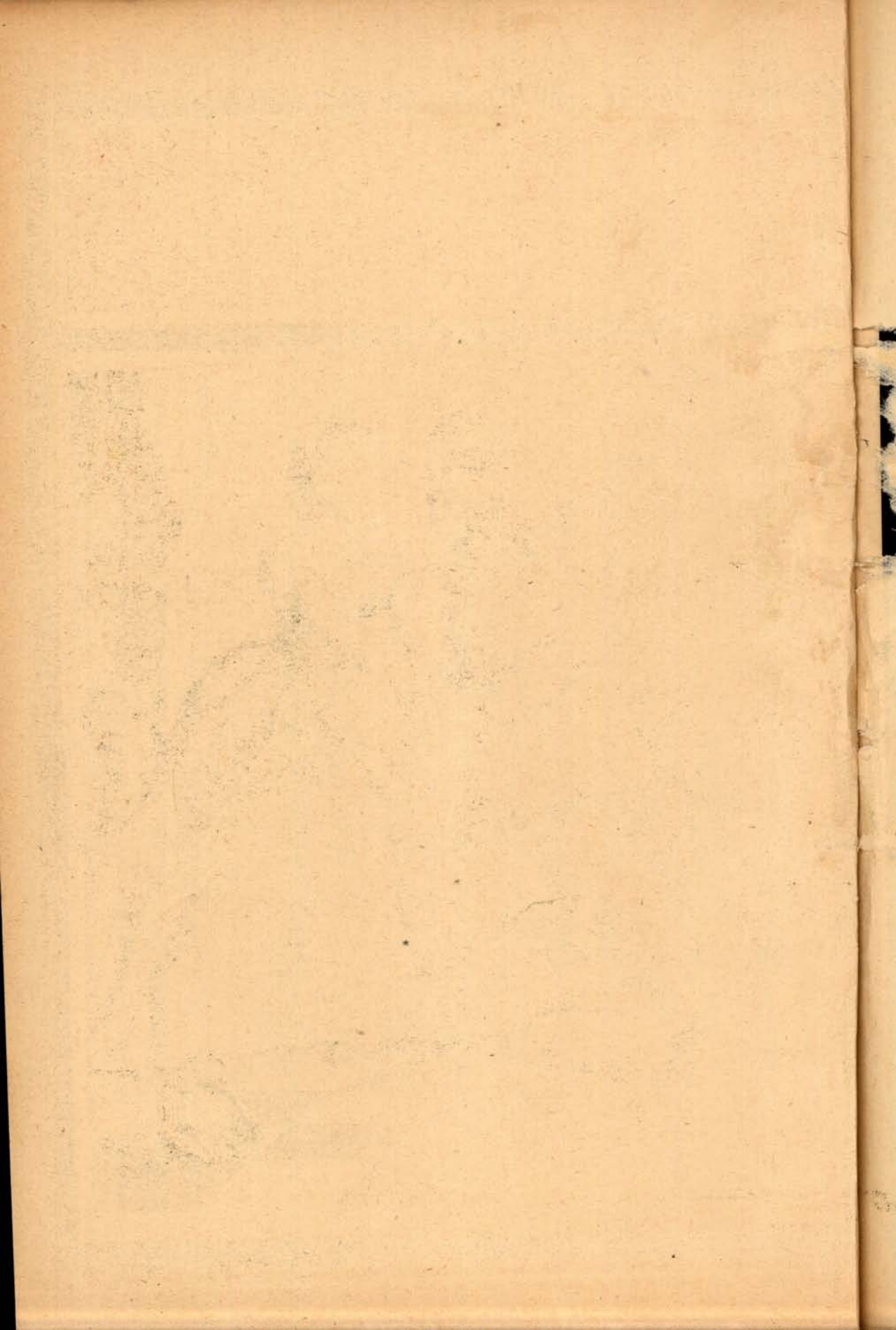
TOMO TERCERO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



—Hiere!— ¡Así me amarás siempre!

35 CTS.



1-£-600/13

LA MALDICION DE DIOS

OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
- 2.—Centinela alerta, por Matilde Serao.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
- 4.—El hijo de la parroquia, por C. Dickens.
- 5.—Carmen, por Próspero Merimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
- 7.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
- 8.—Humo, por Iván Turguenef.
- 9.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 10.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
- 11.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 12.—Amor de española, por J. B. d'Aureville.
- 13.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
- 14.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
- 15.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 16.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
- 17.—El sombrero del cura Cirilo, por B. Marehl.
- 18.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
- 19.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.

- 20.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
- 21.—Venganza corsa, por Próspero Merimée.
- 22.—Padre y fiscal, por Francisco Gope.
- 23.—El ilustre Oantastrea, por G. Rovetta.
- 24.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
- 25.—El idolo de los ojos verdes, por E. Breaux.
- 26.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
- 27.—La bohemia, por Enrique Margit.
- 28.—La pena del muerto, por Quiller Quass.
- 29.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
- 30.—El hijo de Ariaguan, por Paul de Féval (3 tomos).

- 110 a 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Soto (3 tomos).
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, por Daniel Leuseur.
- 175 y 176.—Novelas ejemplares, por Cervantes (dos tomos).
- 177.—Eugenia Grandet Los avaros de provincias, por H. Balzac.

COLECCION CONAN-DOYLE

- 11.—Habla en mano.
- 12.—Al galope.
- 13.—La bandera verde.
- 14.—La traza del Korosko.
- 15.—El millón de la heredera.
- 16.—El vendedor de cadáveres.
- 17.—El robo del diamante azul.

COLECCION VICTOR HUGO

- 85.—Bug-Jargal.
- 86.—Han de Islandia.
- 87.—El noventa y tres.
- 88.—El hombre que ríe (2 tomos).
- 89.—Los trabajadores del mar.
- 90.—Nuestra Señora de París.
- 41 y 42.—Los miserables (2 tomos).

COLECCION TOLSTOI

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La Sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine (2 tomos).

COLECCION ROCAMBOLE POR DUMAS

DU FERRAIL

- 77.—La herencia de los doce millones.
- 78.—El tonel del muerto.
- 79.—El club de los Vaincisseurs.
- 80.—El Rival de Baucourt.
- 81.—La escuela de los cien laises.
- 82.—El juramento de la gitana.

- 83.—Las dos Condesas.
- 84.—El triunfo del mal.
- 85.—Rocamboles tiene miedo.
- 86.—El espectro de la guillotina.
- 87.—Los Caballeros del Glor de Duna.
- 88.—La sombra de Diana.
- 89.—El pacto de las tres mujeres.
- 90.—El hombre de las gafas azules.
- 91.—El número ciento y diez y siete.
- 92.—La cárcel de mujeres.
- 93.—Los lobos de la nieve.
- 94.—El telegrama falso.
- 95.—Las garras de color de rosa.
- 96.—La taberna de la muerte.
- 97.—El fantasma de las cadenas.
- 98.—Las canchales del crimen.
- 99.—El cadáver de cera.
- 100.—La viuda de los tres maridos.
- 101.—Las flores de la selva.
- 102.—El barril de pólvora.
- 103.—Los tres verdugos.
- 104.—El molino sin agua.
- 105.—El plan del hombre gris.
- 106.—El cementerio de los ajusticiados.
- 107.—Una cita de amor.
- 108.—Los dos detectives.
- 109.—El reo de muerte.
- 110.—La cuerda del ahorcado.
- 111.—La niña muda.
- 112.—El secreto de la sartena.
- 113.—La casa de las rosas.
- 114.—Los papeles del asesino.
- 115.—El rapto de una muerta.
- 116.—El hijo rojo.

COLECCION DUMAS

- 49 y 50.—Los tres mosqueteros (2 tomos).
- 51 a 53.—Veinte años después (3 tomos).
- 54 a 59.—El Visconde de Bragelonne (6 tomos).
- 60 a 63.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
- 64 y 65.—Asarilo (2 tomos).
- 66 a 68.—Las dos Dianas (3 tomos).
- 69 y 70.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
- 71.—El Horisopo.
- 72 y 73.—La reina Margarita (2 tomos).
- 74 a 76.—La dama de Monsieau (3 tomos).
- 91 a 93.—Los cuarenta y cinco (3 tomos).
- 120 a 125.—Memorias de un médico (6 tomos).
- 126 a 129.—El collar de la Reina (4 tomos).
- 148 a 150.—Angel Pluton (3 tomos).
- 151 a 153.—La Condesa de Chervy (3 tomos).
- 165 y 166.—El Caballero de Ossa Roja.
- 178 a 180.—Los compañeros de Jehú.
- 186 a 196.—Los Mohicanos de París (11 tomos).
- 197 a 199.—Las lobas de Machecoul (3 tomos).

ORTEGA Y FRIAS

- 430 a 438.—El tribunal de la sangre (9 tomos).
- 439 a 447.—El siglo de las tinieblas (9 tomos).

MAYNE REID

- 159.—La veagassa del A marfil.
- 160.—El borjas armatillo.
- 161.—El barco negro.
- 162.—Los naufragos de la Pandora.
- 163.—Las dos hijas del botero.
- 164.—Mama Rola.
- 181.—Los balleneros.
- 182 y 183.—El pabellón de escorrot.
- 184 y 185.—La criolla de Jamaica (2 tomos).

— FERNANDEZ Y GONZALEZ

- 290 a 293.—Don Juan Torgorio.

LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO TERCERO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.

Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.

MADRID

LA MALDICIÓN DE DIOS

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

TOMO TERCERO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez
Oficina: Melchor de Román, 43

MADRID.—Imprenta de A. Maseo. San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era ya por la tarde.

El emperador acostumbraba á salir á esparcirse, á caballo; por las orillas del río, después de puestas del sol.

Doña Leonor no sabía esto, porque hacía muy poco tiempo que estaba en Sevilla.

Pero cuando vió gran número de gente esperando á la puerta del alcázar, no pudo menos de preguntar al que encontró más cerca, por qué razón había allí reunido tanto ocioso.

La respondieron que aquellos eran pretendientes que esperaban la salida del emperador á paseo, para darle sus memoriales.

—Pues mejor—dijo la joven para sí—, yo no sabía qué hacer para que el emperador me recibiese en audiencia; ahora es distinto; estoy segura de que si el emperador no ha perdido la memoria, cuando yo le vea y le muestre lo que traigo en el bolsillo, tendrá más deseo de hablarme á mí que yo de hablarle á él.

Y doña Leonor, con Cristóbal del Saltillo adjunto, se puso entre los que esperaban fuera de la puerta de la plaza de armas del alcázar.

Al fin, y poco después de puesto el sol, salieron haciendo plaza, á caballo, algunos soldados mandados por un capitán.

Después algunos lacayos montados, de la casa real.

Luego el emperador, llevando á la derecha, y algo atrás, un chambelán, y á la izquierda un caballerizo.

Seguían al emperador algunos caballeros y una fuerte escolta de soldados armados á la jineta.

El emperador iba despacio y recogía con suma afabilidad los memoriales que le entregaban, y que daba á guardar al chambelán.

De improviso, la afable sonrisa del emperador se borró; se puso pálido y en sus ojos brilló un relámpago sombrío.

Doña Leonor se había acercado á él, y en vez de mostrarle un memorial, le mostró un puñal roto, con empuñadura de oro.

El emperador arrancó aquel puñal de la mano de doña Leonor, y dijo al chambelán.

—Que prendan á ese estudiante; que le encierran en una torre del alcázar, pero que no le hagan daño.

Y con la mano trémula, guardó en su escarcela el puñal roto y pasó.

Doña Leonor, con la cual se había quedado el chambelán, fué presa por uno de los oficiales de la guardia, y conducida al interior del alcázar.

Al entrar en él dijo á Saltillo:

—Esperadme aquí fuera, Cristóbal, que no estaré mucho tiempo preso.

Cristóbal estaba pálido como un muerto, y temblaba, temeroso de que le prendiesen también á él.

Doña Leonor fué conducida á la parte superior de una torre del alcázar.

En aquella habitación no había mueble alguno, y á causa de la estrechez de la saetera, única abertura al exterior, por donde penetraba la luz, allí era ya de noche.

—He aquí una nueva aventura que debo á don Juan; una prisión que afortunadamente durará muy poco tiempo; el emperador pasará muy poco esta tarde, y me parece que no podrá menos de correr conmigo una aventura. Esperemos.

Doña Leonor continuó entregándose á sus pensamientos, paseándose á lo largo de su encierro.

Pasó sobradamente una hora, y doña Leonor empezó á inquietarse.

Había supuesto que el emperador se apresuraría á hablar con ella, y la parecía de mal agüero aquella tardanza.

Temió que el emperador, para guardar el secreto de sus amores con Elena Kresberg, podría haberse propuesto tenerla encerrada toda su vida ó algo que fuese peor aún.

Empezó doña Leonor á arrepentirse de haber sido imprudente.

Parecía que don Juan se escapaba á su venganza, y esto la desesperaba.

Al fin se oyeron en la parte baja de la escalera de la torre pasos, primero vagos, luego distintos; sonaron las cerraduras y cerrojos que se abrían, entró un hombre completamente vestido de negro, y de fisonomía vulgar, pero con una gran expresión de reserva, y dijo á doña Leonor:

—Seguidme.

Aquel hombre salió, y tras él doña Leonor. La puerta del calabozo quedó abierta; como que no quedaba en él nada que guardar.

Cuando hubieron descendido, atravesaron un patio estrecho y oscuro, entraron en un callejón, pasaron por algunas puertas, y sin encontrar á nadie, llegaron á una cámara, donde el que conducía á doña Leonor la dijo:

—Esperad aquí.

Y salió por otra puerta.

La cámara era severa, pero rica, algunas bujías puestas en dos candelabros sobre una mesa la alumbraban mal, porque era muy grande.

Las paredes estaban cubiertas de ricos tapices flamencos; el techo era un bello artesonado de madera.

Aquella cámara tenía algo de grande; algo del estilo, por decirlo así, del emperador Carlos V.

Sonaron unos pasos lentos, marcados, graves, que se acercaban.

Se levantó el tapiz que cubría una puerta, y apareció el emperador.

Traía un traje oscuro, una capa, un pequeño sombrero, espada y en la mano un antifaz.

Doña Leonor se arrodilló en el momento que vió al emperador.

Este la miró profundamente.

—¿Quién sois?—la dijo.

—Doña Leonor de Portugal—contestó la joven.

El emperador, que había dado un paso hacia ella, se detuvo.

—¡Ah!—dijo—¿sois vos por ventura una bastarda que persigue á uno de mis gentileshombres?

—A don Juan Tenorio—dijo doña Leonor.

—¡Válgame Dios con don Juan Tenorio!—dijo con disgusto el emperador.

—Don Juan Tenorio—repuso doña Leonor—, es una maldición que alcanza á todos los que se ponen en contacto con él.

—Alzad, alzad, señora, y vengamos al objeto que me ha traído aquí.

Doña Leonor se levantó.

—¿Quién os ha dado este medio puñal?—dijo el emperador, en cuyo acento se notaba la contrariedad de que estaba dominado.

—Hace quince años, en el de mil quinientos diez y siete, vuestra majestad rompió este puñal en la juntura de la puerta de una cámara redonda en una casa de Gante, vecina al palacio arzobispal.

—Lo sé—dijo con impaciencia el emperador.

—Bueno es, señor, que sepáis que yo sé que entregasteis ese medio puñal que tenéis en la mano á vuestra primera querida Elena Kresberg.

El emperador hizo un movimiento enérgico de disgusto y de impaciencia.

—¿Conocéis á Elena? Elena desapareció por el mes de Enero de 1518, y hasta ahora no se sabe lo que ha sido de ella.

—No conozco á esa desdichada, señor; no puedo conocerla: Elena Kresberg murió algunos meses después de su desaparición en París.

El emperador no contestó, pero tembló.

Sólo el remordimiento podía hacer temblar á Carlos de Gante.

Hubo un momento de solemne silencio.

—¿Cómo ha venido este puñal á vuestras manos?—dijo al fin el emperador.

—Me lo ha dado un gitano.

—¿Un gitano? ¿con tales gentes os tratáis?

—Aventuras de aventuras, señor: á tal punto me ha traído don Juan Tenorio; á tal punto me habéis traído vos.

—¡Yo! ¿Qué decís? ¡Yo no os conozco!

—Vuestra majestad hubiera encontrado muy bueno que yo, alegando derechos, justos é injustos, hubiese levantado un partido en Portugal y hubiera arrojado del trono á vuestro cuñado, al cual no podéis embestir de frente; si vuestro cuñado hubiera muerto, lo cual hubiera sido posible, y hubieran muerto sus hijos, tras de lo cual yo hubiera sido reina de Portugal, os era muy fácil decirme, alegando el derecho de vuestra esposa, quitaos de ahí; contentaos con quedaros infanta de Portugal; Portugal es mío.

El emperador miraba profundamente á la joven.

—Dios solo—dijo—, puede penetrar en la conciencia de los reyes.

—¡Y quién lee en su concienal!

—Pasemos, pasemos de esto: vos habéis interpretado muy mal mis intenciones.

—¿Qué importa que un emperador, tal como vos, el medio de que se vale para llegar al fin que se ha propuesto? nada: pues bien; yo, que tengo algo de reina, no reparo en los medios para llegar á los fines.

—¿Cuál es vuestro fin?—dijo el emperador.

—Mi principio y mi fin es don Juan Tenorio.

—Nos extraviarnos—dijo el emperador—; volvamos á lo que me ha traído aquí: ¿decís que un gitano os ha dado este puñal? ¿cómo ha venido á poder de ese gitano esta prenda?

—Con ese gitano y con su mujer huyó de

Gante con su hija, temerosa de su padre, Elena Kresberg.

—¡Su hija!—exclamó el emperador.

—Sí, sí señor, vuestra hija—respondió la joven.

—¿Ha muerto también mi hija?—preguntó con una voz insegura el emperador.

—Está de Dios—dijo doña Leonor—, que vuestra majestad vuelva á encontrarse con don Juan Tenorio.

—Hablad—dijo con acento terrible el emperador.

—¡Ah, no! no ha sido don Juan Tenorio quien ha seducido á Rosaura; ha sido un burlador, que vale mucho menos.

—¡Ah! ¡la vida, la vida, que de la misma manera hace sentir el resultado de las locuras de la juventud al poderoso que al débil! ¡seducida! ¡seducida mi hija!

—Consecuencia necesaria, señor, de haber seducido vuestra majestad á su madre; de haberla abandonado.

—Yo no os he hecho ningún mal, señora, para que así os prevagáis de un secreto mío que conocéis; para que me atormentéis así: debéis comprender que esto me contraría demasiado; no debéis abusar; responded más bien lisa y llanamente á un hombre que tiene corazón, que no es ahora el emperador, sino el padre; el hombre temeroso de Dios y guardador de su honra, que quiere reparar, en cuanto le sea posible, el mal causado por una locura de su juventud: ¿decís que esa desdichada ha sido seducida?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por don Luis del Espino.

—¿Quién es ese hombre?

—Un caballero rico de Sevilla, un comendador de Calatrava, un perseguidor de mujeres, un provocador de hombres, que remeda á don Juan.

—¿Sabe ese hombre que es mi hija la mujer que ha perdido?

—No.

—¿Lo ignora acaso, porque mi hija lo ignore?

—Ella lo sabe.

—¿Y ha guardado el secreto?

—Sí; sólo á mí me lo ha revelado; á mí, en quien ha encontrado protección.

—¿Cómo habéis conocido á esa joven?

—La he sacado del hospital de la Caridad.

—¡Del hospital! ¿y por qué estaba allí?

—Porque anoche, para ocultar su deshonra, ó mejor dicho, para no sobrevivir á ella, se arrojó al Guadalquivir.

Pasó algo terrible por la mirada del emperador. Parecía como que un infierno se revolvía en su alma.

Se dominó, sin embargo, con su terrible fuerza de voluntad, y dijo á doña Leonor:

—¿Quién ha salvado á esa joven?

—Don Juan Tenorio.

—¡Ah!—exclamó el emperador—¡siempre don Juan!

—Pero don Juan, siempre grande, ó siempre terrible—dijo doña Leonor.

—¿Dónde está mi hija, señora?—preguntó don Carlos.

—En la hostería de la «Rosa Andaluza», donde yo habito.

El emperador se puso el antifaz.

—¡Salcedo!—dijo.

Apareció el mismo hombre que había sacado de la torre á doña Leonor.

Venía preparado para salir; esto es, con capa, espada y una gorra en la mano.

—Vamos á la hostería de la «Rosa Andaluza»; sácanos del alcázar.

Salcedo echó á andar en silencio, y tras él siguieron el emperador y la joven.

Atravesaron habitaciones desiertas, patios oscuros y silenciosos, y al fin Salcedo abrió un postigo, y se encontraron fuera, en una calleja estrecha.

Siguieron adelante, y al llegar á la calle de Regina, al ir á entrar en ella, el emperador sintió encima un hombre que dió contra él de espaldas.

Había sonado al mismo tiempo un rápido choque de espadas y una voz angustiosa que había dicho con el acento de la agonía:

—¡Dios me valga!

Aquel Dios me valga le había pronunciado el hombre que había dado de espaldas contra el emperador á tiempo que éste volvía la esquina.

—¡Toma! ¡Por doña Violante muerta, infame!—había dicho casi al mismo tiempo el hombre que había herido al otro.

Hay en las organizaciones nerviosas momentos en que una impresión fuerte se sobrepone á todo.

El emperador sintió horrible aquella especie de asesinato cometido en presencia suya.

A más de esto, tan terrible había sido la estocada que había recibido aquel hombre, al retroceder y dar de espaldas contra el emperador, que aquella estocada, atravesándole de parte á parte, alcanzó ligeramente al emperador en el brazo izquierdo.

El herido cayó, y delante del emperador quedó un hombre espada en mano.

En un movimiento nervioso, impremeditado, cólico, más hombre entonces que rey, don Carlos tiró de la espada, y antes de que Salcedo pudiese interponerse, cerró á estocadas con el hombre que tenía delante.

Al mismo tiempo de una casa vecina salían voces desde los balcones, que gritaban:

—¡Ah de la ronda! ¡Ah de la justicia del rey! ¡Que se matan!

El emperador volvió entonces de aquel vértigo pasajero, que habiéndole hecho olvidarse de quién era, le había lanzado contra el hombre con quien reñía.

Esto era fuerte, diestro y valiente, y se ceñía al emperador.

Sereno ya don Carlos, vió que Salcedo se iba á dar una estocada al hombre que reñía con él.

—¡Un asesinato!—murmuró el emperador—¡no por mi vida!

Y se dejó ir, y atravesó de parte á parte al que con él reñía.

Aquel hombre cayó sin dar un grito.

El emperador se embozó, envainó la espada y siguió deprisa hacia la plaza de la Encarnación, por la cual, atraída por las voces, entraba una ronda, compuesta de un alcalde y cuatro alguaciles.

—¡Ténganse al rey!—dijo el alcalde, cerrando la estrecha calle al emperador, á doña Leonor y á Salcedo.

La aventura era completa.

Una de dos: ó tenía que dejarse reconocer el emperador, ó pasar por cima de la ronda.

Se hallaba en el mismo caso en que se había encontrado la noche anterior don Juan al salir del cementerio del convento de Santa Clara.

Aconteció lo que la noche anterior: dos bravas espadas, apalearon á la ronda, la hicieron huir, y el emperador, la joven y Salcedo salieron de la calle de Regina, se deslizaron á lo largo de la plaza de la Encarnación, se metieron por la primera calle que encontraron, torcieron callejas y más callejas, dando un rodeo, y entraron al fin, en la hostería de la «Rosa Andaluza».

Era muy frecuente en aquellos tiempos ver á un hidalgo enmascarado, y nadie extrañó que el emperador y Salcedo llevasen puesto los antifaces.

Doña Leonor tomó por las escaleras, llegó á la puerta de su cuarto, abrió y entró seguida por el emperador y Salcedo.

El cuarto estaba á obscuras.

—Vete—dijo el emperador á Salcedo—, y vuelve con una silla de manos, con la cual esperarás en la puerta de la hostería: no quiero más aventuras.

Salcedo salió.

Doña Leonor cerró la puerta por dentro.

—Pasad, señor, pasad—dijo en voz baja—; Rosaura está más allá; aun hay que pasar otra puerta: dadme la mano para que no tropecéis.

Doña Leonor buscó en la obscuridad, y encontró una mano del emperador.

Aquella mano estaba helada y temblaba.

—Venid, y cuando estéis dentro pediré luces.

—¿Quién anda ahí?—dijo una voz dolorida desde el interior del aposento—¿sois vos, señora?

—Sí, yo soy, Rosaura—contestó doña Leonor.

—No venis sola—dijo Rosaura.

—Ciertamente que no.

—¿Por qué traeis aquí á nadie?—preguntó Rosaura.

Doña Leonor calló.

—Quién viene con esta señora—dijo el emperador con la voz trémula—, es muy vuestro amigo, Rosaura.

—Yo no tengo ningún amigo—contestó la joven—¿pero por qué estamos á obscuras?

—Pedid, pedid luces—dijo el emperador.

Doña Leonor salió, y el emperador adelantó hacia el lugar donde había sonado la voz de Rosaura.

—¡Ah! ¿por qué os acercáis á mí? ¡Deteneos!

—Yo soy Carlos de Gante—dijo el emperador con la voz mojada en lágrimas.

Rosaura dió un grito agudo.

Después de este grito nada se oyó.

Doña Leonor entró con dos bujías; una en cada mano.

Se iluminó el aposento, y apareció Rosaura desmayada sobre el lecho, y el emperador de rodillas junto á ella; asiendo una mano de Rosaura y oprimiéndola contra sus labios.

Era padre, y aquella desventurada la hija de su primer amor, el remordimiento sordo que no había dejado de roer el alma de Carlos de Gante desde que supo la desaparición de Elena Kresberg.

Al ver, ó por mejor decir, al sentir el efecto de las luces que había traído doña Leonor, don Carlos se alzó.

—Acercaos, acercaos, señora, y alumbrad—dijo.

Doña Leonor se acercó, é inundó de luz el semblante de Rosaura.

El emperador anegó en ella una mirada ansiosa.

—¡Sí! ¡sí!—exclamó—¡es mi hija, mi hija; es un retrato de su madre!

Y calló, inclinó la cabeza, y pareció como que rezaba con la extremidad de sus labios.

Doña Leonor le miraba de una manera profunda é impassible, teniendo en las manos los candeleros con cuyas bujías alumbraba á la desmayada Rosaura.

De repente sonó un golpe seco, y por decirlo



así, imperativo, en la puerta de la habitación.

—¡Don Juan!—exclamó doña Leonor—: le conozco; solo él podría llamar de esa manera a la puerta de mi aposento.

—¡Don Juan! — exclamó el emperador—: abridle.

—¿Queréis que os vea aquí don Juan?

—Sí: abridle.

Doña Leonor puso una de las bujías sobre la mesa, y con la otra fué á abrir.

En efecto, era don Juan.

—He aquí que nos volvemos á ver, Leonor—dijo don Juan.

—Pasad, pasad, y no demos que decir á las gentes—dijo doña Leonor.

Don Juan pasó, y doña Leonor cerró la puerta. Cuando entró no vió al emperador.

Además de esto, las cortinas del lecho estaban echadas, y no se veía á Rosaura.

Don Juan, con la gorra puesta, altivo, pálido, estaba de pie junto á la mesa circular que había en el centro del aposento.

—¿A qué debo la fortuna de volverte á ver?—dijo con acento duro y sarcástico doña Leonor, olvidándose de que el emperador estaba allí, oculto, indudablemente, tras el lecho.

—Necesito, no sé qué: te conocí en un momento de maldición: yo volvía ansioso al mundo, y tú has sido la mayor fatalidad que se ha puesto en mi camino.

—¿Y bien, don Juan, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? otro hombre te amenazaría; pero yo no puedo amenazarte: otro hombre te espantaría, te mataría, si era necesario; pero yo no puedo hacer eso: no eres tú un hombre bravo á quien se acomete espada en mano y se mata arrojando la muerte, no; yo me veo obligado á sufrirte, á temerte; yo, que á nadie he temido.

—¿Y por qué eso, don Juan?

—Tú amenazas la vida de una mujer á quien amo; sí, á quien amo, Leonor, con un amor inmenso, como que es el amor de toda mi vida; con un amor tanto más terrible, como que no puedo satisfacerle; con un amor que es mi infierno.

—No creo que esté en Sevilla doña Isabel de Portugal—dijo, pálida como un cadáver, doña Leonor.

—¡Doña Isabel de Portugal! y bien: ¿por qué recordarme á doña Isabel?

—¿Pues cuántos amores tienes tú, don Juan?

—Concluyamos, Leonor: tú me has seguido anoche; tú has conocido á la mujer á quien yo acompañaba; tú has estado esta mañana en el aduar de gitanos, que está en la Tablada; has salido de allí con un miserable; has ido al hospital de la Caridad, y de allí has saca-

do á una hija natural del emperador, y la has traído aquí.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El gitano.

—¿Cómo has sabido tú que yo estoy en Sevilla?

—Por Antón Gabilán.

—¿El hostelero de la Sardina Verde?

—Sí: ese hostelero es mi lacayo hace muchos años; desde el tiempo en que yo estaba en Flandes, en la casa del emperador: ese hombre me es fiel, como me es fiel mi espada: ese hombre te encontró ayer en el alcázar preguntando por mí; sospechó, se convenció de que eras mujer, te trajo aquí, me avisó, te reconocí por lo que de ti me dijo, y Antón Gabilán te ha seguido, Leonor; no ha perdido un solo paso tuyo, y por él he podido yo ir esta tarde al aduar á aterrarle, porque no hay nadie más que un hombre que no se aterre delante de don Juan Tenorio.

—¿Y quién es ese terrible hombre, don Juan?

—El emperador.

—No parece sino que temes que el emperador te escuche—dijo con recelo doña Leonor, temerosa de que don Juan supiese que el emperador estaba allí.

—El emperador sabe cuánto le amo yo y cuánto le respeto; el emperador sabe cuán leal le soy, y yo no tengo más que amor y sumisión para el emperador, á pesar de que hoy me ha tratado de una manera muy dura: peor para el gitano, porque iba dolorido, loco.

—¿Qué has hecho de ese hombre?

—¡Un miserable menos!

—¡Muerto!

—Muerto entre la alameda que crece cerca del agua; pero ha tenido tiempo de revelármelo todo: he sabido la traición que me tenías urdida; he sabido que te amparabas de un don Luis del Espino, y apenas pude volver á Sevilla, y fui á buscarle á su casa: no estaba allí había ido á una boda, á la boda de una hija del conde de la Membrilla; corrí y llegué; de esto hace un momento; encontré la calle llena de gente, de justicia, dos muertos: el esposo de doña Clara de Sástago, arrancado de la boda por una provocación de don Luis del Espino, muerto por él; y don Luis del Espino, muerto también, no se sabe por qué mano: ¡ah! todo lo que me rodea es horrible; la muerte me cerca por todas partes; donde pongo la planta sobreviene inmediatamente la desventura: he venido á verte, á decirte... ¡que sé yo! no sé qué pueda decirte yo que me libre de ti...

—¡Dejárame en paz en mi escondrijo de Somorinos!

—Tú has manchado mi amor.

—Por tu culpa.

—Por culpa del destino.

—Del destino maldito tuyo.

—Pero Magdalena está amenazada; lo sé bien: yo no puedo protegerla sino exterminándote.

yo no puedo exterminarte; Magdalena ha sido desterrada por la emperatriz del reino; el emperador me ha mandado que vaya á ponerme al frente de la infantería española en Italia; yo temo por Magdalena; la seguirás; te vengarás en ella de mí...

—Me parece que me suplicas, don Juan; me parece... que tus rodillas se van doblando ante mí.

—¡Leonor! tú te has apoderado de la hija del emperador y de la prueba que demuestra su origen; ¿qué te importaba á ti esa hija perdida, si no quieres usarla como una prenda de venganza?

—¿Tengo yo, don Juan, una espada y un brazo fuerte para exigirte la satisfacción de mi honra manchada, la paz de mi corazón deshecho? ¿puedo yo acecharte, asesinarle? ni lo uno porque no soy hombre, ni lo otro porque no soy infame; y sin embargo, me supones la infamia, don Juan; yo no he entregado al emperador su hija para hacerla una prenda de mi venganza; no; yo no supongo al emperador don Carlos capaz de entrometerse en negocios villanos.

—¿Sabes, Leonor—dijo don Juan—, que no parece sino que te está oyendo el emperador?

—¡Ah! pudiera ser.

—Aquí está su hija.

—Su hija; sí, aquí está; su hija, para quien ya no hay reparación, porque ha muerto el infame que la ha deshonorado.

—¡Callad!—dijo el emperador apareciendo—¿sabéis acaso si esa desdichada ha vuelto ó no de su desmayo?

Y el emperador abrió las cortinas del lecho. Rosaura continuaba desmayada.

El emperador volvió á dejar caer las cortinas.

—¿Por qué os habéis descubierto, don Juan?—dijo el emperador—esto es echar á perder la aventura; cubrios, cubrios; el emperador no está aquí; aquí no está más que un hombre que se ha vuelto loco; tan loco como vos; como que me parece que vos y yo no somos más que una misma persona partida en dos mitades.

—¿Por qué os habéis ocultado de mí, señor? ¿queríais saber si lejos de vos no era yo tan leal como debierais creerlo?

—Dejemos eso, don Juan; dejemos eso; vamos á salir de aquí; vos, doña Leonor, esperad; os confío mi hija; que no sepa que yo he estado aquí; que pase por un sueño lo que ha oído, lo que ha sentido; vos, don Juan, seguidme; una silla de manos que he pedido, debe estar ya esperando; marchad tras esa silla hasta el alcázar; vos, señora, tened por seguro que todo lo que yo puedo hacer por vos, esto es, asegurar vuestra fortuna, lo haré; id mañana á palacio, pero no vayáis disfrazada

de estudiante, presentaos con vuestro propio traje.

—¿Iré sola, señor?

—Sola; quedad con Dios.

El emperador y don Juan salieron.

—¿Qué me ha dicho de lo imposible de su unión con esa Magdalena? ¿por qué existirá ese imposible? ¿será una mentira para tranquilizarme, para engañarme? está desesperado, abatido; me ha suplicado; él, que jamás suplica; ¡oh, Dios mío, Dios mío! yo necesito conocer ese misterio; yo le conoceré; esta pobre niña ¡me olvidaba de ella! ¿qué palabra la habrá dicho el emperador, que la ha hecho desmayar?

Doña Leonor acudió al lecho.

Rosaura empezaba á volver en sí.

II

En la puerta de la hostería esperaba ya una silla de manos que el emperador había mandado á Salcedo llevarse.

El emperador entró en ella, se cerró la portezuela, y la silla de manos se puso en marcha en dirección al mismo postigo por donde había salido el emperador á pie con doña Leonor y Salcedo.

Cuando llegaron, Salcedo abrió el postigo; salió el emperador de la silla de manos y mandó á don Juan que le siguiese.

El emperador se detuvo en la misma cámara en donde había hablado con doña Leonor.

El emperador y don Juan estaban solos.

—Y bien—dijo el emperador—: he aquí que á causa de esa doña Leonor de Portugal, á quien Dios confunda, he andado esta noche de aventuras, como podíais haber andado vos, don Juan, y me he quedado con ganas de correr aventuras nuevas; necesario es que yo piense mucho en lo que soy y en lo que debo á mí mismo, para que no os diga, don Juan, acompañadme; las aventuras os persiguen, y yo no puedo salir de incógnito sin que una aventura se me venga encima; pero estoy escarmentado de una endiablada noche de San Juan en Granada; ¿creeréis que por una doña Violante maté á un hombre, que estuve á punto de ser preso, y por último la doña Violante se me escapó y hubo de casarla con su novio, con el cual estuve á punto de darme de estocadas?

—Señor, vos no podéis correr aventuras más que con la corona en la cabeza y al frente de un ejército.

—¿Qué le hemos de hacer? más vale así; permanezcamos en nuestra regia cárcel del tro-

no, ya que no podemos dejar de ser emperador y rey; decidme, don Juan, ¿era don Luis del Espino uno de los hombres á quienes ha encontrado muerto la justicia en Sevilla?

—Sí, señor.

—¿Y quién era ese don Luis del Espino?

—Un pendenciero audaz y provocador.

—Pero valiente, don Juan.

—¿Le conocía vuestra majestad, señor?

—No; pero ved aquí que cuando yo iba con doña Leonor á su posada, al volver una esquina, un hombre que retrocedía huyendo de otro, dió conmigo, y un momento después sentí una punzada en este brazo, que siento aún y que me escuece bastante; ¿qué creéis que era aquello? una estocada terrible que atravesó al hombre que había dado conmigo, y que me tocó á mí: irritéme; me olvidé de todo; cerré á estocadas con aquel hombre que había muerto al otro, con don Luis del Espino, y le tendí; daban voces los vecinos; sobrevino la justicia, y Salcedo y yo, llevando en medio á doña Leonor, pasamos por encima de la ronda, á cuchilladas; vos decís que uno de los muertos era don Luis del Espino, y, vive Dios, que me alegro de haberle matado por mi mano; porque aquel hombre me había ofendido.

—¿Punzándoos el brazo, señor?

—No; punzándome el corazón.

—No comprendo á vuestra majestad.

—Vais á comprenderme, don Juan; ¿por qué creéis que yo seguía á doña Leonor á su posada?

—Lo ignoro, señor; aunque ella es bastante hermosa, para comprender que haya sido una tentación bastante para hacer correr á vuestra majestad una aventura.

—No, don Juan, no; ¿os acordáis de Esteban Kresberg, el gran baillo de Gante? cuando estuvimos allí, estabais quemando continuamente la sangre al buen señor; él, por su parte, no podía verlos ni en pintura.

—No tenía yo la culpa de que me pareciese ridícula la gravedad del gran baillo.

—¿Os acordáis de Elena Kresberg?

—Una hermosa niña, á fe mía.

—¿Os acordáis de qué yo fui padrino de sus bodas?

—Sí, señor; y de qué mataron á su esposo á la puerta misma del palacio de vuestra majestad.

—Don Juan, yo sabía por dónde se entraba á la casa del gran baillo, desde el palacio arzobispal; me lo dijo uno de mis ayudas de cámara que era gantés, porque me oyó decir que Elena Kresberg era muy hermosa.

—¡Ah!—dijo don Juan—vuestra majestad tuvo sus primeros amores tres años antes que yo.

—¿Cuál fué vuestro primer amor, don Juan?

—Magdalena—contestó tristemente Tenorio.

—¿Y fueron muy adelante vuestros amores?

—Tan adelante como los vuestros, señor.

—Ved que yo tuve una hija de Elena Kresberg.

—En eso nos diferenciamos, señor; yo no he tenido nunca hijos; no los tendré; Dios no quiere que los tenga.

—Pues don Juan, cuando yo vine á España á tomar posesión de estos reinos, Elena estaba gravemente comprometida; yo, al despedirme de ella, rompí este puñal (y el emperador le sacó y le mostró á don Juan), y le entregué á Elena para que un día sirviese de prueba á lo que naciese, de que era hijo ó hija mía; después supe que á principios de 1518, Elena había desaparecido de su casa, y que por más que el gran baillo buscó á su hija, no pudo encontrarla: han pasado quince años, don Juan, y esta tarde, cuando después de haber recibido en audiencia, salía á paseo, un estudiantillo imberbe se acercó á mí entre las gentes que me daban memoriales, y me mostró este puñal; yo le tomé, mandé que encerrasen al estudiante en una torre del alcázar; volví una hora después, como de costumbre, y mandé á mi ayuda de cámara Salcedo, me trajese al estudiante; nos quedamos solos en esta misma cámara, y cuando le pregunté cómo se llamaba, me respondió asombrándome:—Doña Leonor de Portugal.—Este ha sido el principio de la aventura; me ha visto negro con ella, don Juan, y os advierto que es mucha mujer; que os persigue; que se ha empeñado en que la queráis y que no sé si podré libraros de ella.

—Esa mujer me tiene desesperado, señor; es lo más tenaz que he encontrado en toda mi vida; es digna de mí y tiene razón contra mí.

—¿Y por qué no os casáis con ella?

—Ha sido amante de una hora, de vuestro cuñado el rey de Portugal.

—¡Ah! ¿Es una aventurera?

—No: una mujer á quien la desgracia ha vuelto loca.

—Y de cuya locura vos tendréis sin duda la culpa.

—No, no, señor: se atravesó en mi camino doña Isabel de Portugal.

—¿La hija bastarda del rey don Juan?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no os habéis casado con ella?

—Porque su padre la ha encerrado en un convento, de donde la sacaré, vive Dios...

—¿Para casaros con ella?

—Para demostrar al rey de Portugal quién soy yo.

—¿Pero no la amabais, don Juan, hasta el punto de desatender á doña Leonor?

—¡Ah! mi corazón es un caos: ya habéis visto, señor, que me he traído conmigo á doña Gabriela; que cuando supe quién era la he respetado: el amor de Gabriela me halagaba, me refrescaba el alma; y sin embargo, el recuerdo de doña Isabel ardía en mi imaginación, terrible, dominador, incontrastable: llegué á Sevilla, y supe que Magdalena había salido del convento, que estaba al servicio de su majestad la emperatriz: la vi, la hablé; me dijo enga-

ñada por la legitimización de vuestra majestad, que era hija de don Pedro de Córdoba y de Valor: ardió mi antiguo amor, mi primer amor; me decidí por Magdalena, y no dejé de amar á Isabel; no perdí el recuerdo de las aventuras de Leonor; no dejé de halagarme el puro afecto de Gabriela...

—De modo, don Juan, que tenéis el corazón tan grande como el mundo, y como el mundo, dividido en cinco partes.

—Y como vuestra majestad el suyo; partido en dos hemisferios como su imperio.

—¡Ah, diablo! sois buen esgrimidor, don Juan: por un tajo, dais un revés; pero os equivocáis; sois demasiado celoso: creéis, sin duda que yo me he enamorado de doña Leonor.

—¡Ah, no por cierto! ¿Os habéis olvidado ya del pobre capitán Fernán Pérez que, obligándome á matarle me echó del monasterio de San Jerónimo de Yuste?

—Pues no, no os comprendo aún—dijo el emperador.

—Antes de morir el capitán Fernán Pérez, me recomendó una hija suya que quedaba huérfana al servicio de la emperatriz, mi señora.

—¡Doña Estrella!—exclamó el emperador conmovido.

—Una magnífica niña de quince años, que ha sido la primera mujer á quien he respetado, y la primera también que me ha dejado conocer que hay mujeres con las que yo no puedo.

—¿Y dónde habéis conocido vos á doña Estrella?—dijo el emperador.

—Esa es otra aventura: anoche, señor, recorría yo á Sevilla, ansiando gozarla visitándola, porque hacía mucho tiempo que yo faltaba de ella, y la amo: Sevilla es una de mis queridas, señor; en ella he pasado muchos momentos de placer y muchas dolorosas aventuras que no he podido olvidar: me encontré de improviso junto á las tapias del convento de Santa Clara; hice escalera de mi lacayo y salté dentro.

—¿Y para qué diablos, don Juan, os metisteis en el cementerio de las monjas?

—Allí, en un rincón del claustro, en una sombría capilla, hay dos antiguos amigos míos; el comendador don Gonzalo de Uña, y su hija doña Inés: quise hacerles una visita, y como yo satisfacgo mis deseos siempre que puedo, salté la tapia, me entré en el claustro y luego en la capilla: en ella encontré á doña Estrella Fernán Pérez, que escondida tras la tumba de doña Inés, oyó las palabras delirantes que yo dirigía á la estatua de aquella desdichada, y supo por ellas que yo era don Juan Tenorio: se desmayó, la llevé al cementerio, y allí, junto á una fuente, entre unos árboles, en un pequeño jardín, me dijo... que vos la amabais; que la emperatriz se había apercibido y la había enviado á aquel convento, en el cual vuestra majestad ignoraba que estuviese.

—Pues dejadla, dejadla allí, don Juan — se

apresuró á decir el emperador—, y haceos cuenta de que nada me habéis dicho: no quiero sacrilegios: doña Estrella está muy bien donde está: el esposo que la espera es el mejor que podía tener.

—¿He perdido la confianza de vuestra majestad, señor?

—No, don Juan; ya veis que estamos hablando como dos amigos, como dos hermanos, desembozadamente: no amo á doña Estrella; todo mi amor es de la emperatriz mi señora; yo he salido muy escarmentado del amor, don Juan; me ha hecho muy desgraciado y me humillan las desgracias del amor: no más; me he convertido; así os convirtierais vos: es cierto que hube de decir algunos galanteos á doña Estrella, que los tomó por lo serio, y fué imprudente hasta el punto de que se apercibiese de ello la emperatriz, mi señora: un día desapareció de la servidumbre de su majestad doña Estrella, y yo no me cuidé de saber dónde estaba: vos me decís que está en el convento de Santa Clara: dejadla allí, don Juan.

—¿Vuestra majestad renuncia á doña Estrella?—dijo don Juan.

—De todo punto, de todo punto—respondió vivamente y con tono de disgusto el emperador—; no hablemos más de esto.

—Perdonad, señor.

—¡Ah, no, no me habéis ofendido! un rey tiene corazón de hombre; doña Estrella es hermosa y pura, y nada hubiera tenido de extraño que yo me hubiese enamorado de ella; pero no ha sido así: vamos á lo que importa, don Juan, y concluyamos, porque deben estar esperando ya los de mi consejo; doña Leonor es un grave inconveniente para vos; yo procuraré libraros de ese inconveniente haciendo que doña Leonor se quede en la corte al servicio de la emperatriz; pero doña Leonor tiene en su poder un inconveniente mío; ¿queréis librarme de ese inconveniente, don Juan?

—Yo no tengo más voluntad, señor, que la de serviros.

—Anoche, don Juan, me lo ha dicho doña Leonor, sacasteis del río á una pobre niña que se había arrojado á él desesperada.

—Sí, señor.

—No sabéis el buen servicio que en ello me habéis hecho.

—¡Ah, sí señor! lo sé! el gitano á quien he muerto, que ha criado á Rosaura, que pasaba por su hija, me lo ha revelado todo en su agonía, y que Rosaura desesperada, deshonrada por don Luis del Espino, se había arrojado al Guadalquivir.

—Es verdad: recuerdo que eso mismo habéis dicho en su posada, donde yo estaba escondido, á doña Leonor.

—Pues bien, señor; yo he muerto al gitano que poseía ese secreto; vuestra majestad ha muerto, tal vez, porque Dios ha querido que vuestra majestad castigase por su mano al bur-

lador de su hija, al miserable don Luis del Espino; este secreto sólo le conocemos doña Leonor, que le guardará, y yo que no necesito decir que le guardaré también.

—No basta, no basta eso, don Juan; yo quiero más que vos; no es el emperador quien os busca, sino el hermano: esa niña es mi hija; no puedo, no quiero abandonarla, y no puedo tampoco reconocerla; esto me causaría graves disgustos: la emperatriz es muy celosa, don Juan; me ama mucho; ya sabéis que yo tengo escondido á mi pobre hijo don Juan de Austria, que cree su padre al buen don Luis Quijada: ¿queréis ser vos para mi hija, doña Rosaura, lo que don Luis Quijada es para mi hijo don Juan?

—Reconoceré, señor, á esa joven: iré á Gante á decir que tuve amores con Elena Kersberg; si alguno de sus hermanos se ofende, porque el gran bailío será ya demasiado viejo para pedir satisfacción de una ofensa, remitiré á la espada mi disculpa.

—¡Ah! no, don Juan; yo no os pido ese sacrificio: llevaréis con vos una carta para el gran bailío, y acompañaréis á doña Rosaura hasta Gante.

—Ya sabía yo—dijo don Juan—, que, sin desobedecer á vuestra majestad, no serviría en Italia bajo las órdenes del señor Antonio Leyva.

—Puesto que tanto os escuece el servir bajo otras ordenes que las mías, no iréis á Italia, don Juan, aunque bien pudiérais ir después de terminar en Gante vuestra comisión.

—Gracias, señor.

—Idos, pues, don Juan; venid mañana: todo estará preparado para conferir os el Toisón de Oro, y el título de marqués de Marana.—¡Salcedo!

Apareció el ayuda de cámara.

—Echa fuera, por el postigo, al marqués, y vuelve pronto.

Tenorio y Salcedo salieron.

Poco después Salcedo volvió á entrar.

—Ven acá, Santiago—dijo el emperador á Salcedo.

Salcedo se acercó obediente y sumiso como un perro.

El emperador escribía: cuando hubo acabado, dobló, corrió, y selló el papel que había escrito: puso en su sobre:—Al inquisidor mayor,—y dió el pliego á Salcedo.

—Oye—dijo el emperador—: te darán un familiar y cuatro alguaciles del Santo Oficio; tomarás una silla de manos, y con todo esto te irás al convento de Santa Clara; te harás abrir en nombre del Santo Oficio y prenderás y meterás en la silla de manos á doña Estrella Fernán Pérez.

—¡Qué! señor, ¿ha parecido doña Estrella?—dijo Salcedo.

—Sí; la habían escondido en el convento de Santa Clara.

—¿Y adónde la llevo, señor?

—Al castillo de Triana; la encierras, despides al familiar y á los alguaciles, y vienes á avisarme.

Salcedo salió.

—¡Ah!—dijo el emperador—: su majestad la emperatriz, cuando sepa la mala pasada que la hago, se pondrá de muy mal humor; más yo la desafío á que vuelva á echarme el guante á la pobre de doña Estrella.

Apenas salió por el postigo don Juan Tenorio, se despegó un bulto de la pared y se acercó á él.

—¿Quién va?—dijo don Juan deteniéndose, porque aquel sitio era solitario y tenebroso.

—¿Quién ha de ser, señor—dijo una voz dolorida—, más que vuestro Antón Gabilán, que no ha vuelto á acostumbrarse á los aperrecos de antaño!

—¡Ah, Gabilán de mi alma!—dijo Tenorio—, es necesario, de todo punto necesario, que me busques al vuelo lo siguiente: un manto de mujer y una escalera.

—¿A quién vamos á quitarle la honra, señor?—dijo Gabilán.

—Al diablo. ¿Qué te importa? El manto y la escalera.

—¿Pero adónde vamos, señor?

—Al convento de Santa Clara.

—¡Diablo! ¿al otro lado de Sevilla? pues allí buscaremos la escalera y el manto, señor; en teniendo dinero, se encuentra á la hora lo que se necesita.

—Pues á ver dónde encuentras tú la buena voluntad y el buen ingenio que tenías en otro tiempo, y proveéte de ello, aunque sea á buen precio, Gabilán.

—¿Pero adónde vais tan de prisa, señor? mirad que yo estoy desusado y me rindo.

—Es necesario que empieces á acostumbrarte: anda y calla.

Gabilán siguió jadeando.

Don Juan quería llegar antes de las ánimas al convento de Santa Clara.

A pesar de lo largo de la distancia, don Juan llegó en diez minutos al callejón donde se alzaban las tapias del cementerio del convento, y cuando se detuvo se encontró solo.

Seis minutos después llegó Gabilán, cargado con una escalera y con un bulto debajo del brazo.

—¡Diablo!—dijo don Juan—. ¿Tras ya la escalera y el manto?

—Sí señor; iba bastante detrás: he comprado este manto por dos ducados á una mujer

que iba á buscar al médico para su marido, según me dijo, y he robado la escalera.

—¡Que la has robado!

—En la tapia de un huerto más allá vi asomando los dos palos de este armatoste, que, como veis, es para coger fruta; gateé por la tapia, y como pude, sacando fuerzas de flaqueza, volví la escalera al otro lado, y aquí está.

—Te conozco, Gabilán.

—Esto consiste en que he vuelto á ser vuestro lacayo.

—Arrima la escalera á la tapia.

Gabilán puso la escalera.

Don Juan subió.

Gabilán subió tras él.

Entre los dos pusieron la escalera de la parte de adentro.

Bajaron, y Gabilán puso la escalera en el suelo.

—Espérame aquí—le dijo don Juan.

Llegó bajo los arcos, á la verja que ya conocemos, y la encontró sólo con el cerrojo corrido.

Abrió paso y entró en el claustro.

Al llegar cerca de la capilla enterramiento de los Ulloas, dieron las ánimas.

Don Juan sintió un impulso de despecho.

Era posible que si Estrella había bajado aquella noche al claustro, se hubiese retirado ya á causa de la hora.

Pero de improviso, en la puerta de la capilla apareció una forma blanca.

—¡Estrella!—dijo don Juan.

La novicia se volvió.

—¡Ah!—exclamó dirigiéndose rápidamente á don Juan.

—Seguidme, seguidme al momento—la dijo éste.

—¿Pero adónde?—contestó turbada Estrella.

—Fuera del convento.

—¡Fuera del convento!

—Si; os aguarda el emperador.

Estrella siguió rápidamente á don Juan, y salió con él al cementerio.

Don Juan cerró la verja tal como estaba antes, y asiendo de la mano á Estrella, la llevó al lugar donde esperaba Gabilán.

—El manto—dijo Tenorio.

Gabilán sacó uno cumplidísimo de debajo de la capa, y de tela muy tosca.

—Pon la escalera—dijo don Juan.

La escalera fué puesta.

—Sube.

Gabilán subió y se quedó á caballo sobre la tapia.

Don Juan asió por la cintura á doña Estrella, subió, y reteniendo entre sus brazos á la joven, se sentó en el caballete.

—Cambia la escalera.

La cambió Gabilán.

—Baja.

Gabilán bajó.

En aquel momento gimió doña Estrella, y quiso lanzarse al cementerio.

Don Juan la había besado en la boca.

La detuvo, y se deslizó con ella por la escalera murmurando:

—Os robo á Dios y al emperador; sois mía, Doña Estrella se desmayó.

—Carga con la escalera, Gabilán, como yo cargo con esta buena moza—dijo Tenorio.

Y dió á correr con doña Estrella.

Muy pronto amo y lacayo se perdieron en una revuelta.

Al perderse, se cruzaron con algunos hombres, que iban muy de prisa en dirección al convento.

—Ahí llevan robada una mujer—dijo uno de ellos.

—¡Adelante!—dijo una voz severa—; eso no nos importa; á lo que vamos, vamos.

Aquella voz era la de Salcedo.

El ayuda de cámara del emperador y los cinco hombres que con él iban, que eran un familiar y cuatro alguaciles del Santo Oficio, llegaron á la puerta del convento.

Salcedo llamó á grandes golpes.

Pero el abrirse la puerta de un convento de noche es asunto grave.

La puerta exterior pertenece al capellán ó vicario.

La puerta interior á la abadesa, á la portera y á la tontera; cada una de las cuales tiene una llave.

Salcedo estuvo llamando diez minutos sin que nadie contestase.

A cada golpe decía:

—¡Abrid al Santo Oficio de la General Inquisición!

Al fin se abrió un ventanillo en la puerta, y apareció á la luz de una lámpara de mano un semblante escuálido, terminado por un gorro negro.

Aqué era el capellán, que, acompañado por el demandadero, á quien no se veía, y que estaba dentro con la lámpara en la mano, había acudido á la ventanilla de la puerta.

—Informaos de esta orden del ilustrísimo señor inquisidor mayor—dijo Salcedo, metiendo un pliego por la rejilla.

El capellán leyó lo siguiente:

«La superiora del convento de monjas de Santa Clara de Sevilla entregará al familiar del Santo Oficio don Tomás de Aranda la persona de la novicia doña Estrella Fernán Pérez.»

Según la fecha, la firma del inquisidor mayor y el sello en cera verde de la Inquisición.

—Entrad, entrad, señores—dijo el capellán mandando abrir al demandadero.

La puerta se abrió.
Entonces llegaron dos monjes con una silla de manos.

—¿Conque es hereje doña Estrella?—dijo el capellán—; ¡cómo cunde esa pestilencia, Señor Dios de Israel!

—Llamad, llamad cuanto antes, para que acudan las madres—dijo el familiar.

El demandadero tiró de una cadena que colgaba junto al torno, y retonó ruidosamente dentro del convento una especie de esquílon.

Diez minutos después se oyeron voces femeniles y gangosas detrás de la puerta interior.

—¿Qué manda, padre Anacleto?—dijo una voz cascada.

—Id al torno, madre abadesa, para que yo os dé una orden del Santo Oficio.

—¡Oh, Dios mío! ¿y qué quiere el Santo Oficio?—dijo la abadesa.

—Viene á prender á la novicia doña Estrella Fernán Pérez—dijo el padre Anacleto.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces!—dijo la abadesa—; voy, voy al torno al instante.

Poco después se oyó en el torno la voz de la abadesa, que decía:

—Dadme acá la orden, padre Anacleto.

El capellán puso la orden en el torno y dió vuelta.

—Falta aquí la orden del reverendísimo arzobispo para que podamos entregar á esta novicia—dijo la abadesa.

—¡Pena de excomunión mayor y lo que hubiere lugar!—dijo con tremenda voz el familiar—; la Inquisición basta por sí sola; bajo su jurisdicción están no sólo los conventos, sino también el palacio del rey: abrid.

La abadesa no contestó, sin duda, porque estaba aterrada.

Poco después se oyeron tres llaves en la puerta interior que se abrió.

Tras ella aparecieron tres bultos negros y encorvados, porque las madres tenían echados los velos y eran viejas.

—Pasad vos solo á lo menos, señor familiar—dijo una de aquellas monjas, que tenía en la mano una palmatoria con una bujía encendida.

—Todos los que venimos aquí, somos ministros del Santo Oficio—dijo el familiar—; aquí esnaremos en el claustro; mandad venir á esa novicia, y si resistiere, nosotros iremos á daros auxilio.

—Id, id, madre portera: yo no puedo tenerme de pie—dijo la abadesa—; el solo nombre del Santo Oficio me estremece de respeto; si señor, de respeto; y me pongo mala.

—La herejía anda metiéndose por los conventos—dijo el familiar—; en Valladolid, en auto público de fe se han quemado seis monjas; se han agarrotado cinco, se han penitenciado doce, sin contar gran número de religiosos graves.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces, Dios mío!—dijo la

abadesa—; ¡Dios nos libre del demonio y de sus malas tentaciones! ¿y es hereje doña Estrella, señor familiar?

—Yo no lo sé, yo nunca pregunto—dijo severamente el familiar—: á la Inquisición no se la pregunta: quien pregunta es ella.

—Perdonad, perdonad, señor familiar—se apresuró á decir la abadesa—, ni siquiera me ha pasado por las mientes el ofender al Santo Oficio.

Y la abadesa se calló por temor de pronunciar una palabra indiscreta que, comprometiéndola, diese con ella en las terribles pasiones del Santo Oficio.

Volvió la portera pálida y temblando.

—¡Doña Estrella no parece!—dijo—; bajó á recorrer el «viacrucis», y no ha vuelto á la celda de la madre Tránsito.

—¡Buscadla, vive Dios!—dijo el familiar.

Las tres monjas escaparon cuanto de prisa podían á buscar la perdida.

Poco después toda la comunidad estuvo en movimiento y no se veían más que luces ambulantes por todas partes.

Al fin apareció la madre abadesa seguida de toda la comunidad que venía cubierta con los velos.

—¡No está! ¡no está!—dijo la abadesa con la voz apenas perceptible por lo trémula y por lo débil—; se la ha buscado hasta en el gallinero, hasta debajo de las camas: ¡no está! Sólo falta que registrar el cementerio.

—Pues vamos allá—dijo el familiar.

—No sería malo—dijo uno de los alguaciles— que la mujer que se llevaban aquellos hombres robada fuese doña Estrella, porque el uno de ellos llevaba una escalera.

—¡Cuerpo de Baco, que puede ser!—dijo el familiar—. Vamos, vamos al cementerio.

Entraron en él: registraron por todas partes.

—Aquí hay un pañuelo, al pie de la tapia—dijo un alguacil—, y algunos pedazos de teja acabados de romper.

Se recogió el pañuelo.

Era de finísimo Cambray, y en sus puntas se veían, en dos de ellas, un escudo de armas bordado: en las otras dos, bordado el nombre «Estrella».

—Pajarito escapado—dijo tranquilamente Salcedo.

—Juro á Dios—exclamó el familiar—, que he de echar el guante al que ha abierto la jaula al pájaro.

—Dejaos de eso—dijo Salcedo—; porque si es quien yo me figuro el ladrón, podéis encontraros con una vuelta de tajo ó con una estocada, y no adelantaríais gran cosa, porque está exceptuado de la jurisdicción del Santo Oficio, por el Papa.

—¡Ah! es la primera vez que me burlan—dijo el familiar.

—¿Y qué hemos de hacerle?—dijo Salcedo—. ¡Ea! quedad con Dios, madre abadesa, que por

mi parte, como nada tengo que hacer ya aquí, me voy.

—¿Y os lleváis ese pañuelo?—dijo el familiar.

—Sí, pardiéz; si queréis vos llevaros una prueba del robo, echaos en el bolsillo las tejas rotas.

Y guardándose el pañuelo, Salcedo salió del cementerio, del claustro y de la portería, y dijo á los dos mozos que tenían la silla de manos.

—Idos; ya no hacéis falta.

Media hora después decía Salcedo al emperador que estaba en su recámara:

—He aquí, señor, todo lo que en el convento se ha encontrado de doña Estrella.

Y le dió el pañuelo.

—¡Cómo!—dijo el emperador—; ¿doña Estrella no está en el convento?

—No, no, señor; este pañuelo se ha encontrado al pie de la tapia del cementerio, y en el caballete algunas tejas rotas indican que por allí ha sido sacada.

—¡Ah, don Juan! ¡ah, mal nacido!—exclamó el emperador—: por eso me preguntaba si verdaderamente había renunciado yo á doña Estrella: mira, Salcedo, guarda el secreto; hagámonos los desentendidos; que el familiar y los otros lo guarden también y que no se levante acerca de esto polvareda; que no se inquiere, que no se busque; ¡por vida de don Juan! No, pues de esta hecha me parece que le envío á las Indias; pero más tarde; cuando no pueda creer que me vengo de la mala pasada que me ha hecho; y el caso es que no puedo quejarme; ¿sabes que tiene esto gracia, Salcedo? Vamos, es imposible enojarse con don Juan: vete, y haz de modo que esto no se trasluzca.

Salcedo salió.

En muy poco tiempo llegó al monasterio.

Aun estaba el familiar con los alguaciles buscando y rebuscando y dando vueltas.

—Familiar—dijo Salcedo—; de orden del emperador, que es lo mismo que de orden del Inquisidor general, idos y no molestéis más á estas buenas madres: guardad un profundo secreto, so pena de un gran castigo, acerca de este suceso, y mandad á los que con vos vienen, que le guarden también: adiós, buenas noches.

Salcedo se fué y el familiar salió dejando á las buenas madres.

Al pasar por la inmediata calle del Hombre

de Piedra, tan ciego iba de cólera, que tropezó en un objeto, dió de bruces, recibió un golpe en las narices y empezó á arrojar sangre.

—¡Vive Dios! ¡qué es esto!—exclamó levantándose.

—Esto es una escalera de cojer fruta—dijo un alguacil.

—Pues bien: que se contente el que buscaba á doña Estrella con su pañuelo.

—No vendría mal á vuesa merced para cogerse la sangre—dijo con acento socarrón y con una audacia indiscreta el alguacil.

—¡A mí con esas, don bellaco!—exclamó el familiar furioso.

Y dió una bofetada tal al alguacil, que estuvo á punto de caer.

—Y ahora bien—dijo el familiar—; ya que no hemos podido reducir á prisión á la novicia, llevémonos la escalera por donde se ha fugado: cargad con ella tunante, y esto os enseñará á ser más comedido.

El alguacil se limpió las narices con el revés de la mano, cogió la escalera, se la echó al hombro y se fué cabizbajo y lloroso, agobiado por aquel armatoste, tras el familiar y sus tres compañeros.

Entretanto don Juan, llevando sobre el arzóm de su caballo «Voladora» á Estrella, y seguido de Gabián, á quien por haber montado en mucho tiempo, se le iban haciendo unas magníficas agujetas, galopaba hacia su quinta á orillas del Guadalquivir: hacia aquella misma quinta donde Noema había envenenado á Inés de Uloa.

III

Cuando llegó don Juan cerca de la quinta, se le atravesó un bulto en el camino.

—¡Eh! ¡Vive Dios! ¿qué queréis?—dijo don Juan.

—Andrés Ceballos, señor—dijo éste dándose á conocer.

—¿Y qué diablos haces aquí?—dijo don Juan.

—Por lo que veo—contestó Andrés—, vuestencia trae consigo una dama.

—Ya lo ves.

—Pues véngase vuestencia conmigo para entrar en la quinta por donde se puede; porque como en tanto tiempo no se ha abierto la puerta principal, los goznes, los cerrojos y las cerraduras se han enmohecido de tal modo que ha sido imposible abrirla.

Don Juan Tenorio comprendió en el acento de Andrés que no debía pedir explicaciones sino dejarse conducir.

Así lo hizo.

Andrés Ceballos salió por una vereda para tomar la vuelta de la cerca de la quinta.

Rodearon la tapia, llegaron á un portalón que correspondía á la casa de labranza, entraron por él, atravesaron un corral y otro portalón, y por una larga calle de árboles, enarenada, con jardín á ambos lados, llegaron á un postigo de la quinta.

Ceballos tomó en sus brazos á doña Estrella y la puso en tierra.

Al ponerla en tierra vió su hábito.

—¡Poder de Dios!—dijo sin poderse contener.

Don Juan echó pie á tierra y dió su caballo á Gabilán que había desmontado antes que él.

Asió de la mano á Estrella, y entró por el postigo, atravesó una bella galería, precedido siempre por Ceballos que llevaba en la mano una linterna que había tomado de la parte de adentro del postigo, y al fin de las escaleras y de otra galería, abrió una puerta.

Don Juan y Estrella entraron, y se quedaron solos.

Estrella se sentó en un sillón, é inclinó la cabeza y permaneció muda.

Don Juan se arrojó y fué á asir una mano á la joven.

Esta la retiró vivamente; se puso de pie y rechazó á don Juan.

—Soy huérfana—dijo—, estoy sola en el mundo; decid que me habeis librado de un peligro; yo lo creo bien; cumplid con lo que os debéis como caballero y respondedme: yo no os amo, y ni aun vuestra esposa quiero ser, y mucho menos vuestra manceba.

—Lo hubierais sido del emperador.

—Pude haberlo sido antes de ser encerrada por la emperatriz en un convento.

—¿Le amáis?

—¡Y qué! ¿no se puede amar y conservar la honra?

—Tenéis quince años; no amáis aún, os engañáis; me he propuesto que me améis y me amaréis.

—¡Ah! ¿sí?—dijo Estrella—¡tengo quince años! ¡soy una niña! pues bien; no miréis mucho á la niña como la estáis mirando ahora, porque la niña se vengará de vos.

—¿Os vengaréis de mí, por haberos arrancado del horrible porvenir del claustro?

—No; porque me habeis apartado de él; porque él, que sabrá que estoy en vuestro poder, creará, por la fama de burlador que tiene don Juan Tenorio, que he sido vuestra, y me despreciará; por esto tengo necesidad de vengarme de vos y porque me habeis engañado diciéndome que él me esperaba; de otro modo yo no hubiera salido del convento; yo hubiera encontrado medio de que él hubiera sabido que yo estaba allí y él me hubiera sacado; ahora no me apartará de vuestro lado, porque no querrá apartarme, porque me despreciará y yo viviré á vuestro lado para desesperaros.

—Os juro que seréis mía.

—¡A traición, como á traición habeis puesto vuestros labios en mis labios! ¡en mis labios que solo la boca de mi madre había tocado!

—¡Seréis mía!—repitió don Juan.

—¡No! porque una mujer no es el cuerpo, es el alma, para un hombre que vale lo que vos valéis, don Juan; vos no podéis satisfaceros sin el amor de la mujer que excite, no vuestro amor, porque vos no amáis, sino vuestro deseo; si cometéis una infamia, será peor para vos, porque os avergonzaréis de ella; yo estoy tranquila á vuestro lado, don Juan, no tengo por qué temer; todo el mal que podíais hacerme, me le habeis hecho ya; me vengaré por ello de vos, pero no tendré que mataros.

—¡Ah! ¡matarme!

—Sí; si me humilláis, si me envilecéis, morís, don Juan.

—Por el cielo y por el infierno, Estrella, que vais creciendo á mis ojos de un modo tal que creo que voy á amaros con toda mi alma.

—Como un hombre voluntarioso acostumbrado á no encontrar dificultades, ama un imposible; mejor, enamoraos, don Juan; yo voy á imaginar mucho para ver de qué modo puedo lograr que os volváis loco por mí.

—Vamos; estáis irritada, no es esta ocasión de que continuemos; decid bien, Estrella, á mi lado nada tenéis que temer, y no debéis estar violenta, porque ya os he dicho que el emperador, cuando le hablé de vos, cuando le dije dónde estabais, os desdenó; como que me dijo que que allí estabais muy bien.

—Avergonzaos de haberme dicho eso, don Juan; á una niña que desde hoy no tiene más amparo que el vuestro, no debíais herirla en el corazón.

—Me parece que ya estoy enamorado de vos.

—¡Ah! enamoraos, enamoraos; ¡oh, sí! ¡os enamoraré!

—Seré muy feliz; porque oíd: mientras no conozco á una mujer, mientras esa mujer representa para mí un ser soñado, porque mi imaginación la atribuye cualidades que no tiene, amo de un modo tal, que, os lo aseguro, soy muy feliz; sueño; cuando venzo, despierto; el ángel se me convierte en una mujer, me hastío, desprecio y olvido; sois muy joven, muy pura, muy bella; una rica flor que nace; viviréis á mi lado y seréis para mí un imposible, es decir, seréis cada día más ángel: gracias, Estrella; procurad que esa felicidad dure mucho.

—Qué terrible hombre sois, don Juan... terrible para vos mismo; porque sentís una sed que nada puede apagar; estoy vengada de vos; yo sé bien que ahora porque no os amo, no seré vuestra por no ser infame, y si alguna vez os amo, que será muy oprobioso, no seré vuestra por no perderos.

—¿Sabéis niña que me vais dando miedo?

—¿Por qué, don Juan?

—Porque sois la primera mujer á quien no comprendo.

—Os estoy hablando con toda la sinceridad de mi alma.

—O no habéis sido sincera antes, ó no lo sois ahora; antes dijisteis:—le amo, le amo con el alma; con un amor que no necesita más que de sí mismo.—Ese es un amor divino, Estrella; el amor de una virgen que consagra su pureza á su amor, y que la guarda como un perfume exquisito y rarísimo; ese es el amor más grande que puede abultar el corazón de una criatura; ese amor excluye á todo otro amor; ni aun admite la duda de que puede terminar y extinguirse: á pesar de esto, acabáis de decirme que es muy posible que me améis.

—¡Oh! sí: porque ahora no amo.

—¿Y éi?

—¡Era un sueño! los sueños pasan; su recuerdo se borra; yo soy como vos; yo veía grande en todo; yo había hecho de él un sanidíós, y el emperador, como todos los seres humanos, tiene algo de barro grosero en su ser.

—¡Estrella!

—Vos no mentís, don Juan; me habéis dicho que el emperador me ha desdénado, que ha hablado de mí con desprecio, y lo creo, porque vos no mentís: pues bien: el emperador mentía al despreciarme, pero por vanidad, me ha despreciado ante vos; si me amara como yo le amaba, hubiera antepuesto su amor á su orgullo, no me hubiera arrojado como un ser despreciable ante un hombre; yo soy altiva, don Juan, yo no doy amor sino por amor, y por un amor igual al mío: podéis decir al emperador, si os atrevéis... pero no, no quiero comprometeros; me importa el emperador muy poco... nada, lo que importa un sueño; soy vuestra, don Juan.

—¡Mía!

—Esperad—dijo Estrella—: vuestra, en las apariencias: vos queréis vivir conmigo, lo sé; viviremos juntos, comeremos á una misma mesa, nos presentaremos á caballo, ó á pie ó en carroza, dónde y cómo queráis; os envidiarán, sí, os envidiarán: ¿habéis visto bien mi hermosura, don Juan?

Don Juan no contestó: estaba embriagado.

—No; no habéis podido apreciarla bien, oid: el emperador, cuando me veía en la corte, se ponía pálido, y la emperatriz, cuando veía palidecer á su marido y fijar en mí una mirada hambrienta, palidecía de cólera, de celos, de envidia; porque también los grandes señores, don Juan, los que gobiernan al mundo, tienen un corazón que envidian lo que ven, tal vez en el más pobre de sus vasallos; vais á ver por qué palidecía el emperador; por qué palidecía la emperatriz: estas tocas que me encubren, ¿para qué las quiero? vais á ver cuán hermosa soy; me vais á amar, don Juan.

Y se arrancó de una manera nerviosa la toca; agitó su cabeza, soltó sus trenzas rubias, se abrió el hábito, y dejó ver á don Juan su garganta y sus hombros; se inclinó sobre él

y absorbió su mirada en la mirada febril de sus grandes ojos negros, jóvenes, puros, resplandecientes.

Don Juan cayó de rodillas.

—¡Ah! ¡vos sois un ángel vengador!—exclamó acordándose de la estocada con que había aniquilado al capitán Fernán Pérez, al padre de aquella hermosura irresistible.

—¡Oh!—dijo Estrella alzando á don Juan—; me amáis, me amáis, y yo soy feliz, porque me vengo.

—¡Ah! os vengáis envolviéndome en un sueño delicioso; gracias, y oid: nuestro amor no puede, no debe ser más que un dulce martirio.

—No digáis nuestro amor, don Juan, porque yo no amo; porque puede suceder muy bien que os ame, y muy bien que os aborrezca: hay en vos algo que no puedo explicarme, y que desde que oí vuestra voz me estremeció; algo terrible que nos separará siempre; no sé por qué.

Don Juan se estremeció, y volvió á recordar al capitán Fernán Pérez.

Hubo un momento de fascinación para don Juan: un momento en que le pareció que se debía todo á Estrella.

—¡Ah!—exclamó—: mañana pido licencia al emperador para casarme.

—No os casaréis, don Juan; porque si os casáis, no podré yo vivir á vuestro lado: ¿y qué será de mí sin vos? á más de eso, ¿cómo casarnos, cuando me habéis robado de un convento, sin que se pretenda castigarnos á entrambos por el sacrilegio que hemos cometido?

—Nadie sabe que estabais en el convento; nadie sabe que habéis salido de él: el emperador pondrá el gesto que quiera: la emperatriz se alegrará.

—No, don Juan, no; porque lo mismo será para vos, siendo vuestra esposa, que no siéndolo.

—¡Pero y por qué! ¡por qué!—exclamó desesperado don Juan.

—Primero, porque no os amo; luego, porque no os desesperéis, porque el día que yo sea vuestra, dejaréis de amarme.

—Estrella, yo no puedo consentir en vuestra aparente deshonra.

—¡Y qué me importa á mí, que me he quedado sola en el mundo!

Don Juan volvió á estremecerse.

—Oid—dijo—: nuestra unión no será más que una apariencia: ¿tenéis confianza en mi honor?

—Sí, don Juan.

—Pues bien: yo os juro que si os unís á mí, no seréis mía sino cuando queráis serlo.

Brillaron de una manera incomprensible los ojos de Estrella.

—Acepto—dijo—: volvámonos á Sevilla; casémonos sin la licencia del emperador; anunciadle mañana nuestro casamiento.

—Convenido: voy á prepararlo todo para que nos volvámos.

Y se acercó á Estrella.



—¡Apartad!—dijo ésta.

—¿Nuestra mano, señora?

—Cuando las enlacemos para recibir la bendición de Dios.

—¿Y después?...

—Siempre la misma distancia entre los dos.

—Bien, esperad un momento: antes de la media noche habremos hecho inevitable nuestro reto, porque este no es un casamiento, Estrella; es un desafío á muerte.

—O á vida y á gloria—dijo Estrella.

—Adiós y hasta el momento.

—Adiós.

Apenas salió don Juan, doña Estrella se lanzó hacia un gran espejo de Venecia que había en la cámara: uno de aquellos magníficos espejos que sólo se veían en los palacios de los reyes, y no en todos, porque la casa de don Juan estaba puesta como la del emperador.

La joven se miró en la ancha luna, á la luz de las seis bujías que ardían sobre la mesa puesta bajo el espejo.

Sus largas trenzas rubias estaban desordenadas.

Doña Estrella las recogió, entrelazándolas unas con otras, agrupándolas de una manera bellísima.

Después se arrancó su escapulario azul de novicia, y le arrojó lejos de sí.

Descinó de su breve cintura el áspero cordón de San Francisco, y le tiró con cólera.

Se arrancó el hábito, y bajo él apareció un traje blanco de hilo, de rico Cambray, de anchas mangas perdidas, sujeto en el talle por un ceñidor azul.

Estrella, desde la noche en que encontró á don Juan junto á la tumba de doña Inés en el convento de Santa Clara, se había preparado para una fuga que preveía.

Había creído tal el amor de Carlos de Austria, que la parecía imposible que su regio amante no la arrancase pronta y secretamente del claustro, donde secretamente la habían encerrado los celos de la emperatriz.

Estrella, pues, aprovechando el pesado sueño de la madre Tránsito, se había vestido aquel traje blanco, con el que había sido llevada al convento, ocultándole bajo su hábito.

El pobre traje estaba un poco arrugado; pero hay mujeres que poseen el don de arreglar admirablemente su tocado, su traje, con un solo toque.

Estrella ahuecó, arregló su túnica, y desapareció por completo la novicia.

«Era una criatura bella vestida de blanco», como dice el Dante.

Una fusión, un prodigio humano.

Estrella era alta, tan alta como don Juan; sumamente mórbida, y sumamente esbelta.

Su blancura era la blancura voluptuosa del nácar, y su belleza la que resulta de la perfecta armonía de las formas.

Su juventud era brillante, poderosa, llena de vida, y de una vida purísima.

Sus admirables cabellos rubios, muy rubios, del tono del oro virgen, abultaban sobre su cabeza como los de una estatua griega.

Sus ojos negros eran relucientes, magníficos, puros y ardientes á la par, pudorosos, y á la par de mirada severa, profunda, incontrastable.

De aquellos ojos emanaba un fulgor que parecía dilatarse, rodear como una aureola su hermosa cabeza embelleciéndola.

En la boca de Estrella había una expresión de dolor, de despecho, de amargura, poetizada por la incomparable belleza de aquella boca.

Bajo la piel suavísima de la niña, se transparentaban levemente el azul de las venas, latía su garganta, se levantaba y se deprimía su seno: ardían sus ojos fijando una mirada candente en el espejo, contemplando su propia imagen, examinándola como un grande artista busca el efecto de una hermosa estatua.

—¡Oh! ¡le enloqueceré!—dijo—: don Juan Tenorio caerá á mis pies, y no se levantará de ellos; tendré valor: ahora que no le amo, gozaré en su tormento; si le amo un día... ¡oh, Dios mío!

Y Estrella se puso la mano sobre el corazón, como si hubiera temido que su corazón saltase de su pecho.

—Yo estaba loca—añadió dejando ver en su semblante una expresión de dolor—: yo había creído que Carlos era un hombre; yo no me hubiera manchado; yo hubiera devorado una felicidad dolorosa; ¡insensatez! el empeño no me amaba; le fascinaban mis quince años, mi pureza, mi hermosura: ¡ah! sí! porque yo soy muy hermosa: ¡misericordia! yo buscaba un alma, y sólo he encontrado en él un deseo impuro: esos hombres coronados no aman, no sienten más que el orgullo: creen haber hecho demasiado con palidecer ante la belleza de una mujer: ¡ah! detrás de su grandeza está la repugnante miseria de la vanidad: don Juan es más grande, más altivo que el emperador; es un verdadero César sin corona; es un león con el alma de un niño; con un alma que percibe todas las delicadas fragancias del alma de una mujer; que á una belleza de mujer, une toda la virilidad, toda la fuerza de un héroe: le he visto temblar, agonizar bajo mi mirada, y estoy orgullosa de tenerle mío: la fiera se ha tendido humilde á mis pies; ¿por qué no le amo yo? acaso porque el sueño de que acabo de despertar me envuelve todavía: ¡y quién sabe! ¿quién sabe si esos violentos latidos de mi corazón los produce un amor que yo no conozco por lo grande, por lo divino, por lo inmortal? ¡ah! no, no: hay una fuerza irresistible que me arrastra hacia don Juan, y otra fuerza mis-

teriosa, irresistible también, que me repele: ¡oh! y la verdad es, que gozo como no he gozado nunca; que sufro, lo que nunca he sufrido; que desde la noche en que vi á don Juan, desde que le vi hablando con la estatua de doña Inés, no he podido olvidarle: es un ser terrible, un ángel caído, una fatalidad incontrastable: ¡oh, Dios mío, Dios mío! ¡yo no soy ya virgen; yo ardo en una vida poderosa, infinita; yo soy más que una mujer! ¡ah! ¡sí! ¡sí! ¡yo te amo, don Juan! ¡yo te amo! me has abrazado el alma en el fuego de tus ojos, con el volcán de tu palabra, con la agonía de tu deseo, por mí: ¡maldito seas si no eres para mí la bendición de los cielos, si yo no soy para ti tu expiación y tu perdón!

Y Estrella se dejó caer sobre un canapé, palpitante, ardiente, transfigurada, divina, enlanguidecida con un ensueño mágico.

Don Juan había encontrado á Andrés Ceballos dos habitaciones más allá.

Don Juan había tenido que dominarse para no presentarse descompuesto, aturrido, delante de Andrés Ceballos.

—¿Qué es esto—dijo—, qué hacéis aquí? ¿por qué he encontrado cierto orden en la quinta? ¡bujías de color de rosa en mi cámara!

—¡Ah señor! aquí está doña Magdalena.

Don Juan sintió que su corazón se apretaba, y que de él brotaba hiel.

La fatalidad le perseguía, estrechándole más y más, como un ardiente círculo de hierro.

—No pudo contestar; se había aterrado.

—Sí, señor; después del medio día, cuando vos estabais en el lecho, cuando reposabais, recibí una orden de doña Magdalena que me mandaba presentarme al momento en su casa; yo creí que tendría lugar para avisaros; encontré á doña Magdalena pálida, irritada, terrible ya sabéis que doña Magdalena me conoce demasiado yo hace muchos años.

—Acompañadme, Andrés—me dijo en cuanto me vió—: voy á la quinta de vuestro amo, á orillas del Guadalquivir; no me digáis que aquella quinta está abandonada desde que se perdió don Juan: llevo conmigo criados que arreglarán algunas habitaciones: os necesito para que se me franquee la quinta; venid conmigo.

—Pero señora—la dije—, ¿no queréis que avise á don Juan?

—No; yo le enviaré una carta: vamos.

Y me arrastró consigo.

—No habéis recibido sin duda la carta que doña Magdalena os ha enviado, porque si la hubierais recibido no hubierais venido con una mujer.

—No, no he recibido esa carta; he debido llegar á casa cuando ya estaba yo fuera: ¿y sabe doña Magdalena que he llegado yo.

—No, no señor; doña Magdalena está en las habitaciones del otro lado; además, antes de que llegaseis vos, ha llegado un sacerdote.

—¡Ah! ¿hay aquí un sacerdote?

—Sí, señor.

—Tráele al momento; llévale á mi cámara. Y don Juan se volvió rápidamente junto á Estrella.

—¡Ah!—dijo al verla—; os habéis vestido de boda; ya no sois la novia; ¡una palabra Estrella! ¿estáis decidida á ser mi esposa?

—Como vos á ser mi esposo, don Juan.

—Sea: esta era la única manera posible de que se casase don Juan Tenorio; aceptando una lucha; por última vez, miradlo bien.

Estrella se alzó del canapé donde estaba indolentemente reclinada.

—Sí, don Juan, sí—dijo con acento ardiente—: no seré yo la que me arrepienta, no; si vos os arrepentís, mejor; sufriréis más; desde hoy seré vuestra compañera; puede ser que vuestra hermana; nunca vuestra amante; os lo repito: meditadlo bien, que aun es tiempo.

—El sacerdote que ha de uniros, se acerca: siento sus pasos—dijo don Juan.

—Bien, que llegue en buen hora—dijo Estrella.

Entró en aquel momento un sacerdote anciano, de aspecto digno y sencillo.

Sobre su manto se veía la cruz de San Juan.

De su cuello pendía la medalla de la Inquisición.

Había, á pesar de su sencillez, algo de aristocrático en aquel sacerdote.

Le conocemos ya: era el rector del hospital de la Caridad.

—Señor—dijo don Juan Tenorio—, perdonad si se os ha molestado.

—Se me ha llamado para un casamiento necesario, según se me ha dicho; para un casamiento de conciencia.

—¡No!—dijo de una manera viva y nerviosa Estrella—: para un casamiento de conciencia no: yo vengo pura de cuerpo y alma, á unir mi destino al de un hombre á quien amo, á quien deseo por esposo y por señor.

—¡Ah! pues mejor; mucho mejor—dijo el freire.

—Señor—dijo don Juan—, yo soy para servir, el marqués de Marana, gentilhomme de su majestad, capitán general de su guardia española, caballero del Toisón de Oro, y grande de España.

El sacerdote se inclinó.

Los ojos de Estrella brillaban de orgullo, y estaban fijos de una manera enloquecedora en don Juan.

—Esta dama—continuó Tenorio asiendo la mano de la joven—, es doña Estrella Fernán

Pérez, huérfana del capitán de la guardia española, Alfonso Fernán Pérez.

—¡Oh padre mío!—exclamó la joven haciendo temblar á don Juan.

Le pareció que la sombra livida y ensangrentada del capitán Fernán Pérez se ponía entre él y Estrella; que con sus manos crispadas se paraba de la suya la mano de Estrella que temblaba y ardía.

—¿No tiene parientes esta señora?—dijo don frey Miguel.

—No señor.

—¿Ni tutor?

—Ni, tutor: está sola en el mundo.

—¿Y vos, tenéis la competente licencia que como grande de España, como general y como caballero del Toisón necesitáis del rey nuestro señor?

—Don Juan Tenorio, caballero, os asegura que nada tenéis que temer.

—Señor don Juan Tenorio, yo nada temo; nada más que á Dios; y pues Dios trae al sacramento del matrimonio á don Juan Tenorio, yo siento en el alma un placer infinito; este es un principio de conversión, don Juan, y yo me apresuro á uniros á una vida de orden, de paz, de felicidad; no sé por qué, me parece que esta señora ha de ser vuestro ángel; no necesito, ni de la licencia del emperador, ni de testigos; me basta con Dios: ¿os amáis, hijos míos?

—Sí—dijeron al mismo tiempo con energía y aun pudiéramos decir con afán los dos.

—¿Juráis, vos, señora, consagrar vuestra vida y vuestra alma á vuestro esposo? ¿Juráis como mínimo, don Juan?

—Sí—dijeron los dos.

—Recibid de mi mano la bendición de Dios. Y don frey Miguel los bendijo conmovido.

—Sois esposos—dijo—; ya, sólo la muerte puede separaros. Mandad que me den papel y tintero, don Juan, y que vengan dos hombres mayores de veinticinco años, para firmar como testigos.

—¡Ceballos!—dijo don Juan.

—¿Qué me manda vuestraencia?—dijo Ceballos.

—Recado de escribir y que suba Antón.

Ceballos desapareció.

Estrella se había sentado en el canapé y lloraba tranquilamente de una manera dulce.

Don Juan hablaba con el sacerdote.

—Me he casado—dijo—, como sólo podía yo casarme; en un momento supremo, dominado por una fuerza irresistible.

—Reconoceos, don Juan—dijo el freire—; de vos depende ya la felicidad de una mujer que estaba sola en el mundo; de una mujer, que aunque solo la he visto desde hace un momento, y aunque es casi niña, creo que acabará por llenar vuestro corazón insaciable: habéis vuelto la espalda al claustro porque érais libre; porque no os ligaba ningún voto; yo creo que no

volveréis la espalda á vuestra familia; ante todo sois noble y caballero: he oído decir, porque yo no os conocía, que sois terrible; pero que jamás habéis manchado vuestro nombre con una infamia; no le mancharéis, cumplid con vuestro deber.

En aquel momento entró Andrés Ceballos con un magnífico recado de escribir de plata cincelada, y lo puso sobre una mesa.

Detrás venía Gabilán con el ojo tan largo, procurando adivinar qué pasaba allí, y para qué se le llamaba.

El freire se sentó en un sillón que le presentó don Juan y se puso á escribir.

Don Juan quedó detrás de él con el brazo apoyado en el sillón que ocupaba el freire con la mirada fija en el papel en que escribía.

Había en la mirada de don Juan algo de terrible, algo de inmenso.

Una mirada muy semejante á la del león del desierto que se ve enjaulado.

Estrella continuaba en el canapé llorando en silencio.

Gabilán, á cierta distancia de la mesa, miraba á su amo, miraba á Estrella, al sacerdote que escribía, á Ceballos que estaba serio y grave, y el buen Antón no entendía una palabra de todo aquello.

Lo que menos podía ocurrírsele, era que su amo se había casado, y no se le ocurrió.

Cuando don frey Miguel lo dijo á él y á Ceballos, y les expresó que debían firmar al pie de la partida de desposorios, como testigos. Gabilán sintió un impulso furioso de hablar, y no pudo; había perdido el habla.

Se le cayó la gorra de la mano, y se quedó mirando de una manera estúpida á su amo.

No le conocía.

Don Juan Tenorio casado, no era don Juan Tenorio.

Al fin, la fuerza de su leal desesperación, le hizo decir las siguientes palabras inconvenientes.

—¡Ah señor! os han hechizado ¡qué habéis hecho! las vais á pagar todas juntas.

—No, Gabilán—dijo don Juan sonriendo en vez de irritarse—: todos los reos van al mar, y acaban con él; don Juan se acaba en el mar del matrimonio.

—Pues mejor: mucho mejor; así nos excusaremos de andancias y aperreos y viviremos en paz.

—Se necesita vuestra firma al pie de este documento, señora—dijo el eclesiástico.

Estrella se levantó, tomó la pluma, y antes de firmar leyó la partida.

—¡Ah!—dijo sonriendo—: habéis puesto aquí como padrinos de nuestro casamiento á sus majestades el emperador y la emperatriz.

—¿Y quienes otros pudieran ser padrinos de don Juan Tenorio?—dijo don frey Miguel.

—¿Pero habéis omitido lo ignorarlo—dijo Estrella—, una circunstancia que me alegro de que no conste aquí: yo soy menina de la emperatriz, caballero: he aquí mi firma, puesta con toda mi alma al pie de este documento.

Y Estrella al decir estas palabras firmó, de una manera nerviosa, produciendo una letra muy bella.

Don Juan firmó.

Después, firmaron Andrés Ceballos y Antón Gabilán.

El primero puso después de su nombre: primer ayuda de cámara de su excelencia.

Antón Gabilán puso: lacayo adjunto al señor marqués de Marana.

Luego don frey Miguel tomó otro pliego de papel, copió la partida, dió la original á don Juan, y guardó la copia.

En aquellos tiempos, en que aun no había tenido lugar el Concilio de Trento, que establece un cúmulo de formalidades que preceden hoy á la unión de un hombre y de una mujer, un casamiento era lo más sencillo del mundo y lo más rápido; bastaba conque los contrayentes jurasen que estaban libres de todo compromiso, y que entre ellos no existía parentesco, para que fuesen casados.

Había en esta parte en aquellos tiempos, una gran laxitud, que producía grandes inconvenientes que el Concilio de Trento ha salvado.

Y don frey Miguel se despidió de los esposos para volver al hospital de la Caridad, del que decía haber estado ausente demasiado tiempo, y acompañado de don Juan, salió de la quinta, por el mismo postigo por donde había entrado en ella.

Ceballos mandó acercar la silla de manos en que el eclesiástico había venido; antes de que éste entrase en ella, don Juan le dió un bolsillo lleno de oro para los pobres del hospital.

La silla se puso en marcha, escoltada por algunos criados de la quinta.

IV

—Si yo sé para lo que iba á servir la escalera—dijo Antón Gabilán que había seguido á su amo cuando éste volvió á entrar por el postigo—, no soy quien la lleva.

—Ya sabes, Antón—dijo don Juan—, que no quiero que se murmure de mí.

—Yo no murmuro de vos, señor.

—Murmuras de mi casamiento; esto te ha cogido de nuevas también; oye de una vez para siempre: yo no soy ya una persona sola, soy dos; el otro yo es mi esposa.

—Muy bien, señor.

—A mi esposa la respetarás, del mismo modo que Andrés Ceballos, como si fuera yo, ¿lo entiendes?

—Sí, señor, sin que nos lo dijerais—respondió Andrés Ceballos—; pero permitidme, señor, que os diga, que doña Magdalena os espera impaciente.

—No la digas que he venido aún; vete á donde esté ella, por si te llama, que yo te avisaré con Gabilán para que puedas decirla que he venido.

—Muy bien, señor—dijo Andrés Ceballos, y se alejó.

—Ven conmigo, Antón—dijo don Juan—, y espera en mi antecámara.

Y Tenorio subió impaciente las escaleras.

Cuando entró en la cámara, encontró á Estrella indolentemente reclinada en el canapé.

—¿Sabéis, señora—dijo don Juan—, que soy feliz por la primera vez de mi vida?

—Y yo, don Juan—dijo Estrella—, estoy envuelta en un sueño delicioso.

—Supongo—dijo don Juan—, que todo aquello de ser esposos y vivir como hermanos se os habrá ido del pensamiento.

—Al contrario, don Juan; creo que ahora soy más imposible para vos que nunca.

—¿Cómo así, Estrella?

—Si no os hubierais casado conmigo, si hubiéramos vivido mucho tiempo juntos, dando que decir á las gentes, tal vez porque no os apartaseis de mí, porque no me creyesen una mujer abandonada, por probar si os retaría, tal vez hubiera sucumbido á ser vuestra; pero ahora si os apartáis de mí, don Juan, seré siempre la marquesa de Marana, y vuestro abandono no ofendería á mi honor, sino al vuestro, porque nadie podría decir que yo había dado lugar á que me abandonaseis; sería una dama honrada de la que todo el mundo tendría lástima, acusándoos á vos; ¡ah, don Juan! ahora más que nunca, os lo repito, soy un imposible para vos.

—Un divino imposible, decid: ¡qué hermosa sois! ¡qué terriblemente hermosa!

—¿Os enamoro, don Juan?

—Sí; no he visto nunca, tanta juventud, tanta hermosura y tanta pureza.

—Pues bien; vos también me enamoráis; ¿queréis que os diga la verdad? habéis hecho mucho daño al emperador; le habéis vencido; me parecéis más hermoso, más joven, más valiente y más grande que él.

—Pues si me amáis, señora, ¿por qué no sois mía?

—Porque estar enamorada no es amar.

—Pues yo creía que estar enamorado y amar es una misma cosa.

—No, don Juan; se puede estar enamorado con los sentidos, con el deseo, y no amar con el alma; á mi me parecéis lo más hermoso del mundo; gozo mirándoos y sin embargo no os amo.

—Empezad, que yo os aseguro que el amor sobrevendrá pronto.

—¿No tenéis nada que decir á vuestra esposa, más que eso, don Juan?

—¡Oh! sí; tengo que deciros mucho; el ser mi esposa os trae grandes odios, terribles enemigos, las consecuencias de mi vida desenfrenada.

—¡Oh! ¿y qué me importan á mi las mujeres que os aman, ni que vos las améis á ellas? ¿creéis acaso que os pediré yo nunca cebo? por mi parte estáis libre; esto no quiere decir que yo, concediéndos á vos toda vuestra libertad, pretenda libertad alguna para mí; no don Juan, no; al casarme con vos me he constituido en vuestra esclava, os obedeceré ciegamente; os obedeceré en todo, mero en amaros.

—Y eso ¿por qué, señora?

—¿Por qué? porque el amor no depende de la voluntad; él es quien manda: no nosotros quien le mandamos á él; si pudiéramos amar á nuestro antojo, amaríamos mucho; pero no podemos amar más que lo que Dios quiere.

—¿Y no partiréis conmigo el tálamo, Estrella?

—Si vos me lo mandáis, sí; pero me haréis muy desgraciada, don Juan; me humillaréis, me desesperaréis, me veréis triste, enferma, agonizando.

—Sois muy joven; la naturaleza duerme en vos todavía.

—Pues bien; esperad á que la naturaleza despierte en mí, y no hablemos más de esto. ¿Cómo pensáis salir del apuro con el emperador?

—Tengo otro apuro mayor más cerca, más próximo.

—¿Y qué apuro es ese?

—Una mujer que me está esperando en esta misma quinta.

—Pues no la hagáis esperar, don Juan—contestó Estrella de la manera más tranquila del mundo.

—¿No os importa nada—dijo vivamente ofendido en su amor propio don Juan—, el que me espere una mujer en vuestra misma casa, esposa y señora mía?

—Eso es cuenta vuestra; de mí pudieran decir, si me esperase un hombre en vuestra casa; pero de vos solo dirán, si en mi casa os espera una mujer.

—Es que esa mujer me ama.

—Peor para ella—dijo la marquesa.

—Es que la amo yo.

—Pues peor también para vos.

—Vos conocéis á esa mujer; es muy hermosa.

—Me alegraría mucho de que fuera infinitamente más hermosa que yo.

—La conocéis.

—Es muy posible.

—Debéis haberla visto muchas veces en palacio, porque es dama de la emperatriz.

—Pues entonces, don Juan, la conozco de seguro.

—Es doña Magdalena de Córdoba y de Valor.

—¡Ah! pues no hagáis esperar á tan hermosa señora; mirad; yo estoy cansada, me he agitado demasiado esta noche; he sufrido y necesito reposar; en esta cámara hay un lecho.

—El mío, Estrella.

—Pues bien; voy á ocupar vuestro lecho; y para entregarme tranquilamente al descanso, me voy á encerrar; desearía tener mañana, á la hora de levantarme, algunas doncellas, y sobre todo, ropas que vestirme; tenemos que ir al alcázar, á presentarnos al emperador, á pedirle que nos perdone por habernos casado sin su licencia.

—Perdonad lo que voy á deciros, Estrella; pero ó estáis loca, ó desesperada.

—Ni lo uno, ni lo otro; ¿cómo ha de estar desesperada una mujer que ha logrado hacer su marido á don Juan Tenorio, al burlador, al descorazonado, al que pasaba, como él huracán, arrastrándolo todo consigo? ¿no creéis que mañana, cuando me vean á vuestro lado, se morirán de envidia las mujeres, y me creerán un ángel.

—¡Ah! si supierais por qué me he casado yo con vos...—dijo don Juan.

—¿Por qué? yo creo que os habéis casado porque todo os importa nada.

—No; me he casado con vos, porque os encontrabais sola en el mundo.

—No os creo, don Juan; si hubierais de haberos casado con todas las que habréis encontrado solas en el mundo, no podría yo haberme casado con vos; hay alguna razón más.

—Sí; una palabra empeñada.

—¡Una palabra empeñada!

—Prometí solemnemente protejerlos, velar por vos; y ¿cómo podía yo protejerlos verdaderamente en la situación en que os encontrabais, más que dándoos mi mano? ¿qué me importa á mí, ni qué me importa estar casado ó no, si yo no me puedo casar, si yo seré siempre el mismo? si ahora mismo os estoy considerando, no como á una esposa que tiene el deber de obedecerme, sino como á una mujer insensible, á quien es necesario vencer por medio del amor; ¿creéis acaso, Estrella, que unas cuantas palabras y una bendición, atan un hombre á una mujer? ¿qué impedirá al hombre separarse de su mujer cuando quiera, si no le retiene su amor?

—El cumplimiento de su deber.

—El deber es un lazo muy débil cuando se trata de la unión de un hombre y de una mujer.

—Para un caballero, su deber es una ligadura sobrado fuerte.

—El marido no se deshonra, ni deshonra á su mujer por apartarse de ella con pretexto honroso; que por ejemplo, yo os digo, cansado de vuestra resistencia: me voy á la guerra, á Italia, ó á América: ¿quién extrañará que un grande de España vaya á servir, dándoles su sangre, á su patria y á su rey?

—Podéis ir desde mañana; yo por mi parte os juro, por mi alma y por el alma de mi pobre padre, guardar intacto vuestro honor; pero, perdonad, don Juan; he notado desde que hablamos que siempre que nombro á mi padre os ponéis pálido y os estremecéis.

—Me acuerdo de la desgraciada muerte de Alfonso Fernan Pérez; por él me he casado con vos.

—Explicaos, don Juan.

—Recibí, de manos del capitán Fernan Pérez, una carta del emperador, en que me llamaba: yo no tenía vocación al claustro; entré en él por una fascinación; al día siguiente debía profesar. La carta del emperador me decidió, y apenas había partido vuestro padre del convento, partí yo: al pasar por entre unas huertas, oí gemidos y vi dos hombres que socorrían á uno que estaba en tierra; el hombre; el hombre que estaba en tierra, herido de muerte, era vuestro padre, me acerqué, me reconoció y me dijo:—¿Vais á la corte, señor don Juan Tenorio? el emperador os ama; tenéis con él un gran valimiento; en la corte, menina de la emperatriz, tengo una hija que se queda huérfana; protegedla, don Juan; juradme que velaréis por ella, y muero tranquilo.—Morid en paz—dijo á vuestro padre—. He aquí por qué os he sacado del convento; he aquí por qué me he casado con vos, porque haciéndoos mi mujer era del único modo que podía protegeros, ampararos, en la situación en que os encontráis; he aquí por qué me estremezco al oír el nombre de vuestro padre, por qué mi encuentro con él, me ha casado con vos, Estrella.

—¿Y qué se hicieron los criados que acompañaban á mi padre?—dijo Estrella mirando intensamente á don Juan.

—Tuvimos un encuentro con bandidos cerca de la frontera de Portugal, y menos diestros ó menos afortunados que yo, ellos fueron muertos por los bandidos, al paso que yo maté á tres y ahuyenté á los demás.

—¿Y quién mató á mi padre?—dijo Estrella.

—Bandidos también.

—¡Don Juan!—exclamó Estrella—, juradme que no fuisteis vos el matador de mi padre.

—¡Yo! ¿Y por qué había de matar á un hidalgo que me llevaba una carta del emperador?

—Mi padre era violento, don Juan; le irritaba todo; no podía sufrir que hubiese en el mundo otro valiente que él; pudo ofenderos, obligaros á que le mataseis: ¡oh, don Juan! no me engañéis, decidme todo, no me hagáis permanecer en una duda horrible.

—No.

—Juradme que no fuisteis vos el matador de mi padre.

—Os lo juro.

—No, no me basta eso; porque debéis tener en vuestro pensamiento la certeza de que no fuisteis vos quien le hirió, no; fué la ofensa que os hizo; pues bien, juradme que mi padre no os ofendió.

—Lo juro—dijo don Juan.

—No, no basta aún: juradme que mi padre os conocía cuando os vió la primera vez.

—No, eso no; vuestro padre no me había visto nunca.

—Pues antes de conoceros pudo ofenderos, y si no os conocía no ofendió á don Juan Tenorio.

Don Juan no vaciló: comprendió que una vacilación cualquiera establecería una duda terrible en el alma de Estrella.

—¿Cómo queréis que jure—dijo—, que ninguna parte he tenido en la muerte de vuestro padre, ni obligado, ni sin obligar?

—Jurádmelo por el alma de vuestra madre, por la vuestra, por la mía.

—Lo juro—contestó solemnemente don Juan.

—¡Ah! pues entonces no vayáis vos á ver á esa mujer, no; yo no quiero, no quiero que habléis con ninguna mujer de amores ni de quejas, ¿lo entendéis? No; yo os exijo me cumpláis la fe que me habéis prometido ante Dios; yo os exijo que no améis á ninguna mujer más que á mí, ¿lo entendéis? Yo os amo.

—¡Ah!—exclamó don Juan—, entonces sois mía.

—No, aun no; es necesario que yo sea vuestra alma, y hasta ahora no soy más para vos que un deseo y el cumplimiento de una palabra empeñada á mi padre moribundo; cuando yo vea que lo soy para vos todo; que mi voluntad es la vuestra: que habéis enloquecido por mí, entonces, don Juan, seremos lo que debemos ser.

—¡Ah! no decís la verdad, cuando decís que me amáis.

—¿Qué no os amo? Oid: yo no sabía lo que era el amor.

—¿Habéis amado?

—He creído amar: la vanidad, la locura, qué sé yo; ver á un emperador tan poderoso á mis pies... ¡ah! no, no; si le hubiera amado, al conoceros á vos, al comprenderos, no hubiera conocido que érais más grande que él, no os hubiera podido amar; porque la felicidad que siento al verme vuestra esposa, no puede ser más que amor; porque he olvidado completamente al César, y sólo me queda vergüenza por haberle oído; pero no quiero exponer mi amor, ya os lo he dicho, á que se vea burlado; no quiero llorar vuestro desprecio, no: amadme, amadme, y hasta que me améis, esperad.

—Me estáis volviendo loco, Estrella; vuestra hermosa cara crece á mis ojos, resplandece, me embriaga.

—Pues bien; empezad á probarme que me amáis.

—¿Cómo?

—Dejadme que yo vaya á ver á doña Magdalena.

—¿Sabéis lo que me pedís, señora? ¿Sabéis que esa mujer tiene sobre mí derechos sagrados?

Estrella palideció y miró á don Juan de una manera sombría.

—Y si tiene sobre vos sagrados derechos, ¿por qué no os habéis casado con ella, don Juan?—dijo con acento severo y opaco.

—Porque es imposible mi casamiento con ella.

—¿No es honrada?

—Sí.

—¿No es noble?

—Sí.

—Pues entonces, ¿por qué es imposible vuestro casamiento con ella?

—Entre nosotros no puede, no debe haber secretos—dijo don Juan—. Magdalena es mi hermana.

—¡Vuestra hermana!

—Sí.

—¿Y os habéis amado como amantes?

—Sí.

—¡Ah, eso no puede ser! ¡Eso sería horrible!

—¡Horrible, sí, pero cierto!

—¿Hay un lugar donde yo pueda oír sin ser vista, lo que habléis con doña Magdalena?

—Sí, esperad;—¡Antón! dí á Ceballos que venga; pero, no, no; ve delante, dile que nos salga al encuentro. Venid, Estrella.

La joven siguió á don Juan, que salió tras Antón.

Al fin de una galería se encontraron con Andrés Ceballos.

—¿Dónde está doña Magdalena? —dijo don Juan.

—En la cámara, cuyos miradores dan sobre el río—contestó Andrés Ceballos.

—¡Ah! pues entonces, Estrella, por aquí; tú Andrés, y tú Gabilán, retiraos.

Don Juan abrió una puerta, atravesó una galería, entró en un aposento, pasó desde allí, por una puerta de escape, á un dormitorio, y dijo á Estrella:

—Detrás de esta vidriera podréis ver y oír.

Y tras esto, abrió la vidriera, pasó, volvió á cerrarla y fué á poner la bujía que llevaba en la mano, sobre una gran mesa redonda de mosaico que había en medio de una magnífica cámara.

V

Al entrar don Juan, una magnífica mujer, vestida de negro, se levantó de un sillón y adelantó. Era Magdalena.

—Cuánto has tardado—dijo—; en mi carta te pedía que vinieses al momento.

—Yo no he vuelto á mi casa desde que salí para ir al alcázar, y no he recibido tu carta, Magdalena.

—Y entonces; ¿por qué estás aquí?

—Por una casualidad: he querido visitar mi quinta, que hacía mucho tiempo no la veía.

—Es verdad; desde que murió Inés de Ulloa.

—¿Por qué recordarme esa desgracia, Magdalena?

—Tengo celos de su memoria.

—Dejemos en paz á los muertos; además, tu amor no debe ser celoso.

—¿No? Pues bien: tengo celos de todo; de la tierra que pisas, del traje que vistes, del aire que te toca, de todo lo que miras.

—¡Magdalena, Dios no quiere que me ames así!

—¡Ah! ¿tú también, tú también dices que Dios no quiere que yo te ame como te amo? ¿Qué traición horrible se ha fraguado contra mí, en la que tú también formas parte? ¡Ah! es cierto: tu ambición; una hermana de la emperatriz te ama, y se pretende que yo me aparte de ti horrorizada; que yo crea una mentira horrible: ¡ah, no! he traído conmigo un sacerdote; la emperatriz me ha desterrado, y antes de partir para mi destierro, quiero ser tu esposa.

—Imposible, Magdalena, imposible.

—¡Ah! ¿con qué es decir, que en vano yo al amarte he amado la virtud? ¿Qué en vano yo me he apartado de la vida de infamia de mi juventud? ¿Qué en vano he sufrido doce años de desesperación, de agonía?

—Magdalena, yo te amo; te amo con toda mi alma, pero como debo amarte; de otro modo, no; conoces lo inflexible de mi voluntad y que tu obstinación será inútil: no provoquemos la cólera del Señor: no nos hagamos dignos de la maldición que pesa sobre nuestra raza: amémonos, pero desde lejos, con un amor puro, santo, infinito.

—¡Con un amor del infierno!—exclamó fuera de sí Magdalena—: no, no creas que yo retrocederé, que yo lloraré en silencio: si te casas, ¡ay de la mujer que contigo se una! ¡Más la valiera no haber nacido! ¿No sabes que robarme tu amor es arrancarme el alma, y que yo no me la dejaré arrancar?

—Por última vez, Magdalena, separémonos.

—¡No!—exclamó Magdalena asiéndose á don Juan.

Se oyó un grito terrible: una especie de rugido, y Estrella se lanzó y apartó vigorosamente á Magdalena de don Juan.

—Yo soy su esposa, y nadie tiene derecho á extender hacia él sus brazos más que yo—dijo Estrella, pálida y convulsa, asiéndose á don Juan, y cubriéndole como si don Juan hubiera sido un ser débil á quien hubiera tenido que proteger.

—¡Vos su esposa! ¡vos, doña Estrella!—exclamó Magdalena, á quien la sorpresa, el dolor, la rabia, no dejaban hablar.

—Sí, su esposa que le ama, aunque sólo le conoce desde hace muy poco tiempo, tanto como vos le habéis amado en toda vuestra vida.

Magdalena cegó, por decirlo así, y se abalanzó hacia Estrella.

Pero se encontró con don Juan que la miraba severo, dió un grito y se desmayó.

—¡Ceballos!—dijo don Juan.

Entró el ayuda de cámara.

—Socórrela—dijo don Juan—; socórrela, y no la dejes salir de aquí hasta que yo vuelva.

—No—dijo Estrella—; socorredla y que permanezca aquí ó no; por mi parte, yo paso aquí la noche.

Y salió.

Don Juan salió tras ella pálido y triste.

En silencio llegaron á la misma cámara de donde habían salido.

—Gracias, don Juan—dijo Estrella—; y sabe Dios que bien quisiera no tener que daros gracias por lo que habéis hecho; aborrezco á esa mujer, y al mismo tiempo me inspira compasión: ¿qué tenéis, don Juan, que así os amamos todas; que así todas nos volvemos locas por vos?

—Perdonad, Estrella, pero me habéis herido en el corazón: yo no hubiera querido que os hubierais presentado en aquel momento.

—Es que os amo; y ahora sí que no dudo de ello: es que al ver junto á vos á esa mujer, me he sentido morir; es que os quiero para mí sola; es que seré capaz de todo: amadme, don Juan, amadme, si no queréis que muera.

Don Juan lo olvidó todo bajo la influencia de la mirada de la joven, y cayó de rodillas.

—¡Mátame!—exclamó, arrancándose el puñal que llevaba á la cintura, y presentándolo á Estrella por el pomo: mátame, ó sé mfa.

—Ganadlo, señor don Juan—dijo sonriendo de felicidad Estrella—; ganadlo cuanto antes podáis, para que vuestra esposa tenga sobre la tierra un paraíso.

—Yo soy tuyo, ¡tuyo!—exclamó llorando don Juan.

—¿Delante de cuántas mujeres has llorado?—dijo Estrella con un acento que estremeció á don Juan—¿Estás seguro de que te amo yo?

Don Juan se alzó terrible, cogió el puñal por el pomo y le levantó sobre Estrella.

—¡Hiere!—exclamó la joven—¡Hiere! ¡Así me amarás siempre!

Don Juan tiró el puñal, y se pasó la mano por la frente desesperado.

—¡O eres mi ángel, ó mi demonio!—exclamó don Juan.

—No: tal vez tu expiación.

—¡Mi expiación! Es decir, que tú conoces mi vida.

—¿Y quién no conoce la historia de don Juan

Tenorio? esa historia maravillosa, cuyas aventuras están tan abultadas por el vulgo, que las cuenta asombrado: los ciegos cantan romances de que tú eres el héroe: el cuento de «El Convidado de Piedra» lo sabe todo el mundo, y hay en Sevilla una calle que se llama la calle de El hombre de Piedra: en esa calle está la casa deshabitada del comendador don Gonzalo de Ulloa: ¿y quieres que cuando tantas víctimas has hecho, me sentencie yo á ser víctima tuya?

—¡La religión nos ha unido!—exclamó don Juan.

—¿Y qué es para ti la religión?—dijo Estrella—. Yo soy una prueba de lo que tú temes á Dios: hay un lugar sagrado en que nadie se atreve ni aun á poner el pensamiento, sino de una manera reverente; el asilo de las vírgenes del Señor. Hay un lugar terrible al que nadie se acerca, sino dominado por un pavoroso respeto: la tumba; donde te he conocido yo, don Juan; dentro de un claustro que hollaba sin temor tu planta impia; delante de una tumba á cuya estatua sepulcral dirigías palabras dictadas por las pasiones de la vida: ¿qué has hecho tú al sacarme de allí más que arrebatar una virgen al Señor? no, tú no respetas la religión; tú no la conoces; tú eres un réprobo: yo he dejado también de temer á Dios; pero es porque tú, como las plantas ponzoñosas, tienes el poder de envenenar la mano que las toca, y se inficiona con su jugo: yo te he amado desde que te vi; he amado por la primera vez de mi vida; yo no sabía que te amaba hasta que he visto los brazos de esa mujer rodeados á tu cuello: al amarte, he comprendido que no había amado; que había equivocado la vanidad con el amor: he comprendido que estaba maldita como tú, porque tengo la seguridad, don Juan, á pesar de tu juramento, de que no estás inocente de la sangre de mi padre; y no he dejado de amarte: te amaría aunque fueses Satanás; y no sé, no sé aún si esto es amor; pero me abraso en tu mirada, me embriago en tu hermosura: mi alma es tuya: ¿qué importa? adonde tú vayas iré contigo: ¿qué más devorador puede ser el fuego que te devora por mí que el que siento yo por ti?

—¡Estrella, Estrella, harás que me vuelva loco!

—¡Ah! yo te enamoro: tus ojos se fijan en mi garganta, en mi boca; te envuelven mis ojos en una mirada de fuego; me amas como no has amado á ninguna, y me amarás siempre, porque siempre tendrás una sed rabiosa de mí: ¡ah! la esposa virgen y pura será para ti un tormento insoportable; el tormento de la vanidad y del deseo juntos: habrás encontrado una roca, y es que te amo, don Juan, como ninguna mujer te ha amado; es que á cada momento que pasa, mi amor crece; es que no quiero verme un día despreciada; es que no quiero que dejemos de ser felices, porque esta

inqui-
finita
sufrir
—V
esta
es el
—I
impor
hayas
padre
que e
tú al
le rel
—I
adond
—S
á tu
mas;
mío;
Marar
rana,
car v
quiere
una v
¡oh!
vida
mío,
—I
yo pe
había
mi pe
para
ardido
ta á m
tinuac
la tu
te en
tú er
ha a
za, p
morad
—I
no pu
cierra
na á
Adiós
—A
Y s
Don
tro la
—D
me, t
don J
Y s
y se
And
volver
Su
—I
exclam

inquietud, esta sed devoradora, esta agonía infinita, son una felicidad: tú por mí, yo por ti, suframos, pero vivamos.

—Vivamos, pues — dijo don Juan —; y en esta lucha que hemos entablado, veamos quién es el vencedor.

—¡Yo! y estoy alegre; soy feliz: nada me importa lo que hayas sido, lo que seas; que hayas tenido parte ó no en la muerte de mi padre: para mí nada existe más que tú; y aunque estoy maldita como tú, lanzo también como tú al cielo mi carcajada impía, y como tú le reto.

—¡Oh! Estrella: unidos de la mano iremos adonde la fatalidad nos guíe.

—Sí; mañana á la corte: quiero que me vean á tu lado, cubierta de galas, de joyas riquísimas; quiero que humilles al emperador, bien mío; quiero ser la resplandeciente marquesa de Marana, la hermosa, la joven marquesa de Marana, delante de todo el mundo; quiero provocar venganzas; quiero ser, como tú, terrible; quiero aventajarte: ¡oh! y ya tengo sobre mí una venganza: esa mujer, Magdalena, tu hermana: ¡oh! ¡y cómo estás maldito, don Juan; qué vida la tuya; qué sucesos los tuyos! ¡Oh, Dios mío, cuán feliz soy!

—¡Ah! tú fuiste la primera mujer en quien yo pensé cuando salí del convento, adonde me había arrojado un sueño espantoso: te vi en mi pensamiento hermosa, pura, casta, guardada para mí; y mi corazón ardió como no había ardido desde el día en que vi envenenada, muerta á mis pies á Inés de Ulloa; tú eres la continuación de Inés: tú quizá bajarás como ella á la tumba sin que te haya poseído don Juan: te encontré detrás de su tumba, Estrella, y tú eres Inés, que ha renacido; Inés, que se ha apoderado de mi corazón y de mi cabeza, pero más hermosa, más ardiente, más enamorada.

—¡Oh, don Juan, déjame sola con tu recuerdo; no puedo más; mi cabeza vacila, mis ojos se cierran; voy á descansar en tu lecho; mañana á la corte, á la vida, al mundo, al amor! Adiós; buenas noches.

—Adiós—dijo don Juan.

Y salió dominado por Estrella.

Don Juan sintió que la joven cerraba por dentro la puerta.

—Duerme soñando en tu amor—dijo—; duerme, tú, que has mezclado tu alma al alma de don Juan; yo voy á velar tu sueño.

Y se sentó en un sillón en la antecámara, y se arregló en él como para pasar la noche.

Andrés Ceballos, entretanto, procuraba hacer volver en sí á Magdalena.

Su semblante aparecía terrible.

—¡Y yo que la amo como si fuera mi hija— exclamó—; yo que conozco todos sus dolores;

yo que la he guardado, que la he espiado, que la he apartado de don Juan, que he servido á don Juan sólo por ella, que creía que don Juan la amaba, y la veo ahora herida de muerte por la traición de don Juan! ¡Ah! yo me consagro á ella, y si ella desea venganza, la vengaré.

Magdalena empezó á volver en sí.

Al fin abrió los ojos y miró á Andrés Ceballos.

—¿Es cierto lo que he visto, ó lo que he creído ver, ó lo que he soñado?—dijo á Andrés—. ¿Es cierto que se ha casado don Juan?

—Sí, cierto, muy cierto, señora—dijo Andrés Ceballos.

—¿Con doña Estrella Fernán Pérez?

—Sí.

—¿Y están aquí los dos?

—Sí señora.

—Tú estás al servicio de don Juan, Andrés: ¿quieres pasar á mi servicio?

—Sí señora.

—Pues salgamos al momento de aquí: ¿dónde está la silla de manos en que he venido?

—En la puerta principal de la quinta.

—Pues salgamos al momento: ni un momento más en esta casa: sí.

Y Magdalena se levantó del sillón en que se encontraba, y salió rápidamente.

Andrés Ceballos la siguió.

Poco después, la silla de manos en que era conducida Magdalena, acompañada por Andrés Ceballos y por cuatro escuderos, se dirigía á Sevilla.

VI

Don Juan pasó muy mala noche, dominado por un sueño que era un delirio.

En él se habían revuelto como sombras informes, todos los sucesos de su vida; todas las mujeres que había amado ó creía amar, que venían á refundirse en una sola: en Estrella; pero en derredor de Estrella se agitaban amenazadoras Magdalena, Isabel, Leonor, Gabriela.

Don Juan despertó al amanecer, dolorido, pálido, calenturiento.

Llamó á Gabilán.

—A caballo, Gabilán—le dijo.

Gabilán, que había pasado muy mala noche, bostezó, bajó la cabeza y se fué detrás de su amo, que bajó al postigo y salió fuera.

Los caballos estaban todavía atados á una reja del piso bajo:

Los pobres habían pasado muy mala noche sin pienso y sin abrigo.

—Pues no es más que una brava imprudencia—dijo Gabilán, que estaba de muy mal humor,

por decir algo—dejar expuestos á coger un pasmo que los mate, á dos bichos como el «Volador» y el «Diamante»; y que ya van siendo viejezuelos, señor.

—Monta, monta, y á Sevilla: no tengo gana de conversación.

Gabilán tuvo el estribo á su amo, que montó; montó á su vez y partieron; don Juan delante y el lacayo detrás.

Se entraron en Sevilla por la puerta del Arenal y don Juan fué á parar á su casa.

Subió y dijo á su buen mayordomo José, que le esperaba sin acostarse:

—Que enganchen al momento un coche.

—Muy bien, señor; pero podía haber avisado vucencia de que no le esperase, para que no estuviésemos con cuidado.

—¡Bah! ¿quién te manda pasar cuidado por mí, viejo incorregible? anda, anda; que pongan el coche, y tráeme el cofrecillo de hierro donde están las joyas de mi madre.

—¿Y para qué son esas joyas, señor?

—Es verdad, José—dijo Gabilán—; vos no sabéis que su excelencia se ha casado esta noche.

—¡Cómo!

—Ve, ve á lo que te he mandado, José, y no te detengas más.

José salió persignándose.

—¿Tú conocerás costureras en Sevilla, Gabilán?

—¡Vaya si conozco! en la calle de la Sierpe hay una francesa famosa que viste á todas las damas de Sevilla, y que ha hecho algunos vestidos á la emperatriz.

—¡Ah! pues entonces, debe tener allí algunos vestidos de los que no haya entregado todavía.

—¡Oh! indudablemente, señor — dijo Gabilán.

—Ve y tráeme cien doblones de á ocho; á más, pon en una maleta un traje completo de corte; aquel de color de granate con cuchilladas color de rosa y calzas blancas, una gorra con joyé y un capotillo de terciopelo negro con forro de arminios: debo tener un equipaje completo.

—Y magnífico, señor; se ha cuidado mucho de la ropa porque se esperaba que volverais.

—Tráeme además aquella espada de empuñadura de hierro incrustada de oro y cincelada por Benvenuto, con su puñal compañero.

—Muy bien, señor.

Gabilán salió.

—Pagando bien—se quedó pensando Tenorio—, Estrella tendrá un gran traje de corte para las doce del día, y se presentará hermosísima: las joyas de mi madre son tan buenas como las que puede usar la emperatriz: ¡ah! pero lo que yo no sé es la cara que pondrá el emperador, el gesto que hará la emperatriz, cuando

el marqués de Marana se presente con su marquesa, y vean que esta marquesa es, Estrella Fernán Pérez. ¡Ah! no pueden hacer nada; desterrarme. Y bien: yo vivo mal en la corte; la superioridad me irrita; yo no he nacido vasallo: amo al emperador, porque el emperador es como yo, con la sola diferencia de que le sobra la corona para ser completamente lo que yo soy. Pero aquí tenemos á Gabilán, y por este otro lado á José.

En efecto, por distintas puertas entraron en la cámara José y Gabilán, llevando ambos debajo del brazo, el uno una maleta, el otro un cofre de hierro cincelado.

—¿Está el coche enganchado ya, José?

—Sí señor—contestó el mayordomo—; y aquí están las alhajas de la madre de vucencia: dentro está el inventario: ¿quiere vucencia ver si falta alguna?

—Da, da ese cofre á Antón—dijo don Juan—, y vete.

—¿Y la espada y el puñal?

—Los traigo yo ceñidos, señor.

Antón tomó el cofre debajo del otro brazo.

—Audaz ¿tienes que merezcan una vuelta de cintarazos; deja, deja sobre una mesa la maleta y el cofre, quitame este cinturón y ponme ese.

Con el cinturón que se quitó Gabilán, que era de riquísimo brocado, iban adjuntos una espada y un puñal cuyas empuñaduras eran maravillosamente artísticas.

—Coje tu espada y la daga; carga con esa maleta y ese cofre y vámonos.

Bajaron y encontraron á la puerta de la casa un coche, al que estaban enganchadas seis mulas.

Gabilán puso la maleta y el cofre dentro del coche y don Juan entró en él.

—Di al cochera las señas de esa costurera.

Gabilán cerró la portezuela, y dijo al cochera subiendo al pescante:

—Guía á la calle de la Sierpe, casa de madama Honorina, ya sabes, más allá de la hostería de la Cruz de Malta; la casa de madama Honorina tiene encima de la puerta las armas reales y un rótulo que dice:

«Costurera de su majestad la Emperatriz.»

El cochera puso en marcha el carruaje, volvió y revolvió por las calles de Sevilla y se detuvo al fin delante de la casa indicada por Gabilán.

Era muy de mañana; como que aun no había salido el sol, y la casa de madama Honorina, estaba herméticamente cerrada.

Gabilán saltó del pescante y llamó á la puerta á grandes golpes, como llama un lacayo de gran señor, sin respeto ni miramiento alguno.

Abrióse al fin una ventana en un piso alto, y una mujer joven y bien parecida, una especie de criada, preguntó qué querían tan de mañana.

—Mi amo, que es un gran señor, como que se llama don Juan Tenorio, necesita al momento ver á tu ama, amiga mía.

—¡Ah! ¿es don Juan Tenorio el que llama?—dijo con marcado acento la criada—; voy, voy á despertar al momento á mi señora.

Pero aquel momento duró tres cuartos de hora largos.

Se abrió por fin la puerta cuando impacientado ya don Juan lo daba todo á los diablos, y apareció, no ya la criada, sino una mujer hermosa y fresca, como de veinticuatro á veintiséis años, vestida con suma sencillez y elegancia.

Antón se apresuró á abrir la portezuela, y don Juan Tenorio salió del carruaje.

—Cuida de lo queda en el coche, Antón—dijo don Juan.

Y entró.

—¿Sois don Juan Tenorio?—dijo la joven cerrando la puerta.

—Sí—contestó don Juan—; ¿y vos, sois madama Honorina, costurera de la emperatriz?

—Tengo ese honor, señor don Juan Tenorio: permitidme que suba delante para enseñaros el camino.

Y la joven subió rápidamente, dejando ver á don Juan su pequeño pie y parte de su pierna.

—Ellas las lucen siempre que pueden—dijo don Juan.

—¿Eh? ¿qué decís, caballero?—dijo Honorina, ya en lo alto de la escalera.

—Digo, que yendo tras vos se pueden estar subiendo escaleras todo el día.

—¡Ah! pero vos sin duda no habréis venido solamente á decirme eso.

—No; porque nunca pude suponer que bajaseis á recibirme á la puerta.

—No merece menos, un caballero tan famoso como vos: pasad, señor don Juan, pasad á mi habitación.

—¿No habrá nadie que se ofenda?—dijo don Juan pasando á una habitación bastante linda.

—¡Ah! yo soy libre como el aire, don Juan, porque yo no vendo más que telas y trajes.

—Sin vender nada podáis tener amo.

—No los quiero, don Juan; se vive así mejor; pero veamos; ¿en qué puedo complaceros?

—¿Sabéis que no esperaba yo que la costurera de la emperatriz fuese tan bella, tan viva y tan graciosa?

—Y ¿sabéis, don Juan, que no había yo creído que fueseis lo que sois?

—¿He perdido, al veros, de lo que os habíais figurado?

—No, pardiez, habéis ganado mucho; pero

os vuelvo á preguntar que en qué puedo tener el placer de servirlos.

—Al medio día tengo que presentarme en audiencia pública al emperador.

—Señor don Juan, y bien; ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Si yo me presentara solo, nada; pero es el caso que tengo que presentarme acompañado de mi esposa, y he aquí por qué necesito de vos.

—¡Cómo! ¿sois casado, don Juan? perdonad mi impertinencia; pero todo el mundo os cree soltero.

—Pues no; estoy casado de hace muy poco tiempo, es verdad; pero casado al fin: ya veis, es necesario que mi esposa la marquesa de Marana, se presente de una manera digna en la corte: esto ha sido cosa de anoche, ya tarde, á hoy; y por lo mismo es necesario que realicéis un milagro.

—Señor don Juan Tenorio; voy á comprometerme por vos; pero no importa, me comprometo con gusto.

—Yo os pagaré...

—No hablemos de precio: vos me pagaréis lo que vale estrictamente el traje que voy á procuraros; un magnífico traje brocado de oro en negro: es verdad que necesita este traje ricas alhajas; pero supongo...

—Habéis supuesto bien.

Encajes de Flandes...

—Eso creo que tendréis que ponerlo vos.

—Bien, muy bien; se pondrá.

—En una palabra, amiga mía; quiero que llevéis un traje completo, hasta con las ropas interiores, como si se tratase de una mujer completamente desnuda.

—Perfectamente, lo tendréis todo; todo, menos zapatos y guantes; puesto que decís que se trata de vestir á una señora desnuda.

—Mostrad vuestro pie.

—¡Ah! ¿es necesario eso?

—De todo punto, hija mía.

—Pues bien: mirad—dijo Honorina.

Y mostró á don Juan un precioso pie y media pierna.

—No os he pedido yo que me mostréis tanto.

—¿Es así el pie de la señora marquesa?

—Creo que sí.

—¿Y su mano?

—Dadme vuestra mano.

Honorina puso francamente una de sus manos en otra de don Juan.

—Me parece que tenéis la mano tan bonita como la de mi mujer—dijo don Juan.

Y besó la mano de Honorina.

—Pero señor don Juan, que me igualáis demasiado con vuestra mujer.

—Vuestro calzado y vuestros guantes deben venirlos bien—dijo don Juan desviándose del giro del diálogo con harta pena de la costurera, y añadió: supongo que vos tendréis algunos zapatos nuevos y algunos guantes sin estrenar.

—Guantes, sí, como que los vendo; france-

ses riquísimos, de ámbar; y en cuanto á zapatos, tengo aquí unos de la emperatriz que se me enviaron para que los bordase, y se concluyeron ayer.

—¡Coincidencia más singular!—exclamó riendo don Juan.

—Y es el caso—dijo Honorina—, que el traje que va á pertenecer á la señora marquesa, vuestra esposa, es un traje mandado hacer por la emperatriz.

—Magnífico; haced un canastillo con todo eso, señora.

—Al vuclo, señor don Juan; tened la bondad de venir conmigo á la habitación donde trabajan las oficiales; no hay nadie, don Juan, tardarán dos horas en venir; pero allí están los armarios.

Y don Juan pasó con Honorina á una habitación inmediata.

Abrió la joven un armario, y sacó de él un magnífico traje concluido de raso negro con grandes flores y ramos de oro tejidos en él.

Aquel traje estaba acuchillado en las mangas, dejando ver en las cuchilladas finísima tela de plata.

—¿Os parece bien, don Juan?—dijo con orgullo la costurera.

—¡Oh! es un traje digno de la esposa de Carlos V.

—Pues mirad la falda interior—dijo Honorina dejando el traje sobre una silla, y sacando del armario una magnífica falda de raso blanco brocado de plata, que puso sobre el traje.

Cerró aquel armario, abrió otro y sacó una caja de cartón que abrió y presentó á don Juan.

—Encaje de Flandes como éste—dijo—, habéis visto poco; aquí hay una pieza; las mangas y la golilla las haré yo en un momento.

—Otra impertinencia, señora; necesito que vengáis; vos á mi quinta, más allá de Triana, donde está la marquesa.

—Por supuesto, don Juan; ¿pues, quién sino yo había de probar y acomodar este traje á vuestra esposa y hacer una reforma que por acaso se necesite?

—Pero vos no me negáis nada, Honorina.

—Pues qué, ¿se os puede negar algo, señor don Juan? voy, voy á buscar la ropa blanca; el guarda-infante, medias de seda francesas, guantes; vuelvo; vuelvo al momento.

Y Honorina salió saltando.

—Y es linda y viva como un diablo esta muchacha—dijo don Juan—. Francesa al fin.

Honorina volvió cargada con más bulto que por o.

—Ahora faltan los zapatos—dijo, dejando todo aquello en un canapé—, ¿dónde he puesto yo estos zapatos, señor? ¡Ah! ya, sí; esperad un momento, don Juan.

Y salió y volvió á poco con unos pequeños

zapatos de raso blanco bordados de plata; y con altos tacones de color de rosa.

—¡Julieta!—dijo Honorina.

Apareció la criada.

—Trae una canasta grande y acomoda en ella todas esas prendas; Vos, caballero, permitidme; voy á prepararme en un momento para acompañaros.

Y salió.

Julieta fué poniendo lentamente las prendas en una especie de grande excusa-barajas, mirando entretanto á la desecha, á don Juan que se paseaba á lo largo de la habitación.

Apenas había cerrado la excusa-barajas Julieta, volvió Honorina vestida con un sencillo traje de raso negro, y cubierta con un manto de terciopelo del mismo color.

—¿Dónde colocaremos esto, don Juan?—dijo señalando el excusa-barajas.

—Que lo baje vuestra criada, y uno de mis lacayos se encargará de ello.

Julieta cargó con el excusa-barajas.

—Cuando gustéis, don Juan; os sigo—dijo Honorina. ¡Ah! me olvidaba; necesito llevarme una bolsa de costura.

—Y abrió un armario y la tomó.

—Necesito además otra cosa—dijo don Juan.

—¿Y qué cosa?

—Una peinadora.

—Pues yo; yo sé también peinar.

—Vamos, no sé con qué pagamos, Honorina; y además aún, peines, esencias.

—Pero don Juan, ¿no tiene nada de eso la marquesa?

—Callad—dijo don Juan poniéndose un dedo en la boca—; es un misterio.

—Ya; una aventura; alguna niña robada; y como en casa de un soltero no hay nada de lo que se necesita para una mujer...

—Se trata, verdaderamente, de mi esposa, Honorina.

—Pues me admiro y me callo. Esperadme un momento; voy á meter en una bolsa todo lo que hace falta.

Volvió á salir y tornó al poco tiempo.

—Creo que ya no se os ocurrirá nada más.

—Sí; dáros un abrazo—dijo don Juan yéndose á ella con los brazos abiertos.

Honorina escapó hacia las escaleras, y dijo riendo:

—¡Ah! eso no; algo había de negaros.

—Ved que me provocáis—dijo don Juan.

—¡Ah! sois pájaro de vuelo; pasad de largo y dejadme en paz—dijo Honorina bajando por las escaleras.

Al ver el coche delante de la puerta, se detuvo, y dijo seriamente.

—¡Ah! ¿vamos á ir juntos en el coche?

—No habéis de ir ni en la delantera, ni en la zaga; venid.

Y don Juan la asió de la mano, y la arrastró hacia el coche.

Gabil
—En
Hono
el estr
—¡A
Gabil
El e
la dela
—¡A
tezucla
cate.
Juliet
—Cu
mo ho
un traj
hay qu
esto ha
velar;
El co
—Vay
blando
bia de
Julieta
capitán
nas. Al
es buer

A la
to en l
fecas y
alcázar
En la
dia esp
las mu
también
de laca
en la a
sexos, y
El em
de cere
enojada
un pañ
pensaba
Pero
de resig
ya estre
Ni at
dados d
costurer
se habí
recian.
Su m

En el
los rey

Gabilán abrió la portezuela sombrero en mano.

—Entrad—dijo don Juan sonriendo.

Honorina vaciló, pero al fin puso el pie en el estribo y entró.

—¡A la quinta!—dijo á Gabilán.

Gabilán corrió y saltó al pescante.

El excusa-barajas había sido acomodado en la delantera.

—¡Ah!—dijo Honorina asomándose á la portezuela y dirigiéndose á su criada Julieta: acércate.

Julieta se acercó.

—Cuando vengan las oficiales, que se vayan: me he ido de campo; si vienen de palacio por un traje, di que se ha quemado un paño y que hay que hacerlo de nuevo con nueva tela; que esto ha sucedido por acabarle más pronto, por velar; y mucho cuidado, Julieta; hasta luego.

El coche emprendió la marcha.

—Vaya si decía bien mi señora cuando hablando de don Juan Tenorio, nos decía que la había de suceder con él alguna aventura—dijo Julieta—, ya ha sucedido; cuando se entere el capitán Tormenta, va á haber una de las buenas. Allá ellos. ¡Qué suerte tiene! ¡cuidado si es buen mozo don Juan!

VII

A las doce y media había un gran movimiento en la plaza de Armas, el patio de las Muñecas y en la antecámara de Embajadores del alcázar de Sevilla.

En la plaza de Armas estaba formada la guardia española con su bandera; en el patio de las muñecas la guardia tedesca, con su bandera también; en la puerta de la antecámara multitud de lacayos de la casa real, vestidos de gala; en la antecámara la alta servidumbre, de ambos sexos, y algunos dignatarios.

El emperador vestía como en los días de grande ceremonia y la emperatriz estaba vivamente enojada porque su costurera la había quemado un paño de un magnífico traje de corte que pensaba estrenar aquel día.

Pero no había remedio, y la emperatriz hubo de resignarse á otro de sus magníficos trajes ya estrenados.

No aun unos preciosos zapatos blancos bordados de oro, que había mandado bordarse su costurera, había podido obtenerlos. Su costurera se había ido de campo y los zapatos no parecían.

Su majestad, pues, estaba de muy mal humor.

En el salón de embajadores guardaban el trono los reyes de armas del imperio, dos á cada

lado con las magníficas dalmáticas con las armas imperiales bordadas, y las enormes mazas de oro al hombro.

Aquellos pobres diablos estaban de plantón hacía una hora, inmóviles como estatuas.

El gran chambelán estaba de pie en la puerta de la cámara.

La capilla del alcázar estaba cubierta de ricos tapices de Flandes y paños de oro, lo que demostraba que iba á tener lugar en ella una gran ceremonia.

En efecto, el emperador iba á conferir el título de marqués de Marana, con grandeza de España, y hacer caballero de la orden teutónica del Toisón de Oro, á don Juan Tenorio.

Dieron las doce en la Giraldá.

Entonces apareció en Gradas, y avanzó rápidamente hacia el alcázar, una nube de lacayos á caballo, magníficamente vestidos, con librea roja y negra; tras ellos una carroza de toda tirada por cuatro caballos negros con penachos negros y rojos, y un palafrenero sobre cada uno de los dos de la izquierda; y tras la carroza otra nube de criados á caballo.

Todo aquello entró rápidamente en la plaza de Armas, y se detuvo delante del vestibulo interior del alcázar.

Desmontaron los lacayos y abrieron la portezuela de la carroza.

De ella bajó don Juan, deslumbrantemente vestido, y dió, para que bajase, la mano á Estrella, que temblaba.

No sabía por dónde iba á salir la audacia de su esposo.

Don Juan, seguido de algunos escuderos, atravesó, llevando de la mano á Estrella, el vestibulo del alcázar, el patio de las Muñecas, la galería anterior á la antecámara, y entró en ella en medio del asombro de los cortesanos, que le veían llegar llevando de la mano á Estrella.

—Los escuderos se quedaron en la galería.

Don Juan saludó ceremoniosamente á derecha é izquierda, y dijo al gran chambelán.

—Hemos aquí á mi esposa y á mi, esperando á que su majestad se digne recibirnos.

—¡Vuestra esposa! ¡Vuestra esposa doña Estrella!—exclamó el gran chambelán.

—Ya, lo veis, caballero—dijo don Juan.

Aquello causó una gran sensación.

Todos habían ceñado de menos entre la servidumbre á la hija del capitán Fernán Pérez, y por más que habían logrado averiguar su paradero, no lo habían conseguido.

De repente, Estrella era presentada de la mano como su esposa, por don Juan Tenorio, y esto había sido lo que podía llamarse, en toda la

extensión de la palabra, un verdadero golpe de efecto.

Uno de los cortesanos que estaba en la antecámara se oscureció; tomó por una puertecita, y se trasladó á las habitaciones del emperador, que acababa de ser vestido.

Este hombre era Pedro de Salcedo, primer ayuda de cámara y confidente del emperador.

—¿Qué ocurre, Salcedo?—dijo don Carlos notando algo de extraño en el aspecto de su ayuda de cámara.

—Señor—dijo Salcedo—, ¿puedo hablar un momento á solas á vuestra majestad?

El emperador hizo señas á los otros ayudas de cámara para que se retirasen.

—Lo que ocurre, señor—dijo Salcedo—, es una cosa inaudita; una audiencia de la cual no creo haya ejemplo.

—Acaba, Salcedo, acaba—dijo impaciente el emperador.

—Don Juan Tenorio se ha casado y se ha venido al alcázar con su esposa.

—¿Será capaz—dijo como hablando consigo mismo el emperador—, de haberse casado con ella? con Magdalena; pues allá se las componga con Dios y con su conciencia.

—Es señor, que con quien se ha casado don Juan Tenorio, es con doña Estrella Fernán Pérez.

—¿Qué dices? ¡Imposible!

—Doña Estrella vestida con un lujo y una riqueza que deslumbran, está en la antecámara con don Juan Tenorio.

—¡Ira de Dios!—exclamó el emperador—, ese hombre no teme ni á Dios ni á mí.

—Que no teme á Dios, lo prueba el que anoche se la llevó del convento, y que no teme á vuestra majestad, el venirse casado con ella á palacio.

—Pues mira, Salcedo, ve y dile al capitán de guardias tudescos que le prenda y le encierre, y que doña Estrella se vuelva sola á su casa.

Salcedo echó á andar.

En aquel momento el emperador se acordó de su hija Rosaura.

—Espera, espera, Salcedo—dijo—, quiero contestar con la indiferencia á su audacia.

—Y ¿le otorgaría todavía vuestra majestad el título, la grandeza y el Toisón de Oro, y á más la capitán general de la guardia española?

—Se los he dado ya: lo que haré no será dárselos, sino conferirlos solamente, vete y calla.

Salcedo salió.

El emperador se quedó de muy mal humor.

—¡Vive Dios!—dijo—; ese loco está dejado de la mano de Dios: me quita una mujer que me enamoraba, que me enamora; por eso me decía anoche el maldito: ¿renuncia vuestra majestad de veras á doña Estrella? Y se va, y me la saca del convento antes de que puedan llegar los míos. Vamos, es necesario confesar que don Juan es el demonio, y que no hay medio de enojarse con él: me trata, sin decirse á nadie y en secreto, como si yo fuera su camarada; vamos de tantos á tantos. Pues no, don Juan, yo también me pico, y he de hacer todo lo que pueda hacer; es decir, que don Juan no pueda gozarse con mi disgusto: ¡ah! no, eso no; y á la verdad me escuece, me irrita, me indigna, y luego Estrella me enamora. Vamos, es menester que nos mostremos como quien somos: casándose con esa mujer me vence; pero él ha sido derrotado: ¡ah, casado don Juan Tenorio! ¿Quién lo hubiera dicho? Pero es verdad, no me acordaba; mató á su padre y le ofreció por su honor: amparar á su hija huérfana: Estrella estaba sola en el mundo la manera de ampararla no ha podido ser más noble ni más generosa; hay valentía y grandeza en lo que ha hecho don Juan, y no debo enojarme con él, no: ahora con más confianza que nunca le entrego mi hija y mi secreto: doña Leonor, que le perseguía, no puede perseguirle porque ya es dama de la emperatriz; es necesario que doña Leonor nada sepa de esto, y hacer que la emperatriz no tome una medida violenta. ¡Pero bah! doña Isabel se alegrará cuando sepa que doña Estrella está casada con don Juan Tenorio, y que se va con él á los Países-Bajos: preparémosla sin embargo.

El emperador se trasladó á las habitaciones de la emperatriz, á quien acababan de vestir sus camaristas.

—Salid—dijo el emperador á la servidumbre.

Un momento después estaban solos los dos cónyuges imperiales.

—Me parece, Isabel, que estáis de mal humor—dijo el emperador.

—Una pequeñez que, sin embargo, me disgusta; mi costurera me ha quemado un traje de brocado negro y oro, que era hermosísimo; pero no importa, vos en cambio, estáis muy contento, señor.

En efecto, el emperador parecía el hombre más contento del mundo.

—Ya sabéis—dijo—, que estimo mucho á don Juan Tenorio: me he criado con él; tenemos la misma edad, nacimos el mismo día, y creo que á una misma hora; y es tan bravo, ha alcanzado tal renombre...

—De libertino, de duelista, de hombre desenfrenado—dijo la emperatriz.

bres
rio
mas
son
tura
más
en c
part
cuns
de q
de h
cami
por
de c
debe
—
sabé
con
—
se h
—
—
—
—
nadi
—
la ei
sacar
—
hasta
infer
acase
contr
—
queri
en u
—
ser r
licenc
bérne
y no
á él
antes
á Ita
audaz
—
dijo
—
que
remoi
Y
triz

Un
el gr
trono
izquie
vanta
El
en el



—¿Y qué hidalgo nuestro no lo es? Sin hombres como don Juan, ¿cómo tendríamos el imperio de Méjico? ¿Cómo triunfarían nuestras armas en todas partes? Los hidalgos españoles son extremados, Isabel: llevan el valor, las aventuras, y los galanteos allá lejos, muy lejos, más lejos de lo que debieran llevarlos; pero en cambio España es temida y respetada en todas partes. Viniendo á nuestro asunto, en tales circunstancias veo yo á don Juan, que me alegro de que se haya casado, porque como es hombre de honor, su mujer le obligará, le traerá al buen camino: don Juan será desde hoy otro hombre; por eso me alegro de su casamiento, á pesar de que lo ha llevado á cabo sin mi licencia: debe haber tenido para ello poderosas razones.

—Sí; la de que vos, señor, sabiendo lo que sabéis, le habíais negado la licencia de casarse con doña Magdalena.

—No, si no es con doña Magdalena con quien se ha casado.

—¿Pues con quién?

—Con una de vuestras meninas.

—¿Con una menina mía?

—Sí: con la menina que desapareció y que nadie supo adónde había ido.

—¡Con doña Estrella Feraán Pérez!—exclamó la emperatriz asombrada—. ¿Pero de dónde ha sacado don Juan á doña Estrella?

—Lo ignoro; pero de todo es capaz don Juan; hasta de haberla sacado del infierno, si en el infierno se hubiera encontrado: ¿teníais vos acaso, Isabel, noticia del lugar en que se encontraba doña Estrella?

—No, no señor—dijo la emperatriz, que no quería decir que la había encerrado por celos en un convento.

—Pues bien—dijo el emperador—; aunque por ser nuestro gentilhomme debía habernos pedido licencia para casarse, le perdonaremos el no habérnosla pedido en gracia á que ya está hecho, y nos le quitaremos de encima: le enviaremos á él y á su esposa á los Países Bajos, y antes de ir nosotros por allá, le mandaremos á Italia: no quiero tener á mi lado vasallo tan audaz.

—Alegrémonos, señor, de que se haya casado—dijo la emperatriz.

—Lo mismo digo yo; alegrémonos, y puesto que nos están esperando, despachemos esas ceremonias.

Y el emperador asió de la mano á la emperatriz y salieron de la cámara.

La corte, llenando la cámara en la forma de los días de grande ceremonia.

El príncipe don Felipe, serio ya y grave, á pesar de sus pocos años, de pie, una grada más abajo que sus padres, y una grada más abajo la infanta doña Catalina.

Don Juan y Estrella llegaron cerca del trono y se arrodillaron. La emperatriz, al ver el traje que llevaba Estrella, lanzó una ligera exclamación, se puso pálida de cólera, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para reponerse.

—Señor, señora—dijo don Juan Tenorio—: vengo á los reales pies de vuestras majestades con mi esposa, primero á rendirles nuestro respetuoso homenaje, y después á suplicarles nos perdonen el haber contraído sin su licencia, por poderosas razones, un enlace necesario: ahora damos gracias á vuestras majestades por todas las honras que me concede la bondad del invicto emperador, mi dueño, y nos repetimos de nuevo humildes y reverentes vasallos de vuestras majestades.

—Don Juan Tenorio, mi gentilhomme de cámara, mi vasallo querido—dijo el emperador—, creemos bien que muy poderosas han debido de ser las razones que habéis tenido para casaros sin solicitar antes, como debíais, nuestra real licencia; pero reconociendo que para ello razón suficiente habréis tenido, os indultamos de la falta de licencia, y la tenemos como por dada y otorgada á su debido tiempo. Os damos el parabién por vuestro enlace, y os deseamos toda la felicidad que merecéis. Ahora bien: por nuestra real voluntad os hemos creado marqués de Marana, con grandeza de España, con todos los privilegios, exenciones y prerrogativas que á la dignidad que os damos corresponden; os hemos nombrado capitán general de nuestra guardia española; os mantenemos en el oficio de gentilhomme de nuestra cámara y persona, y os conferimos la orden del Toisón de Oro, por la vacante causada por muerte del Elector de Sajonia. Alzad, y como grande de España, cubrios ante nos.

Don Juan se cubrió; permaneció un momento cubierto, y volvió á descubrirse.

Estrella, encendida, sobreexcitada, enorgullecida, no podía contenerse, y de tiempo en tiempo y rápidamente miraba enamorada á don Juan.

Cuando esto sucedía, la emperatriz miraba al emperador.

Pero el emperador, fuese la que fuese la tormenta que le pasase por dentro, estaba perfectamente tranquilo.

Al notar esto, el rostro de la emperatriz se iluminaba de alegría, porque sus celos se borraban.

El gran chambelán, de orden del emperador, leyó las reales órdenes en que se concedían á don Juan aquellos títulos, aquellos honores, aquellas preeminencias.

Un cuarto de hora después, anunciado por el gran chambelán, entraba en la cámara del trono don Juan, llevando de la mano, y á su izquierda, á Estrella, que no se atrevía á levantar los ojos de la alfombra.

El emperador y la emperatriz estaban sentados en el trono.

Después la corte pasó á la capilla, y el emperador confirió solemnemente la orden del Toisón de Oro, como jefe de ella, á don Juan.

Después adelantó á la puerta de la capilla la bandera de la guardia española, rodeada de sus oficiales, ó de sus cabos, como entonces se decía, y de una escolta de alabarderos de la misma, y el emperador le dió á reconocer como capitán general de ella.

Cuando don Juan Tenorio se volvió á su casa de Sevilla con doña Estrella, le acompañaban ya alabarderos de la guardia española, y al entrar en su casa encontró establecida ya una guardia de arcabuceros de la misma.

Poco después don Juan salió á recibir la bandera que con una escolta traía el alférez á depositarla en su casa.

Don Juan recibió aquel noble depósito y le guardó por sí mismo en su caja de terciopelo.

Doña Estrella y don Juan quedaron solos.

—Somos ya esposos ante Dios y ante los hombres—dijo Estrella arrojándose á los pies de don Juan—, y os doy gracias porque habéis amparado á una pobre huérfana: yo procuraré haceros feliz.

—Mi felicidad—dijo don Juan levantándola—es poseerte: vive Dios que estás cien veces más hermosa que la emperatriz, vida mía.

—Nuestra felicidad, don Juan, consiste en que yo no sea vuestra, y no lo seré sino por una violencia, de que creo incapaz á vuestro orgullo: guardemos, guardemos la felicidad que Dios nos ha dado, y no la malgastemos, don Juan.

No sabemos lo que don Juan hubiera respondido, porque en aquel momento Antón Gabilán entró á decirle que un caballero de la casa real había venido á ordenarle, en nombre del emperador, que se presentase urgentemente á él.

Don Juan se trasladó al momento al alcázar.

VIII

El emperador recibió á solas á don Juan.

Estaba serio, y se comprendía que dominaba su irritación.

—Está visto, don Juan—le dijo—, que no puedo teneros á mi lado: cuando yo deseaba teneros en mi corte, no os conocía: acabaríais por enredarme en cosas en que no quiero verme enredado, ó en ser con vos terriblemente severo, y no quiero serlo.

—Tampoco quisiera yo ser lo que soy—dijo don Juan—; no está en mi mano ser otra cosa; sigo mi camino, porque no puedo volverme atrás, y natural es que remueva los obstáculos que á mi marcha se oponen.

—Me habéis traído un enjambre de mujeres,

de ninguna de las cuales puedo prescindir, y que me fatigan, me molestan; ha sido necesario usar de una gran severidad con doña Magdalena: una hermana bastarda de la emperatriz es por vos tan desgraciada como puede serlo una mujer, y os he encontrado con ella insensible y frío: para esa desgraciada van á abrirse las puertas de un claustro, que será su tumba.

—Yo me vali de doña Gabriela como de un medio cuando no sabía que era una princesa; la culpa es del rey su padre que la abandonó, no mía: además, si yo la conocí, fué porque permanecí en Lisboa, y si permanecí en Lisboa, fué sirviendo á vuestra majestad, porque á la verdad, señor, la incorporación de la corona de Portugal á la corona de España es uno de vuestros más queridos sueños, y no os hubiera pesado que yo, valiéndome de mujer es, hubiera conquistado á Portugal y os le hubiera entregado. ¿Qué culpa tengo yo, pues, de que las mujeres de quienes me he servido se nos hayan venido encima? Por mi parte, sigo adelante, importándome muy poco de lo que suceda. No puedo aumentar ya la amargura de que tengo lleno el corazón, porque no cabe más; y en cuanto á lo que haya de ser de mí, es cosa en que nunca he pensado, en que no pensaré jamás; la ola me arrastra, y yo no pregunto á la ola dónde me lleva: sea lo que el destino quiera.

—Sin embargo, don Juan, habéis hecho algo que pudierais muy bien no haber hecho: algo que me irrita, no os lo quiero ocultar, y que me hace que sienta demasiado el peso de mis coronas que me contiene; porque si yo no fuera emperador de Alemania, rey de Lombardía, de Romanos, de España, y señor de Flandes, si yo pudiese dejar de ser por una hora César, yo os probaría que por lo menos, somos iguales: que yo también me dejaba arrastrar por la ola sin preguntar á la ola adonde me llevaba: yo probaría si vuestra espada era tan larga y tan fuerte como mi espada, y sería lo que Dios quisiera.

—Si vuestra majestad no fuese lo que es, no habría rey ante el cual don Juan Tenorio doblase la rodilla; si á mí no me bastase con ser lo que soy, yo me ganaría una corona: si he aceptado el título, las preeminencias y los privilegios que hoy me habéis conferido, por no disgustaros lo he hecho, y no renuncio á ello, también por no disgustaros: por lo demás, á mí me bastan mi grandeza propia, y el nombre ilustre que llevo, más y más ilustrado por mí; porque creo habéroslo dicho, señor, mi nombre vivirá y será tan conocido y tan respetado en las generaciones venideras, como el del más renombrado soberano, y probablemente con el tiempo, nadie sabrá que yo he sido marqués de Marana, y que sé yo cuantas cosas más por merced de mi rey: me llamarán don Juan, y no más que don Juan, y este nombre recopilará lo grande, lo valiente, lo generoso,

lo hidalgo, lo terrible; ¡ah, señor! no acúseis á don Juan; don Juan no es ni puede ser más que lo que es.

—Sin embargo, don Juan; algunas de vuestras cosas trascienden un poco á traición.

—¡Ah! ese golpe resbala en la coraza de mi honra; de seguro, señor, que no podéis convencerme de traición: porque si os referís á lo de Portugal, no hay caso: yo no he hecho más que procurarme los medios de combatir frente á frente, á la luz del sol con una bandera levantada: no pueden confundirse al ingenio y á la astucia con la traición: y tan mal conspirador soy, que he estado á punto de perecer en Lisboa, y si no he perecido, lo debo á mi ingenio y á mi valor. Ved, pues, como no hay traición en mí: en mí no cabe la traición.

—Dejando lo de Portugal, habéis hecho algo, que si no se llama traición, no sé cómo puede llamarse.

—Venga la acusación, y veremos si puedo desvanecerla.

—Anoche sacasteis de un convento á vuestra esposa: sabiais que yo tenía contraído un empeño por ella: no debiera deciros esto, don Juan, porque no puedo tirar de la espada al decíroslo.

—¿Fué vuestra majestad quién me dijo que doña Estrella Fernán Pérez estaba en el convento de Santa Clara?

—No.

—Yo os lo dije; yo que sabía por la misma doña Estrella, que vos la habíais galanteado, y que por resultado del galanteo, la emperatriz, mi señora, la había encerrado secretamente en el convento; pregunté á vuestra majestad si tenía interés por ella; os lo pregunté dos veces, y dos veces me digisteis que doña Estrella era para vos una cosa concluida, que estaba bien en el convento, que el esposo que iba á tener, era el mejor esposo posible. ¡Cómo no había yo de creer á vuestra majestad! y como yo sabía que doña Estrella no había nacido para el claustro, como había empeñado solemnemente á su padre muerto por mí (y don Juan acentuó fuertemente estas palabras) la promesa de protegerla, de ampararla; como no la amparabais vos, señor, y luego, como doña Estrella es la niña más hermosa, más entendida y más ardiente y apasionada que he visto en toda mi vida, dije para mí: Don Juan, casado ó mozo, siempre serás tú el mismo: todo yugo se rompe al tocar á tu cerviz; tienes una obligación de proteger á esta niña puesto que aunque provocado y obligado has dado muerte á su padre, y la has dejado huérfana, sola y desvalida: no puedes casarte con Magdalena ni con doña Leonor; doña Isabel está allá en Lisboa en un convento, y es una aventura aparte; doña Estrella además te ha provocado haciéndotese un imposible, y por todas estas razones, y sobre todo, porque tú aunque te ca-

ses no puedes ser casado, debes casarte, puesto que nada te importa, con esta niña, y así, sin sacrificio alguno la habrás protegido, habrás cumplido tu palabra de la única manera que te era posible. Me casé, y es el caso, señor, que doña Estrella y yo nos amamos como si hubiéramos nacido el uno para el otro, y como si no hubiera en el mundo más mujer ni más hombre que ella y yo.

Pasó algo indefinible por la mirada del emperador.

—¿Estáis seguro, don Juan—dijo el emperador—, de que doña Estrella os ama de tal manera, que os encontréis exceptuado por hoy, por mañana, por pasado mañana, por siempre, de la suerte común á la mayor parte de los maridos?

—¡Bah! segurísimo; y en prueba de ello, señor, soy capaz de dejarla sola en mi casa en Sevilla, y de irme perfectamente tranquilo.

—Llévaoisla, lleváosla don Juan, y Dios os haga feliz con ella: ya hablaremos de esto dentro de algunos años, si Dios nos da vida.

—Por mi parte estoy seguro de poder hablar siempre de mi esposa con la frente alta: pero pasemos, pasemos de esto señor, porque en estos asuntos, hasta las suposiciones son injurias de la honra.

—Una palabra más de queja y concluyo, don Juan; al presentáros vos en mi corte con vuestra esposa, ha habido algo de ofensiva jactancia contra mí.

—¡Cómo, señor! yo creía que vuestra majestad debía alegrarse mucho, y así ha parecido demostrarlo, en las benévolas palabras que me ha dirigido desde el trono y en el parabién que he tenido la honra de escuchar en los labios de vuestra majestad.

—Don Juan: los reyes tenemos dos caras; una ante el mundo como reyes; otra á solas, cuando como hombres hablamos con nuestros amigos, si es que los reyes pueden tener amigos.

—Yo soy más que amigo de vuestra majestad, y puesto que á solas estamos y de hombre á hombre, puedo decíroslo de una vez y para siempre: Carlos de Austria, don Juan Tenorio, es tu hermano; ni reconoce en ti superioridad, ni se cree superior á ti: un destino igual nos impulsa; á ti como rey; á mí como hombre: allá vamos en busca de lo imposible, cada cual por su camino venciendo y asombrando: Carlos de Austria, cualquiera que sea la ocasión en que nos encontremos, no podemos ser enemigos: cuando nos crucemos en nuestro camino, pasaremos la espada á la mano izquierda, enlazaremos nuestras manos derechas, nos daremos el ósculo de paz en la mejilla, y continuaremos nuestro camino, tú sobre tu carro de triunfo de César; yo, sobre el sangriento carro de mi destino.

De una manera instintiva, magnética, involuntaria, se encontraron las manos del emperador y de don Juan, y se estrecharon fuertemente.

—Hemos pasado—dijo don Juan soltando la mano del emperador—: volvéis á ser el señor, y yo vuelvo á ser el vasallo.

—Aun no, aun no, don Juan; continuemos siendo hermanos algún tiempo más; al oírte esa dulce palabra, he sentido un placer que no había sentido nunca; me he olvidado de la herida que has hecho como hombre en mi amor propio, y he reconocido que me has dado una gran lección; yo hubiera hecho de doña Estrella la diversión de un día; tú la has levantado hasta ti, y doña Estrella lo merece; no la conoces bien; es muy posible que te convierta, hermano; es muy posible que te haga conocer una felicidad que no esperabas sobre la tierra; será para ti lo que para mí ha sido la emperatriz; ella ha aumentado con su grandeza mi grandeza; yo valgo más desde que ella es mi esposa.

—Pero prendes al Papa, dictas condiciones al rey de Francia, mantienes la guerra en Italia, y amenazas al mundo con hacerle tu vasallo.

—¡Mi destino!—dijo con una regia altivez el emperador.

—Un relámpago de grandeza que pasa—dijo don Juan—; porque tú como yo, Carlos, no tienes hijos; tus hijos no serán hijos tuyos, porque no valdrán lo que tú; porque tu inmenso imperio se desmembrará en sus manos; porque morirá contigo el gran fulgor de la grandeza de las Españas.

—Dios quiera que no seas profeta—dijo profundamente el emperador—. Dios me ha dado un hijo como él ha querido, no como hubiera querido yo; tienes razón; el príncipe don Felipe... tiene la cabeza estrecha; herederá mi soberbia, pero no este rayo de luz divina que arde en mi cabeza; por lo mismo, don Juan, yo haré por todos mis sucesores, yo dejaré escrito con letras de oro y fuego las páginas de mi reinado en la historia; yo haré que España, para tener orgullo, se vea obligada á volver la vista atrás, para mirar á su rey Carlos I, al acreedor de la gloria y del poder que ha heredado de sus ilustres abuelos los señores reyes Católicos.

—Soñemos—dijo don Juan—: soñemos rodeados de nuestro poder; nuestro poder irá acompañándonos hasta nuestra tumba; ¿qué nos importa lo demás, si hemos dejado resplandeciente de gloria nuestro nombre?

—Sea lo que Dios quiera—dijo el emperador—; pero despertemos del sueño y vengamos á las realidades de la vida, á las pequeñas realidades, al único objeto para que te he llamado; vengamos á mi hija Rosaura.

—Tu hija es mi hija, hija de Estrella.

—Gracias, don Juan; cuando ella te pregunte por qué no la he abrazado, dila esta sola

palabra: Es esclavo de su destino; es el César: que no revele á nadie su origen; yo la asignaré una renta tal como la de una infanta; yo la formaré un patrimonio, y daré un título y una grandeza al hombre que quiera cubrir su deshonra, porque está deshonrada; es madre; el infame que la ha deshonrado, por un misterioso designio de la Providencia ha muerto anoche á mis manos; á las manos del hombre ofendido, que exterminó al ofensor sin conocerle; es necesario que vayas á Gante, que busques al gran bailío Esteban Kresberg, que le digas: Esta es tu nieta, reconócela, oculta el nombre de su padre ó búscaselo: el emperador te dará todo aquello que tu vieja ambición quiera, pero sirve al emperador.

—El viejo bailío hará lo que sea necesario hacer, yo te lo fio.

—Gracias, don Juan; en cambio, yo te liberto de dos terribles enemigos: Magdalena se quedará en España, en un lugar que se la señale; doña Leonor de Sese se quedará aquí en la servidumbre de la emperatriz, y ya veremos cómo te libertamos definitivamente de ella, sacándola.

—¡Ah! no hay poder humano que contenga á Magdalena y á Leonor; disimularán por algún tiempo, fingirán, y el día en que las creas más olvidadas de mí, desaparecerán para ir á buscarme, sedientas de venganza.

—Tiembra entonces por tu Estrella.

—Mi estrella la protegerá.

—Partirás mañana, en la misma galera que te ha traído de Lisboa; prepáralo todo; el mayor de la guardia española la mandará en tu ausencia; pero esto será por algún tiempo no más, porque no quiero privarme del placer de verte cubriéndote de gloria al frente de la guardia española en campaña; tenemos tela cortada para mucho tiempo en el Milanésado y en el Monferrato, y el rey Francisco y yo vendremos cuando menos se piense á las manos.

—Estoy completamente á las órdenes de vuestra majestad.

—Pues adiós, don Juan, adiós; cuando vuelvas á tu casa encontrarás en ella á Rosaura; no nos volveremos á ver por ahora; quiero que partas mañana.

—Partiré.

—Pues adiós, y hasta la vista, don Juan.

—Adiós, señor.

Y don Juan salió.

Al día siguiente don Juan partió de Sevilla, en la galera «Santa Teresa», llevando consigo á Estrella, á Rosaura, á Gabilán, una gran servidumbre, un grande equipaje, y algunos caballos, entre los cuales se contaban el «Volador» y el «Diamante».

IX

Había en la Universidad de Gante tres estudiantes de derecho que eran, por decirlo así, los amos de la Universidad.

Eran ya talludos, porque en el siglo XVI se empezaba á estudiar muy tarde, se estudiaba mucho y se estudiaba en latín y en griego, lo que suponía algunos años invertidos en aprender estas lenguas muertas.

Estos tres estudiantes eran hermanos, hijos de un señor de vasallos, y nacidos en un castillejo arruinado, á tres leguas de la ciudad, rodeado de una pobre aldea, cuyos moradores producían magníficos quesos y magníficas mantecas.

Juan Stoplen, padre de los tres estudiantes, había amanecido muerto por congestión cerebral, sin hacer testamento: y cuando los tres hermanos, que eran hombres hechos y derechos, fueron á recoger la herencia, se encontraron con que Juan Stoplen no poseía nada, porque, ocupador ilegítimo, de los bienes que se había creído poseía, no había dejado título legítimo alguno de propiedad.

Súpose esto por la municipalidad de Gante, y por las de las poblaciones pequeñas, inmediatas al castillo Negro, que así se llamaba el solar de Juan Stoplen; revolviéronse papeles en los archivos municipales, y se vino á sacar en claro que los inmensos territorios de que se había creído poseedor á Juan Stoplen, pertenecían á los bienes comunes de esta y de la otra municipalidad, usurpados por los Stoplen, de padres á hijos, desde tiempos remotos.

Encontráronse, pues, los tres hermanos y una hermana, con que nada tenían, ni aun el castillo en que habían nacido.

Pero como los flamencos son de carácter bonachón y benévolo, aunque las municipalidades á las cuales pertenecían los bienes se apresuraron á reivindicarse en la posesión de ellos, como el apellido Stoplen, por lo antiguo é ilustre, estaba unido á las glorias flamencas, no quisieron dejar reducidos á la miseria á los tres hermanos que eran unos bravos mozos, ni á la hermana que era una hembra magnífica.

La ciudad de Gante, á quien pertenecían la mayor parte de los territorios que había poseído Juan Stoplen, señaló una pensión bastante, á cada uno de los tres hermanos, y las otras municipalidades asignaron una pensión mayor á la hermana, dejándola habitar en la parte del Castillo negro que no estaba arruinada.

De estos tres hermanos, el mayor se llamaba

Juan, y tenía veinticuatro años; el segundo Franz, y contaba veintidós, y el tercero, que aun no había cumplido los veintiuno, Guillermo.

La hermana no tenía más que diez y ocho, y se llamaba Filiberta.

Los cuatro hermanos, por el color fresco y blanco sonrosado de su piel, por lo rubio de sus cabellos y por la inflexión de sus formas, parecían figuras robadas á un cuadro de Rubens.

Juan tenía seis pies y ocho pulgadas de estatura; Franz seis pies y cinco pulgadas; Guillermo seis pies; lo que unido á un desarrollo perfectamente proporcionado á la altura, hacía de ellos tres gigantes.

Filiberta era otra cosa: no tenía más que cinco pies, lo que la hacía, á pesar de que era doncella, una magnífica matrona.

Y lo extraño era que Juan Stoplen y Genoveva Spree, padres de los cuatro hermanos, habían sido pequeños, y aun, si se nos permite la frase, ruines y feos hasta el punto de no poderse pedir más.

Juan Stoplen, padre, había sido un hombrecillo de cuatro pies de altura, delgado, débil, de cabeza gorda y greñuda, verdinegro, con ojos grises y pequeños, de mirada malévola, nariz larga y corva, boca hundida y barba saliente.

Durante toda su vida no había hecho otra cosa que regañar y disgustarse por todo, y estar durante muchas horas del día, y no pocas de la noche, en una torrecilla del Castillo Negro, por la chimenea de la cual se veía salir de día y continuamente un humo denso, y por la noche una línea ondulante de fuego rojizo impuro.

Quién creía que Juan Stoplen se había dedicado á la alquimia; quién que tenía pacto con el diablo.

Esta última opinión parecía robustecida para las sencillas gentes vecinas al castillo por la estatura agigantada y la regularidad de formas de los tres hermanos, y por la gran belleza y el magnífico desarrollo de la hermana.

Decíase que la fea y raquítica Genoveva Spree no podía haber dado á luz tres tan buenos mozos y una tan hermosa mujer sin intervención del diablo; y fatalmente los afirmaba en aquella creencia el que los tres hermanos tenían algo de terrible, algo de formidable en la expresión de sus semblantes y en la mirada de sus grandes y hermosos ojos azules.

Los tres hermanos, hijos adoptivos, por decirlo así, de la ciudad de Gante, habían sido educados á costa de la ciudad, dedicándolos al estudio de derecho; y en cuanto á Filiberta, se la había dejado en su castillo encomendada á una se-

hora, viuda de un burgomaestre de Gante, de costumbres rígidas y de carácter indomable.

Filiberta sabía leer en latín, montar á caballo, tocar el arpa y tener orgullo; todo el orgullo concentrado de los Stoplen, cuya historia sabía de memoria, desde su remoto abuelo Guillermo, que había ido á las primeras cruzadas en pos del estandarte del señor de Flandes.

Filiberta se mantenía doncella, no porque no hubiese tenido enamorados, sino porque su orgullo era tal, que no la permitía enamorarse de nadie, y porque aunque se hubiese enamorado, los tres formidables hermanos habían convenido en que nadie era digno de la felicidad de poseer á su hermana, y hubieran quitado de en medio, de la manera más breve y más enérgica, al que hubiera tenido la desgracia de que se ablandase para él el corazón de pedernal de la hermosa Filiberta.

Así es que ésta, sueltas sus largas trenzas rubias, que la caían casi hasta la orla jaquelada de su gran túnica de seda; con su camisa de raso, bordada de oro, ciñendo su admirable garganta, cubriendo sus hombros y su magníficamente relevado seno en la parte que hubiera dejado descubierta el ancho descote cuadrado de su túnica; con una estrecha diadema de señora feudal, y á caballo ó en silla de manos, pasaba entre la veneración, el asombro y el respeto de los campesinos moradores de la cercana aldea de Burgo-negro, cuando iba á las grandes festividades de la iglesia á la parroquia del pueblo; porque los días de misa la oía en la capilla del castillo.

Filiberta nunca iba á Gante: los que en Gante oían hablar de ella, y excitados por la fama de su hermosura querían conocerla, tenían que ir al Castillo Negro y valerse de un pretexto ingenioso para conocerla.

Filiberta vivía sola en el castillo con su aya Edmunda, un mayordomo, dos criados y una cocinera.

Siempre, y con algún pretexto, había en el castillo alguno de los tres hermanos; lo que quería decir que no se fiaban mucho de la virtud de Filiberta, aunque ésta no había dado motivo para que se dudase de ella, ni de la severidad de la señora Edmunda, á pesar de que nada había que decir acerca de su rigidez de costumbres.

En cuanto á los tres hermanos, no sólo dominaban en la universidad, sino también en la ciudad; y hasta tal punto eran conocidos que

habían dado nombre á una hostería situada en la plaza del Mercado, que hasta que ellos vivieron en ella se había llamado de «La Rosa Blanca», y que desde poco tiempo después de haber tomado en ella posada los Stoplen, se llamaba de «Los Tres Hermanos Gigantes».

«La Rosa Blanca» era un título alegórico, debido á la dueña de la hostería.

Era ésta una joven de veinticinco años, sumamente bella y sumamente pálida: por lo bella la llamaron «Rosa» y «Blanca» por lo pálida. De aquí lo de «Hostería de la Rosa Blanca».

Ella se llamaba Guillermina sin otro apellido.

Había llegado á Gante, siendo muy niña, con un alemán viejo, llamado Federico, á secas, que había construido en la plaza del Mercado aquella hostería, en la cual había llegado Guillermina á sus veintidós años, ocho después de la construcción de la hostería.

Cuando murió, sin saberse de qué, de repente, el señor Federico, Guillermina siguió sola al frente de la hostería, sin más compañía que los criados, á los cuales despedía en el momento en que de la manera más leve faltaban al respeto ó al buen servicio de los huéspedes.

A pesar de vivir sola Guillermina y en una libertad absoluta, las lenguas maldicientes nada tenían que contar de ella.

Había en la hostería un misterioso cuartito, cuyo interior nadie había visto, en el que se metía Guillermina después del toque de cubrefuegos y de haber tomado la cuenta á sus dependientes, para no volver á aparecer sino á las ocho de la mañana, en todo tiempo, con un eterno traje blanco de hilo ceñido por un cinturón color de rosa, en el verano, y por un eterno traje de rica lana azul, en el invierno, con la añadidura de una toquilla de encajes sobre los cabellos cogidos en una redcecilla. En el verano, aquellos cabellos, que eran azules en fuerza de negros, y naturalmente rizados, caían en dos largas trenzas sobre su espalda.

Guillermina era alta, esbelta, muy pálida. Tenía unos grandes y melancólicos ojos negros, la boca pequeña de labios frescos y sonrosados, la nariz recta y fina, la garganta larga y gentil, y las manos muy pequeñas, pero de dedos algo largos, acabados en punta, con unas lindas uñas color de rosa. En cuanto al talle, podía abarcarsele con sus dos manos.

Por esto habían dado á su hostería el nombre de «La Rosa Blanca».

Guillermina era una virtud; lo que puede verdaderamente llamarse una virtud.

Se la había creído insensible al amor; pero al llegar á sus veintitrés años, dió un pequeño

escándalo; es decir, se la vió hablar algunos días seguidos, mientras hacía calceta, sentada al hogar, con un caballero, que tal lo parecía, como de treinta y cinco años, hermoso, pero con una hermosura fría, y pálido como un espectro.

Guilhermina había visto llegar á aquel hombre una mañana de invierno, de densa niebla, lluviosa, jinete en un caballo negro, del cual no desmontó sino dentro del gran patio de la hostería.

Dejó su caballo á uno de los mozos de la casa, pasó por delante de Guilhermina, la saludó fríamente, se fué á un rincón del gran salón de despacho y pidió cerveza. Permaneció allí dos horas, siendo mirado con demasiada frecuencia por Guilhermina, pagó, pidió su caballo, saludó fríamente á la joven, montó, salió de la hostería y se perdió entre la espesa niebla.

Al día siguiente aconteció exactamente lo mismo.

Guilhermina miró con más insistencia al incógnito.

El incógnito saludó al entrar y al salir con la misma frialdad á Guilhermina. Esto se repitió con las mismas circunstancias durante muchos días.

Guilhermina estaba ya enamorada del extranjero.

El día décimosexto, el extranjero, cuando hubo desmontado, en vez de pedir cerveza, se fué derecho á la chimenea, donde sentada, haciendo calceta y mirándole, estaba Guilhermina.

—¿Me conocéis?—la dijo.

Guilhermina no supo qué contestar.

Aquel hombre la miraba de una manera fija é intensa. Las pálidas mejillas de la joven se sonrosaron vivamente y se la cayó la calceta sobre la falda.

—¿Sois alemana?—dijo el hombre negro y pálido.

—Sí, señor.

—¿De la ciudad de Francfort?

—Sí, señor.

—¿No conocéis á vuestra familia?

—No señor—dijo Guilhermina poniéndose más encendida—¿Podéis vos darme noticias de ella?

—Ni yo ni nadie: Federico Guasta os robó ú os encontró no se sabe donde, porque no lo ha dicho á nadie; os llevó haciendo juegos de cubilete, porque era un buhonero vagabundo; ganó mucho dinero con sus juegos de manos y con vuestra belleza y las habilidades que os había enseñado; y rico ya, se vino á Flandes, construyó esta hostería, y un día amaneció muerto: con él ha perecido vuestro secreto.

—¿Y cómo sabéis todo eso, señor?

—Os vi un día; vuestra palidez me enamoró inquirí, pregunté, cogí un hilo, me fui á Alemania, y dando vuestras señas y las que me me habían procurado de Federico Guasta los

que le habían conocido, he llegado á saberlo todo y además, que no habéis amado nunca, ó que por lo menos nadie os ha conocido galanteo alguno: he vuelto, y en estos quince días he conocido que me amabais.

Se puso vivamente encendida Guilhermina.

—No tenéis parientes: sois rica, pálida y hermosa; no habéis amado á nadie; me convenís; ¿queréis amarme?

—Yo no os conozco, caballero—contestó muy turbada Guilhermina.

—Pues daos prisa á conocerme; yo vendré todos los días á hablar dos horas con vos; en treinta horas se puede hablar mucho y conocer á una persona: dentro de quince días sabréis quien soy.

Guilhermina hubiera sabido quién era el singular personaje que de una manera tan extraña la galanteaba, á no ser por el pequeño escándalo que causó el conocimiento de que Guilhermina tenía un novio que parecía un vampiro y hablaba largamente con él dos horas todos los días, desde las ocho á las diez de la mañana.

Franz Stoplen, que vivía con sus hermanos en la hostería de la «Espada Prieta», al otro lado de la plaza del mercado, dijo á su hermano Juan, que se preparaba para ir á su primera aula á la Universidad, á las ocho de la mañana.

—Vete solo con Guillermo, y dí al maestro que me he quedado en cama; pero que me sé de pe á pá, mi lección de cánones.

—Dentro de poco—dijo Guillermo—, según va cundiendo la Reforma, á despecho del emperador, no se estudiará en la Universidad de Gante el derecho canónico.

—Tanto me da—contestó Franz—; Martín Lutero me ha parecido siempre un grande hombre.

—Y á mí un gran bribón—dijo Guillermo.

—Eso no obsta; un gran bribón puede ser un grande hombre, y los grandes hombres son generalmente grandes bribones; César creía que él era la libertad de Roma, y á pretexto de libertad se declaraba «imperator», y hacía lo que le daba la gana.

—Convenido; pero vamos al caso—contestó Juan—¿á dónde vas tú?

—A corregir un escándalo.

—¡Ah! ¿y qué escándalo es ese?

—Que Guilhermina, la Rosa blanca, se atreve á amar á un hombre, cuando á mí, á Franz Stoplen me ha dado con la puerta en las narices.

—Y ¿quién es ese hombre?—preguntó Juan.

—Un espectro, que sale de la niebla, entra en la hostería, se está charlando dos horas con la Rosa blanca, monta en un caballo ne-

gro, en donde viene, y se va, perdiéndose de nuevo entre la niebla.

Y diciendo esto, Franz Stoplen cogió de la pared dos estoques negros de tres filos, estrechos y fuertes, dos espadas de duelo y se las metió debajo de la capa.

—¿Y para qué eso?—dijo Guillermo.

—¿Para qué? me he informado; el hombre espectro no usa espada ni lleva sobre sí arma alguna.

—Iremos para ser padrinos—dijo Guillermo.

—No puede ser—contestó Franz—, sois hermanos míos; ya he avisado á Slok y á Germán, que no tardarán en venir; vosotros idos; ya se os contará lo que suceda; ahí están Germán y Slok.

En aquel momento entraban en aquel salón desordenado que servía de estancia á los tres hijos adoptivos de Gante, dos escolares jóvenes, que tenían unas terribles fachas de calaveras, y de calaveras irreconciliables.

—¡Menos aquí!—dijo uno de ellos—, acaban de dar las siete y media en el reloj de la catedral; hasta las ocho el hombre espectro no aparece para arrojar su sombra tétrica, sobre la Rosa Blanca: si nos damos prisa, como esta es cuestión de dos minutos, podremos todavía asistir á la Universidad: ¿qué te parece, Germán?

—Me parece bien—dijo Germán tomando la guardia con el brazo extendido—, una, dos, tres, espectro difunto; desmayo de la Rosa Blanca, salida triunfal de la hostería, y al aula á charlar el latín.

—¿Y por qué no hemos de ir nosotros?—dijo Guillermo.

—¡Tres gigantes para un espectro!—dijo Slok con la extremidad de los labios y con cierto desprecio—¡quita allá! ya sabréis por nosotros lo que haya sucedido; ¡eal en marcha y á la ventura de Dios.

Y Franz Slok y Germán salieron.

Franz era más alto toda la cabeza de sus dos amigos, y doblemente recio que ellos.

Las escaleras de la hostería de la «Espada Prieta», rechinaron mientras bajó por ellas Franz. Atravesaron la plaza por entre los puestos de los vendedores, y llegaron á su frente, á la hostería de «La Rosa Blanca».

Entráronse en ella graves y espetados, y se sentaron en una mesa al fondo de la sala, frente al hogar, donde estaba ya sentada Guillermina.

Esta miró con inquietud á Franz.

Franz, lo mismo que sus dos hermanos, desde que Guillermina le había definitivamente desahuciado, no había vuelto por la hostería.

Guillermina, además, tenía un gran motivo para alarmarse.

Germán y Slok habían puesto cruzados los dos estoques negros sobre una mesa inmediata.

Pidieron cerveza.

El criado que se la sirvió habló antes un momento con Guillermina.

—¿Para qué son esas dos espadas prietas?—dijo á los dos jóvenes mientras les llenaba los altos y estrechos vasos de vidrio, de espumante y rica cerveza—; perdonadme, señores; pero vosotros traéis entre manos algún duelo.

—¡Ah!—dijo Franz levantándose—, he ahí el hombre espectro.

Acababa de atravesar á caballo, en dirección al patio, el negro incógnito.

Franz se lanzó al medio de la sala.

Cuando el incógnito entró en ella á pie, y se dirigió hacia Guillermina, Franz le dijo.

—¡Eh! á vos digo: venid acá.

Slok y Germán se habían levantado y traían cada uno de ellos un estoque de duelo en la mano.

Guillermina se había levantado también, pero había permanecido inmóvil junto á su gran sillón de baqueta.

El incógnito adelantaba en paso lento, grave y firme.

—¿Qué os parece este entarimado?—le preguntó Franz.

—Me parece muy bien; ¿le habéis hecho vos? ¿sois carpintero? ¿creéis que necesito entarimar yo alguna habitación?—respondió con una leve sonrisa de desprecio el incógnito.

—Y decidme—continuó Franz—, ¿os parece buena la luz que entra por la ventana?

—Excelente—contestó el incógnito.

—Y por último, ¿os parece que podíais tomarme bien?

—Estoy seguro de ello.

—¿No os parece que os llevo una gran ventaja?

—Lo que me parece es que os la llevo muy sobradamente yo: tenéis demasiada carne, mi querido señor; es necesario estar muerto para no tocaros.

—¿No creéis muy superior mi fuerza á la vuestra?

—Lo que creo es que os habéis levantado en muy mala hora.

—Yo pensaba esgrimir con vos de rodillas.

—Pues no lo hagáis porque vais á necesitar mucho de vuestras piernas.

—De modo que os parece el pavimento bueno, la luz bastante, y que no os llevo ventaja.

—Exactamente.

—Elegid, pues, uno de estos estoques, y decid cuál de estos amigos queréis que sea mi padrino.

—Cualquiera de los dos; pero sepamos: antes; me gusta saber con cuánta razón me pongo en el caso de matar ó de ser muerto.

—Si no queréis un duelo—contestó Franz—, hay una manera muy feliz de evitarlo.

—¿Cuál?

—La de que os vayáis y no volváis á hablar, ni á ver á la Rosa Blanca.

—Caballero—dijo el incógnito á Germán—; hacédme la merced de ese estoque, y además la de apadrinarme.

—En buen hora—dijo Germán dando el estoque que tenía en la mano al incógnito.

—Podemos—dijo éste—, empezar cuando queráis: siento que vengamos á las manos antes de que os haya yo quitado vuestra hermana Filiberta.

Franz se puso rojo de cólera: tomó distancia, y dijo con la voz trémula al desconocido:

—¿Estáis dispuesto?

—No; porque la cólera os descompone, Franz Stoplen: reposemos, que tiempo hay.

La contestación de Franz fué atacar al desconocido.

Este paró con suma facilidad una, dos y tres estocadas, y se salió de distancia.

—Convenceos—dijo—, idos, y no seáis loco: he podido mataros.

—Es cierto—dijo Germán—; no sabes lo que haces hoy, Franz, no te conozco.

Franz, en silencio, volvió á entrar en distancia y atacó al desconocido.

Esto paró seis veces sin moverse de su sitio. Por último, dijo:

—Concluyamos; tenéis roto el estoque.

Y en efecto, á un fuerte desarme del desconocido, el estoque de Franz se rompió.

—¡Vuestras espadas!—gritó colérico Franz, dirigiéndose á Germán y á Slok.

Desnudaron éstos sus espadas y las dieron á sus apadrinados.

—¡Ah! ¿os empeñáis en que os mate?—dijo el incógnito—; pues bien, no os mataré; pero tomad.

Y yéndose sobre él, parando una estocada suya, dió á Franz un tal cintarazo en la cabeza, que el gigante vaciló un momento y vino al suelo.

—Adiós, señores; hasta la vista, que no será aquí.

Y yendo á Guillermina, la dijo:

—Perdonad, señora; pero yo venía á vuestra casa á algo que na la tenía que ver con vos: he descubierto lo que necesitaba saber, y no volveré más: agradecedme el que no vuelva, porque si os dejo enamorada, no os dejo perdida; y creedme: sois tan bella y tan sencilla que me iban dando malas intenciones. Adiós.

Y (sin esperar la respuesta de Guillermina, que no hubiera podido dársela, porque estaba aturdida, entró en el patio, montó á caballo y salió de la hostería por entre la multitud de curiosos que habían estado presenciando el duelo y que abrieron para dejarle pasar, se perdió entre la densa niebla.

El duelo estaba permitido en Frandes, y nada tenía de extraño que se hubiesen batido Franz

y el incógnito en el salón público de una hostería.

Guillermina se había desmayado.

Germán y Slok acudían á Franz, de cuya cabeza salía sangre en abundancia, á pesar de que el desconocido sólo le había dado de plano.

Socorrióse á Guillermina; fué necesario poner en una habitación de la hostería á Franz, y los otros dos hermanos sobrevinieron.

Desde entonces los tres gigantes se aposentaron en la hostería, á pretexto de que querían estar en ella para, si por acaso volvía por un solo momento el hombre espectro, no dejarle escapar.

Durante mucho tiempo, uno de los tres hermanos, por turno, estaba constantemente en el salón general desde que se abría la puerta hasta que se cerraba.

Pero al fin se cansaron; el hombre espectro no volvió á aparecer.

Esto les satisfizo; creyeron que aquel hombre no volvía por miedo, y así también lo creyó Guillermina que, sitiada por hambre, indignada por el abandono de su primer novio, empezó á mostrarse menos esquiva á Franz.

Por razón de aquel duelo extraño, por decirse que Guillermina era novia de Franz Stoplen, y por vivir allí con sus hermanos, se llamaba en 1533, y desde hacía algunos meses, la «Hostería de los tres Gigantes», á pesar de que tenía escrito sobre su puerta, con grandes y hermosas letras góticas azules «Hostería de la Rosa Blanca».

X

Nuestros lectores, habrán reconocido de seguro, en el hombre espectro, al marqués de Marana.

¿Por qué se llamaba á don Juan Tenorio el hombre espectro?

Conservaba toda su hermosura, todo el poder satánico de su mirada; pero había enflaquecido algo; había contraído una palidez casi cadavérica.

Sufría mucho.

Desde su salida de Sevilla, desde su llegada á Gante, veinte días después, hasta el día en que había aparecido en la hostería de la «Rosa Blanca», había pasado un año.

Durante aquel año habían acontecido graves cosas á don Juan.

El gran bailío Esteban Kresberg, muy viejo ya, pero siempre fuerte, y siempre terrible, le había recibido con suma distinción.

Había escuchado grave y silencioso el mensaje del emperador que para él llevaba don Juan, y había contestado.

—La pérdida de Elena es una herida que no se ha cicatrizado aún, que no se cicatrizará: herida en el honor y en el corazón; pero vos me traéis la hija de Elena; me traéis, pues, una nueva Elena; yo os agradezco este consuelo, y se lo agradezco mucho más al emperador. Podéis traerla á mi casa—cuando gustéis, marqués; yo la reconoceré como nieta mía, y haré inútil la ronta que el emperador la ha señalado, yo soy muy rico, y todos mis bienes son de mi nieta. Dad, sin embargo, las gracias por ello, y en mi nombre, á su majestad.

—Siento mucho, señor bailío—dijo don Juan—, tener algo que advertiros.

—¿Más aún, señor marqués?

—Sí: vuestra nieta ha sido tan desgraciada como vuestra hija: ha sido seducida, seducida de una manera irreparable, porque su seductor ha sido muerto de una estocada, antes de que el emperador supiese que era el seductor de su hija: Rosaura viene, pues, en un estado difícil.

—¡Ah!—contestó el gran bailío sin conmoverse—, soy más afortunado aún que lo que creía: me traéis no solamente una nieta, sino un bisnieto.

—En Flandes, como en todas partes, señor bailío, hay hombres de alta posición, que se venden si se les paga bien; el emperador me ha dicho.—Al hombre que se case con mi hija que cubra su deshonra, le daré un título, una grandeza de España, y una gran dote á Rosaura.

—Me parece que tengo ya el marido de mi nieta—dijo tranquilamente Esteban Kresberg.

—Señor bailío—dijo don Juan—, tengo que advertiros algo más: si, como es posible, atendido vuestro carácter, queréis hacer una víctima de vuestra nieta, por vengaros del emperador, que al fin es padre, os advierto que don Juan Tenorio ha acochado en su corazón á esta niña, y con esta advertencia basta: no quiero deciros que lo haría con vos el emperador si le hirieseis en su hija, porque me anticiparía yo.

—Os advierto á mi vez, señor don Juan Tenorio, que mis setenta años no han debilitado ni mi corazón ni mi brazo, ni mis ojos han dejado de ver lo que basta para ver los ojos de un enemigo y para escoger en su pecho un punto donde herir mortalmente; dicto esto sin ofenderos, os aseguro que os agradezco el interés que os tomáis por mi nieta: traédme la, señor marqués de Marana; traédme la, porque estoy impaciente por abrazarla.

Don Juan Tenorio llevó aquel mismo día á Rosaura al viejo.

El gran bailío no pudo sostener su serenidad y se estremeció al verla.

Rosaura era el retrato vivo de su madre: tenía la misma expresión de dolor, la misma languidez, la misma desesperación que Elena le había dejado ver el día en que conoció su deshonra; tenía la misma edad, el mismo encanto, la misma expresión de pureza, á pesar de su dolorosa situación.

Don Juan, en vista de lo que se había conmovido el gran bailío al ver á su nieta, esperó que el anciano se ablandase y obrase con amor y de buena fe respecto á su nieta, por cuya razón la dejó en su poder tranquilo.

Don Juan creyó por esta parte casi terminada su misión. Esperó que dentro de algún tiempo el gran bailío habría comprado un marido á su nieta, y para esperar, tomó una gran casa en la misma plaza del palacio arzobispal.

Gabilán estaba encargado de vigilar el palacio del gran bailío, y de estar al corriente por medio de los criados, de lo que sucediese en el interior.

Gabilán era muy á propósito para estos encargos: había crecido en picardías, y una vez vuelto á su posición de lacayo influyente para con su amo, y poseedor de su confianza, el físico de Gabilán, como por un fenómeno, había ido adelgazando hasta que se había repuesto en su antiguo estado.

Pero el pobre Gabilán había perdido su alegría.

No se le olvidaba ni su hija ni su mujer. Echaba, además, de menos la vida sedentaria y cómoda que disfrutaba en la hostería de la «Sardina Verde», de la cual no podía olvidarse, á pesar de que antes de salir de Sevilla, para seguir á su amo, la había vendido á buen precio.

Gabilán supo por los criados de Esteban Kresberg, que en la casa, muy atendida, muy considerada, muy querida por el gran bailío, había una dama que se parecía como una gota de agua á otra gota, al retrato de cuerpo entero de Elena Kresberg, hija del gran bailío, que estaba colocado entre otros retratos de familia, en el salón principal.

Don Juan se tranquilizó respecto á Rosaura, y se consagró á sus propios negocios, ó por mejor decir, á su único negocio.

A Estrella.

La marquesa de Marana estaba cada día más hermosa: en el convento había enflaquecido devorada por la ansiedad mortal.

Casada con don Juan, enamorada de él, feliz, Estrella había aumentado imponderablemente en hermosura, al recobrar su bello color y toda la morlidez de sus encantadoras formas.

Parecía más joven aún: ó lo que es lo mismo, su juventud era vigorosa, resplandeciente y purísima.

Su hermosura estaba continuamente aumentada por la gran riqueza y el buen gusto con que siempre vestía.

Don Juan no la veía nunca, hasta que después de haberse levantado la habían vestido y peinado sus doncellas.

Almorzaban juntos, comían juntos, estaban juntos todo el día, juntos iban á la iglesia, juntos á paseo en carruaje ó á caballo, y poco tiempo después del toque de cubrir fuego, Estrella se despedía de su marido, la daba las dos manos y las buenas noches, se dejaba dar un beso abrasador en la frente, y nunca más que en la frente, se retiraba, y cerraba por dentro las puertas de sus habitaciones, donde se encerraba con sus doncellas.

Don Juan agonizaba; había creído que aquel propósito de Estrella de mantenerse pura, tendría por un contrario polvoroso el amor.

Pero se había engañado.

Estrella le amaba cuanto puede amar una mujer á un hombre.

Estaba enamorada de él hasta la locura.

Y tan enamorada estaba, que cuando le venía al pensamiento que él podía haber sido el matador de su padre, á despecho de su conciencia, su corazón decía.

—Si esto es verdad, es horrible; no pensemos esto, porque á pesar mío, aunque lo supiera, de cierto, le amaría del mismo modo.

Estrella sonreía con su alma á don Juan: le acariciaba con sus ojos, haciéndole sentir una dulzura llena de delicias.

Absorbía con ansia la mirada ardiente, terrible, desesperada de don Juan.

Y sin embargo, cuando don Juan fuera de sí había pretendido llegar por la violencia á la posesión legítima de su esposa, Estrella, que siempre tenía en la habitación inmediata parte de su servidumbre, llamaba con un pretexto cualquiera á una de sus doncellas, y don Juan se sentía contenido, vencido, impotente contra su mujer.

Esto consistía, no en que Estrella fuese una heroína, no en que comprendiese, á pesar de que lo comprendía, que su marido dejaría de amarla en el momento de que ella dejase de ser para él un imposible.

Si Estrella hubiese tenido que hacer un gran sacrificio, su valor hubiera ido cediendo ante el continuo y rudo ataque de don Juan.

Pero Estrella no tenía que hacer sacrificio alguno.

Era pura por temperamento, por pensamiento, por índole, por instinto.

Amaba con el alma, y la bastaba la voluptuosidad del alma; ardía por don Juan, y la bastaba para satisfacer el fuego de su amor, ver y oír á don Juan.

Era aquella una adoración que llegaba á ser un pecado.

Una idolatría para la cual sólo tenía espíritu Estrella.

Un amor satisfecho, feliz, poseedor de una gloria infinita sobre la tierra.

Y esta felicidad, hacía más bella, más joven, más pura, más voluptuosa cada día, á la marquesa de Marana.

Por nada del mundo hubiera ella entregado su amor á las materialidades de la vida.

Sólo el temor de perder á don Juan, la hubiera obligado á ceder.

Y el peligro no había asomado aún.

Don Juan, es cierto, había adquirido una luz casi fantástica en la mirada.

La natural palidez de su color había llegado á hacerse intensa, lo que había aumentado su blancura, hasta hacerla nítida.

Había enflaquecido algo.

En una palabra: en su semblante, en su andar, en todas sus actitudes, se dejaba conocer una languidez voluptuosa.

La hermosura de don Juan había crecido.

Sus cabellos rizados, sus cejas, sus ojos y su barba, parecían más negros, porque su palidez, condensándose, había aumentado su blancura.

Don Juan se había espiritualizado, se había hecho irresistible.

Pero había contraído un no sé qué fantástico, que le hacía parecer un espectro.

Uno de esos muertos de las leyendas alemanas que se levantan de su tumba á la media noche, y van á sentarse á los pies del lecho de la amante impura ó desleal, por cuyo amor han muerto.

Y en medio de este horrible sufrimiento, don Juan era horriblemente feliz.

Le parecía que le faltaba vida, corazón y sentimiento para amar.

Que su amor inmenso, incomparable, flotaba fuera de él, porque no cabía entero en él.

Veía que no había sido amado hasta que lo había amado Estrella.

Se aletargaba en delicias insoportables por lo vivas, por lo infinitas.

Agonizaba, y amaba su agonía.

Llegó en fin el caso de que amase á Estrella como Estrella le amaba á él.

Lo había olvidado todo; todo lo que no era Estrella.

Magdalena, Inés, Lind-Arahj, Noema, la sacerdotisa del sol, la nieta del jefe azteca, Teresa, Leonor, Isabel, Gabriela, la reina de Portugal, cuantas mujeres habían conmovido su corazón ó su orgullo; cuantos hombres habían caído ante su espada.

Todo había sido olvidado.
Estrella sola vivía, alentaba para él.

A veces creía que un poder sobrenatural era la causa de lo invencible de la pureza de Estrella; á veces le parecía que la sombra sangrienta del capitán Fernán Pérez estaba siempre colocada entre su hija y él.

Pero ni don Juan sentía haber matado al capitán, porque á no haberle muerto, no hubiera conocido á Estrella en la situación moral en que la había conocido, obligado á ampararla; ni le remordía la conciencia por la tremenda estocada que había arrancado la vida á Fernán Pérez.

Siempre que se acordaba de aquella estocada, se acordaba del latigazo que había dado motivo á ella.

Y al acordarse de esta injuria, la primera que le había dado en el rostro, su sangre ardía, y se desesperaba porque no podía resucitar al capitán para matarle otra vez.

Porque ya lo hemos dicho en una obra dramática nuestra, en «Cid Rodrigo de Vivar».

Por más que la sangre corra,
En reparación violenta,
El recuerdo de la afrenta,
Ni se pierde, ni se borra.

Y don Juan Tenorio valía por lo menos tanto como el Cid.

Los dos grandes tipos de nuestra nacionalidad, los dos gigantescos poemas inspirados por nuestro espíritu patrio, son el Cid y don Juan.

El uno representa nuestra gloria; el otro nuestro corazón; los dos juntos son la personificación de España; un gran poema.

Oiréis decir con suma frecuencia para expresar el valor de un hombre: Es un Cid. Para expresar lo enamorado y lo afortunado de un hombre en amores: Es un Tenorio.

Don Juan, pues, era al mismo tiempo inmensamente feliz, ó inmensamente desgraciado.

Le tiranizaba una mujer, y amaba aquella tiranía.

Incontrastable, terrible hasta entonces, le ha-

bía detenido en su camino una niña de diez y seis años.

Ella era la blanca figura, el espíritu poderoso que debía realizar la expiación de don Juan, y precederle, llevarle hasta la tumba y hundirse en ella con él.

Tal era el estado en que se encontraba don Juan á fines del año de 1532.

XI

A principios de 1533, una mañana muy temprano, oyó don Juan unos golpes violentos dados á la puerta de su dormitorio.

Saltó del lecho, abrió, y se encontró con Gabilán que traía muy mala cara.

Antón no pasó de la puerta, y se quedó en la actitud particular de un hombre que tiene miedo y está dispuesto á echar á correr, ni más ni menos, que como un torero se pone delante de un toro.

Don Juan se alarmó: temió algo grave.

—¿Qué diablos traes que tienes miedo?—dijo don Juan comprendiendo la situación de su lacayo íntimo.

—Prometédme, señor, que no me romperéis el alma—dijo Gabilán—: yo no he tenido la culpa, ¡quién había de creer, señor... quién había de creer!...

El pensamiento de don Juan se fijó en Estrella con terror, temiendo ser despertado de su sueño por un vulgar desengaño.

Siempre referimos nuestros temores sin objeto, al ser que más queremos; á la cosa que nos tiene más empeñados.

—De seguro—dijo don Juan—te hago pedazos como á un vaso de vidrio si no hablas pronto.

Y su palidez se hizo lívida, y sus ojos arrojaron llamas.

Gabilán se hizo dos pasos atrás y miró á la puerta de la antecámara; el pobre Antón sudaba de miedo.

—La confianza, señor, la confianza tiene la culpa—dijo Gabilán, á quien apenas salía la voz del cuerpo—; ya no vuelvo á fiarme ni de un santo: ¡quién había de pensar!...

—¡Acaba infame!—gritó don Juan con voz rugiente.

—Acaba de avisarme el primer escudero del gran baillío, que ni él ni doña Rosaura han amanecido en la casa.

—¡Ah! ¡maldito seas tú con tus terribles preámbulos!—dijo don Juan poniéndose la mano sobre el corazón y respirando fuerte, como quien deja de estar agobiado por un peso superior á sus fuerzas—; me has dado un susto de los buenos: yo había temido...

—¿Y qué había temido vucencia, señor?— dijo Gabilán, á quien tranquilizó el cambio que notaba en su amo.

—Nada, nada—dijo don Juan—, entra Antón, y cierra la puerta; estoy caliente de la cama y me aireo; me has despertado en lo mejor de mi sueño, porque no me duermo nunca hasta que amanece.

—Voy á vestiros, señor, porque tendréis que salir; ya he mandado que ensillen el «Volador» y el «Diamante», porque de seguro tendremos que trotar.

—Voy á llevar además cuatro pistoletas para los arzones: no hay que fiarse de estos mantecosos flamencos que tienen su alma en su almario, aunque parece que no rompen un plato.

—Vamos, vamos andando, Antón—dijo don Juan.

Salieron, y don Juan se dirigió á las habitaciones de Estrella: llamó, se vió obligado á esperar, y al fin le abrió una doncella soñolienta envuelta en una saya que se había puesto por la cabeza.

—Decid á vuestra señora, Angela—la dijo don



Aquel hombre cayó sin dar un grito (pág. 8).

—Vamos, bien: vísteme y cuéntame—dijo don Juan.

—Ya está contado, señor—dijo Gabilán empezando á vestir á su amo—, el señor Esteban Kresberg y su hija han desaparecido.

—¿Y nada se sabe?

—Nada han sentido los criados, señor; como yo pago bien á Jacobo Klaus, primer escudero del gran baillío, ha venido á avisarme, aunque no son más que las siete de la mañana y hace una niebla que se corta; á esta hora, Jacobo va á despertar todos los días á su amo, y hoy, ha encontrado su lecho intacto, le ha buscado por la casa y no le ha encontrado; y es el caso, que no se ha encontrado tampoco á doña Rosaura, y que su lecho está intacto también.

—Vamos—dijo don Juan—; ponme las botas y las espuelas; la espada y la daga, y una capa y un sombrero á propósito para la niebla.

Juan—, que voy á salir; que tal vez me vea obligado á partir de Gante, no sé por cuánto tiempo.

—Espere, espere vucencia un momento—contestó Angela—, la señora duerme sin duda.

—Siento que la despertéis—dijo don Juan—, pero es necesario.

La doncella se fué, y volvió á poco.

—Pase vucencia—dijo.

Don Juan atravesó algunas habitaciones, y entró en un dormitorio cerrado, vagamente alumbrado por la luz velada de una lámpara de noche.

—Este debería ser mi lugar—murmuró don Juan—, pero entonces sería yo un marido como todos; más vale así.

Pero á pesar de su conformidad, don Juan suspiró.

Se respiraba en aquel dormitorio un perfume leve, pero delicioso, embriagador.

Don Juan se acercó á un gran lecho, velado por anchas colgaduras de brocado blanco.

Entre la abertura de aquellas colgaduras aparecía Estrella.

Estaba incorporada, con las rubias trenzas sueltas, desnudos la garganta y los hombros, y cubierto á medias el seno.

—¡Oh, divina muerte mía! — exclamó don Juan.

—¡Te vas! — dijo con ardiente ansiedad Estrella.

—Sí, luz de mis ojos; un deber imprescindible me separa de ti.

—¿Y qué voy yo hacer separada de ti? entristecerme, enflaquecer, ponerme vieja y fea.

—Guardarme en tu corazón, pensar en mí, verme en tu pensamiento como si estuviera presente, como yo te llevo conmigo, Estrella mía.

—¿Te has cansado, señor, de hacer la buena vida, y te vas en busca de aventuras? ¡Las flamencas son muy hermosas!

—Todas juntas no valen lo que una mirada de tus ojos: no, no voy en busca de aventuras, vida mía, si no tras las aventuras de otros; el gran bailío nos ha engañado miserablemente; nos ha confiado con una apariencia hipócrita, y ha desaparecido con su nieta, sin que nadie los haya visto salir de su casa.

—¡Oh! ¿por qué te ha dado el emperador ese enojoso encargo?

—Ya no tiene remedio, yo necesito responder al emperador de su hija; no sé si volveré pronto ó si tardaré; cada momento que pasa le robo á mi deber.

Don Juan se acercó temblando.

—Ven acá, don Juan, acércate.

Estrella no se cuidaba de cubrir su desnudez.

—Se quitó del cuello una cadena de oro, de la que pendía un relicario, y la puso al cuello de don Juan.

—Guárdala en tu seno—dijo—, sobre tu corazón; en ese relicario hay un pedazo de «ligium crucis» y un diente de Santa Eulalia; esas reliquias te protegerán, como me han protegido á mí.

—¿Y si te han protegido, por qué no las conservas, Estrella mía?

—Porque llevándolas tú me quedo perfectamente tranquila, y sólo tendré el sentimiento de no verte.

Y de improviso, Estrella asió con sus dos manos el rostro de don Juan, y le besó en la boca.

Don Juan exhaló un ligero grito de alegría, y se olvidó del gran bailío, de Rosaura, del emperador, del mundo entero.

—¡Ángela!—dijo Estrella con voz sonora y tranquila.

—¡Ah! ¡maldita sea la hora en que nací!—dijo don Juan.

—Señora—dijo á la puerta la doncella, que ya se había vestido.

—Ven á vestirme; quiero ir á misa á la iglesia de las madres de la Penitencia. No maldigas la hora en que naciste, don Juan—añadió en voz baja estrechando fuertemente la mano de su marido—; si no hubieras nacido, nos nos hubiéramos conocido, no nos hubiéramos amado; yo voy á rogar por ti á Dios; vuelve pronto, y si te ves obligado á tardar, envíame todos los días noticias tuyas; adiós.

—Adiós — dijo don Juan.

Y salió desesperado y loco murmurando:

—¡Ah! ¡ah! ¡no sabía yo que era tan divinamente hermosa! me matará, ó desesperado la mataré.

Bajó al patio, montó á caballo, y seguido de Gabilán, arrancó por la puerta con una violencia espantosa.

Parecía entonces un ser sobrenatural.

XII

Don Juan salió de Gante envuelto en la niebla, y se detuvo junto á una espesura de abetos.

—¡Gabilán!—dijo—ve y tráeme por los cabezones á ese escudero del gran bailío; te aguardo aquí.

Gabilán revolvió su caballo y volvió á entrar en la ciudad.

Don Juan Tenorio se quedó solo y dando vueltas á su pensamiento.

La niebla no le dejaba ver á pocos pasos de distancia.

Apenas veía distintamente los abetos que tenía más próximos.

Un caminejo de herradura se perdía á poca distancia entre la niebla.

—¿Quién soy yo? — dijo don Juan — ¿puedo yo hacer mi vida? no; mi vida se hace obedeciendo á un misterio; yo no hago más que seguir un camino que me ha sido trazado de antemano; ¿soy yo feliz ó desgraciado? no lo sé; tengo ansia de algo que no encuentro; sed de un licor que no he probado aún; mi corazón se dilata anhelando algo que le llene; y nada basta á llenarle; el amor... ¿y qué es el amor?

En aquel momento, de entre la niebla salió un canto cadencioso, dulce, producido por la voz de una mujer que parecía feliz.

Aquel canto se acercaba.

Poco después se destacó de entre la niebla un bulto seguido de otro bulto.

Aquellos dos bultos se determinaron y dejaron ver un caballejo cargado con dos especies de jaulas llenas de gallinas, y una joven aldeana fresca, sonrosada y alegre.

Don Juan adelantó su caballo: la aldeana

que se detuvo y dejó seguir á su caballejo que marchaba lentamente.

—Buenos días, señor—dijo la aldeana.

—Buenos días, muchacha—dijo don Juan—; ¿sabes tú lo que es la felicidad?

La muchacha miró con suma gravedad á don Juan.

—La felicidad—dijo—es comer, vestir y no trabajar.

—Es decir—dijo don Juan—, que la felicidad es el dinero.

—¿Por qué me preguntáis esas cosas, señor?—dijo con extrañeza la aldeana.

—¿Por qué? porque ando buscando la felicidad y no la encuentro.

—Pues debéis ser muy afortunado, señor—dijo la chica.

—Te engañas; respóndeme á otra pregunta: ¿sabes tú lo que es el amor?

—El amor es una cosa que se nos entra por el alma sin pedir licencia—contestó la aldeana—; y que hace de nosotros lo que quiere: vaya, señor, buenos días, que mi caballejo va muy lejos, y es muy tarde para vender bien en el mercado.

—¡Ah! no, espera; toma un pedazo de felicidad.

Y dió á la muchacha una moneda de oro. Pero al dársela la asió las manos, la levantó, la chica tuvo que apoyar un pie en el estribo, y don Juan la dijo:

—Dame en cambio un poco de amor.

Y la besó en la boca.

Después la dejó caer al suelo y la chica se alejó riendo.

—He aquí la verdad—dijo Tenorio—, un poco de oro, un recuerdo que pasa; la vida no merece la pena de sufrirla; ¡dichosos aquéllos cuya ambición se satisface con una moneda de oro, y su amor con un beso!

Don Juan se inclinó sobre el arzón y quedó profundamente pensativo.

De repente le sacaron de su distracción, pisadas de caballos de la parte de la ciudad.

Se destacaron algunos bultos en la sombra y al fin apareció un gran caballo frisón que llevaba sobre sí una gran mujer, ya se la considerase desde el punto de vista del volumen, ó de la juventud y de la hermosura.

Iba envuelta en un gran manto rojo con capuz, y sobre el capuz, un sombrero de fieltro con larga pluma lacia, abatida por la niebla.

Detrás iban dos lacayotes vestidos con librea encarnada.

Don Juan revolvió su caballo y le puso al lado del de la joven.

—¿Qué queréis?—dijo ésta con altivez—apartaos.

—Nada quiero—dijo don Juan—, y en cuanto á apartarme, permitidme: mi compañía en nada os perjudica; yo, señora, obro siempre con arreglo á mi primer impulso; al veros, mi mano, sin pedirme licencia, revolvió mi caballo; me

he puesto junto á vos, me habéis preguntado, os he contestado, y no sé, ¡vive Dios! después de esto lo que ha de suceder.

—Sois audaz—dijo la dama mirando profundamente á Tenorio.

—Y vos la más hermosa flamenca que he visto en toda mi vida.

—Gracias, caballero; os equivocáis: la adulación me enoja.

—¡Vive Dios, señora! se me figura que ha de sucedernos algo á los dos.

—Indudablemente; á cada cual por nuestro camino ha de sucedernos algo.

—Por desgracia, señora, soy buen profeta; me enamoráis, y cuando yo me enamoro de una mujer, de seguro acontece algo de que no podemos olvidarnos ninguno de los dos.

—Indudablemente; si por vuestra audacia os aconteciese algo demasiado triste, yo me acordaría de ello; pero es muy posible que vos no os pudieseis acordar.

—Por Dios vivo, que ese es un reto.

—Tomadlo como queráis.

—Señora, cuando se reta á una persona que no nos conoce, estamos obligados á decirle nuestro nombre para que pueda buscarnos y llevar á cabo el reto.

—Filiberta Stoplen—dijo la dama—, en el Castillo Negro, con el que se da siguiendo por este camino, á las tres leguas.

—Pues bien, señora; don Juan Tenorio.

—No os conozco—dijo con altivez la dama.

—Ni yo á vos; pero nos conoceremos, señora, y no muy tarde.

—Pues bien, adiós.

—¿Y por qué adiós?

—Porque así me place.

—Me gusta vencer imposibles.

—No hagáis que l'ame á mis criados.

—¡Bah, señora! sería una crueldad, de que no os creo capaz, el exponer á vuestros criados á una mala aventura.

—Caballero—dijo la dama—, ninguna mala aventura nos puede venir por vos, que no os costara demasiado; os suplico que os apartéis de mí.

—Juro á Dios que ha de llegar un día en que no queráis que de vos me aparte.

—Puede ser; probadlo.

—Me parece que aunque no quiera me veré obligado á probarlo muy pronto; á vuestros pies, Filiberta, y hasta la vista.

Y revolviendo su caballo, retrocedió y se volvió al galope hacia los abetos que había abandonado.

Filiberta se volvió á mirarle.

—Dicen—exclamó—, que los espíritus en pena se amparan de la niebla y se aparecen á los viajeros: ¡oh! ¡qué hombre Dios mío!

E inclinó la cabeza y siguió adelante en silencio.

—Es singular lo que me sucede—decía don Juan—, acabo de separarme loco y desesperado

de Estrella, y esa gran mujer, esa magnífica masa de carne humana me ha distraído; ¡bah, bah! el hombre es un pobre demonio, una masa impresionable que obedece á cualquier impulso: y la verdad es que esa dama es una hermosura nueva, una cosa que yo no conocía: ¡eh! vaya con Dios; si se acuerda de mí, se acordará de una sombra; ¿qué diablos tengo yo que ir á hacer á ese castillo negro, donde dice que vive? sabe Dios adonde me arrojará el vendabal de mi destino.

En aquel momento detuvo su caballo, porque había llegado á la espesura de los abetos.

Poco después se oyó nuevo ruido de cabalgaduras, y aparecieron al fin dos jinetes; el uno era Antón Gabilán; el otro el señor Jacobo Klauss, primer escudero del gran baillío de Gante.

Era Klauss un hombre fornido, de rostro cuadrado y de fisonomía ruda, pero franca y leal.

Saludó profundamente á don Juan, y le dijo: —Señor: vengo dispuesto á servir á vuecencia y á responderle á cuanto me pregunte.

—Veamos—dijo don Juan—, veamos: ¿durmió anoche en su casa tu señor?

—Sí señor: se metió, como de costumbre, en su aposento al toque de cubre fuego; yo le seguí para desnudarle, y me despidió diciendo: Vete, voy á leer la Biblia; me desnudaré solo; recógete.—Esta mañana á las siete fui á despertarle y á vestirle, y no le encontré en su aposento; no se había acostado, porque el lecho estaba sin descomponer; le busqué por toda la casa y no le hallé: tampoco la señora, esa joven que vino hace dos meses, estaba en la casa. Pregunté á la servidumbre si alguien había visto salir al señor y á la señora, si los había sentido, y nadie supo contestarme: entonces avisé á Antón Gabilán para que avisase á vuecencia.

—¿Y no sabéis adónde puede haberse dirigido tu señor?

—Puede ser que esté á tres leguas de aquí, en el Castillo Negro, adonde suele ir con frecuencia.

—¿El Castillo Negro?—dijo don Juan—¿vive en ese castillo una dama muy joven, magnífica, rubia como el oro y blanca como la nieve, robusta, terrible?

—¿Filiberta Stoplen?—dijo Klauss—, sí, si señor; esa dama vive en el Castillo Negro.

—Toma y adiós—dijo don Juan, dando á Klauss algunas monedas de oro.—Sígueme, Antón.

Y don Juan lanzó su caballo al galope.

—¿Cómo diablos — se quedó murmurando Klauss—, conoce el marqués de Marana á Filiberta Stoplen?

Klauss se encogió de hombros, revolió su caballo y tomó el camino de Gante.

Don Juan sostuvo el galope de «Volador» durante algún tiempo. Al fin murmuró:

—Si sigo así voy á alcanzarla, y yo no quiero hablarla en el camino. ¡Qué singularidad! yo que creía que no iba á volverla á ver: he aquí una nueva mujer con quien tropiezo.

Y puso su caballo al paso.

Atravesó algunas aldeas, y preguntó en ellas si iba en buen camino para el Castillo Negro.

—Si—le respondían todos aquellos á quienes preguntaba—; pero cuenta con los tres gigantes.

Don Juan, sin entender aquella frase y sin pretender que se la explicasen, se encogió de hombros y seguía su camino.

A medida que avanzaba el día, la niebla iba disipándose, hasta que al fin desapareció del todo, dejando ver un cielo despejado y pálido, y el sol harto menos brillante que como aparece en el cielo meridional de Andalucía.

Al pasar por una aldea, don Juan oyó en el reloj de su iglesia las once de la mañana.

Se encontraba delante de una gran puerta, sobre la cual, pendiente de un palo, se leía este rótulo: «Hostería de la Buena Aventura».

—Pues la buena aventura nos brinda con un almuerzo, malo ó bueno—dijo don Juan á su lacayo—, entremos: ¿qué te parece de esto, Gabilán?

—Yo no me he atrevido á decir nada á vuecencia, señor, pero si hubiera podido dar una satisfacción á mi estómago, ya me hubiera yo detenido en alguna posada de cualquiera de las aldeas anteriores: ¡eh! ¡hostelero!—añadió Gabilán que sabía hablar flamenco, porque había empezado á servir en Flandes á su amo—¿á ver si echas para acá á uno de tus galopines para que lleve á la cuadra los caballos y les dé un buen pienso.

El hostelero se deshizo en cumplimientos, hizo llevar los caballos á la cuadra, y condujo á don Juan y á Antón á un aposento.

—Dadnos de almorzar cualquier cosa—dijo don Juan.

—Huevos, torreznos, leche, queso, manteca: he aquí todo lo que tengo, caballero.

—Pues todo eso, y vino, y pronto—dijo don Juan.

El hostelero salió.

—Ahora recuerdo—dijo don Juan—, que se nos ha olvidado lo más importante: no traigo conmigo ni un solo florín; los doblones castellanos que tenía en el bolsillo los he dado á una aldeana y al escudero del gran baillío.

—Pero yo no me olvido de nada, señor—

dijo Gabilán—; traigo los bolsillos de los greñescos y los de la ropilla, hasta el punto del que no puedo tirar del peso, llenos de libras dobles tornesas: aunque no volviéramos á casa en un año, no nos haría falta dinero.

—Bien sabía yo lo que me hacía cuando te obligué á que te vinieses conmigo, Gabilán.

—¡Bah, señor! pues no soy el mismo que era; cualquier vientecillo me constipa; me duelen los callos, se me menean los dientes, me tiembla un poco el pulso, y á doscientos pasos no conozco á una persona.

—¡Eh, bribón! tú has nacido para ser mi lacayo, y cuando llegue el caso, ya verás que con constipado y con dos dientes menos, y doliéndote los callos, harás lo que haya que hacer.

—Eso, por supuesto, señor; sólo que, la verdad sea dicha, desde que me hice rico y eché barriga, me hice remolón; y luego tengo una espina en el lado izquierdo del pecho... ¿querréis creer, señor, que no se me olvidan ni mi pobre Esperanza, ni mi pequeña hija?... ya estaría crecida: sería necesario guardarla de vos primero que de nadie, porque hubiera sido muy hermosa, y vucencia, señor, en viendo á una mujer hermosa, allá va eso.

Don Juan se estremeció ligeramente.

¿Aquel intempestivo recuerdo de una de sus víctimas le molestaba.

—Lo que pasó, pasó—dijo con la voz opaca—: á vivir, Gabilán.

—Cuando se llega á cierta edad, señor, vos lo sabéis, se siente el peso de la vida; y la mía...

—Como me hagais un puchero, Gabilán, te me voy encima.

—Pues me guardaré muy bien, señor, de ser alfarero; pero aquí tenemos el almuerzo: ¡uf, que manteles, santo Dios de los caminantes! ¿creéis, don bribón, que hemos venido aquí á emparentar por los labios con todo bicho viviente?

—Hace muy mal tiempo—dijo socarronamente el hostelero—, viene el río malo, y no se puede lavar.

—¡Mala peste!—dijo Gabilán—, cuando el río no se lleva á tu casa y á ti, y la manteca rancia, y la leche cortada, y los torreznos recalentados, y los huevos duros, y el queso roído: ¡vive Dios!

—No hay otra cosa.

Don Juan tomó un pedazo de pan y empezó á comerle.

Gabilán se agarró á otro pedazo de pan, pero de muy mal talante.

—Vea usted aquí por donde pago yo—dijo—, el que el gran bailío se haya hecho sombra; ya me cuesta el tal señor lo que va de un pedazo de mal pan, y no muy tierno, á un rico almuerzo.

—¡Gabilán!—dijo Tenorio—, acuérdate de que has sido soldado.

—Ya; si un recuerdo fuera un buen plato de ánades, me vendría pintado.

—¡Anades!—dijo escandalizado el hostelero— aquí están las ánades puestas á enfriar para el primero que llegue.

—Callad, vos—dijo Gabilán, echándose al coleto un vaso de vino agrio—; no parece sino que Dios os ha criado para ayudar á la despoblación del mundo con hambre, ¡hereje!

—Luterano—dijo el hostelero con orgullo.

—Ya lo decía yo—exclamó Gabilán—, donde está Lutero no puede haber cosa buena: pues cuenta no os envíe el emperador algunos inquisidores.

—Si Carlos de Gante quiere quedarse sin Flandes, no tiene más que enviar por aquí á la Inquisición—dijo el hostelero—: aquí no queremos Papa, ni la gloria comprada con bulas.

—¡Eh! ved cómo habláis del emperador y del Papa, villano!—dijo don Juan—¿Qué entendéis vos de eso, imbécil? Dad de mano á esos asuntos, y respondedme á lo que voy á preguntaros.—¿Cuánto hay de aquí al Castillo Negro?

En saliendo de la población, poco más allá, al revolver del camino, se ve á lo lejos el Castillo Negro sobre una pequeña altura.

—¿Cómo se llama esta aldea?

—Flitzburgo.

—¿Sabéis algo acerca del Castillo Negro?

—Dicen que le habitan, por mitad, la hija de Juan Stoplen, que era un endemoniado, y el diablo; y nada tiene de extraño que el diablo habite en el castillo, porque dicen que Filiberta Stoplen es su querida.

—¡Diablo!—exclamó don Juan—, el diablo debe tomar, para que Filiberta le quiera, la figura de un bello mancebo, porque Filiberta es una hermosa doncella que podría escoger á su gusto un buen mozo.

—Doncella ¿eh? el diablo sabe lo que es la señora Filiberta Stoplen: la verdad es, que cuando viene á misa á la iglesia, porque aquí hay misa é iglesia todavía, porque los burgomaestres no se atreven á enojar al señor de Flandes, emperador de Alemania; la tal Filiberta trae una cara de tan pocos amigos, que no hay quien se arrime á ella: ya veis lo que será Roma, cuando el diablo se atreva á entrar en sus iglesias.

—No volváis á hablar de lo que no entendéis; porque puede ser que yo os abra los cascos—dijo don Juan—¿Qué pasa en el Castillo Negro?

—Pasar, nada; que los que pasan junto á él hacen la cruz y aprietan el paso; y los que saben lo que el tal castillo es y se acercan á sus muros, los fosos se los tragan, y no vuelven á aparecer.

—¿Y no sabéis más?

—Nada más, sino que el único que entra y sale algunas noches es un hombre alto, flaco, pálido, viejo, de mala cara, el diablo, en fin, que va á enamorar á Filiberta; se está á su lado cuatro ó cinco horas, y se va, montado en un caballo negro, que corre como el viento y no toca con sus pies al suelo.

—¿Y nada más sabéis?

—Nada más.

—Pues vuestras noticias son tan malas como vuestro almuerzo: lo único que hemos sacado de aquí es ganar tiempo; me temo que los caballos lo hayan pasado tan mal como nosotros, mandad que los saquen á la calle, y tú, Gabilán, presta á este hombre.

Gabilán tuvo una pelotera con el hostelero flamenco, antipapista, que tuvo que cortar don Juan, y al fin amo y lacayo se vieron galopando sobre el camino.

A una revuelta de él vieron á dos tiros de arcabuz una gran torre, con torrecillas colgadas en los ángulos, junto á las almenas, bella, esbelta, atrevida, con hermosos ajimeces góticos en su parte media, única con otra torre menor por un lienzo de muralla que llegaba hasta la mitad de su altura, coronada por una galería.

Y todo esto, la gran torre, el muro y la torrecilla, levantado sobre una línea de murallas chatas, derruidas, aportilladas, sobre las cuales se levantaban, como un diente en las encías de una vieja, algunas torres mochas.

—He ahí uno de los buenos monumentos de Flandes—dijo don Juan—, lástima que esté derruida la mayor parte de su castillo; adelante Gabilán; tengo gana de verme bajo las venerables bóvedas de esas ruinas.

Y don Juan aguijó su caballo.

Algunos minutos después trepaban por un suave repecho cubierto de una hierba espesa y crecida que cruzaba hasta llegar á las primeras construcciones derruidas del castillo, una senda abierta por un paso continuo.

Desde allí se veían perfectamente los detalles del edificio.

La gran torre tenía almenas reales; es decir: acabada en punta, y sus alcuzaes ó torrecillas colgadas de los ángulos, un pequeño techo cónico de pizarra, lo que aumentaba la esbeltez de la torre: los matacanes estaban primorosamente esculptados: el único ajimez que desde allí se veía, abierto en el centro del muro, era de tres arcos rebajados dentro de una ojiva minuciosamente ornamentada con un bello rosetón sobre los tres arcos, y caprichosos calados en los huecos; los tres arcos sostenidos en delgadas columnas blancas, estaban cerrados por vidrieras esmaltadas, y al pie del ajimez formando un balcón volado, sobre caprichosas gárgolas, se veía una balaustrada de mármol de la más bella labor.

El pie del torreón se perdía entre las ruinas.

La galería que coronaba el muro apoyado en la izquierda de la torre, vista desde su parte del mediodía, estaba á la altura del pavimento de la cámara que debía suponerse correspondía al gran ajimez-balcón. Aquella galería era de co-

lumnas de mármol blanco, que sostenían bellos arcos rebajados, ornamentados de una manera bella y brava, con todos los caprichos de la arquitectura gótica.

La torrecilla en que se apoyaba por el otro extremo este muro y esta galería, era redonda, mocha, con dos ventanas rasgadas y estrechas, á la altura de la galería, y una negra chimenea sobre su plataforma.

Las murallas arruinadas y las torres que aun se mantenían en pie sirviéndolas de contrafuerte, eran robustas, verdaderas defensas exteriores.

Don Juan y Gabilán llegaron al fin de la cuesta y se vieron obligados á descender á un foso seco, y á entrar por un portillo de las viejas murallas, en una especie de plaza de armas irregular, cubierta de escombros, entre los cuales brotaban los jaramagos, las malvas locas, las ortigas y esa infinidad de hierbas que la humedad hace brotar entre las ruinas.

Por medio de esta plaza seguía un sendero que iba á parar á una pequeñísima puerta situada en el lado de la torre que formaba un ángulo recto con el lienzo de muralla de que hemos hablado.

Antes de llegar al medio de la plaza, por aquella puerta salió un escudero con librea amarilla, en el cual don Juan reconoció á uno de los dos que acompañaban á Filiberta por el camino.

El escudero era un hombre de fisonomía flemática; adelantó y dijo á don Juan.

—Me parece que sois demasiado audaz, caballero: ¿qué venís á buscar aquí? ¿no sabéis que del Castillo Negro se aparta todo el mundo porque en él habita el diablo.

—Si así fuera—dijo don Juan—, de seguro no habitariais vos en él, á no ser que sea muy manso el diablo de este castillo.

Y don Juan echó pie á tierra, soltando las riendas de su caballo á Gabilán.

—Vos os convenceréis—dijo el escudero—, si es bravo ó manso el diablo que aquí habita.

—Para conjurarle, amigo, me basta con la cruz de mi espada—contestó don Juan—; dejémos de simplezas: decid á la ilustre señora Filiberta Stoplen que el marqués de Marana desea hablarla.

—Os advierto caballero, que os pueden sobrevenir consecuencias funestas si los tres gigantes saben que ha penetrado en el castillo un extraño; por lo demás, mi señora me ha dicho:—Si viene un caballero muy pálido y de semblante sombrío, le recibes.

—Pues basta con eso, guíad.

—En buen hora: no podéis quejaros luego de que no os he advertido, señor marqués.

Y se entró por la puertecilla.

Inmedia
racol: su
que corre
lo alto d
recha la
frente una
tonada, a
y dorada
muy anti

Aquella
para de c
tono de ci
escudos e
un dragón
una band
latino: el
El escu
se encont
pavimento
antiguas
industria

Las pa
su color
obscuraci
de lis de
gún el g
en la par
tenía un
madera:
hemos de
la izquie
la puerta
muro, ca
una gótic
de colore
tecámara
del rosetó
cadena d
dorada ti

—Perdo
ro—, si
á mi señ
Y desa
Poco d
—Pasad
Don Ju

cuyo and
ajimez se
parte del
día al N

A la i
terciopelo
frente á

Antes
piz, se l
gestuosa,
do supon
á una m
dano de

Inmediatamente empezaba una escalera de caracol: subieron, dejaron atrás algunas puertas que correspondían á diferentes pisos, y ya en lo alto de la escalera, don Juan vió á la derecha la galería de que hemos hablado, y al frente una puerta bellísima, aunque pequeña, festonada, ajunquillada, moldeada, rica de adornos y dorada sobre el mármol, pero con un dorado muy antiguo.

Aquella puerta estaba cerrada por una mampara de cuero de Flandes, amarillo verdoso, del tono de ciertas manzanas, y cubierto de pequeños escudos estampados en oro, que representaban un dragón al lado, rampante, y cruzada sobre él una banda diagonal en que se leía este mote latino: «Plus et plus».

El escudero abrió la mampara, y don Juan se encontró en una preciosa antecámara cuyo pavimento estaba cubierto por una de aquellas antiguas alfombras flamencas que la moderna industria no ha podido aun imitar.

Las paredes estaban cubiertas de cuero de su color natural, es decir, de color de avellana, oscurecido por el tiempo, y salpicado de flores de lis doradas: escaños de roble tallados, según el gusto gótico, rodeaban la antecámara; en la parte alta un friso también de roble sostenía un artesonado gótico también de la misma madera: una puerta semejante á la primera que hemos descrito, se veía al fin de la pared de la izquierda, tocando al muro del frente de la puerta de entrada; y en el centro de este muro, casi tocando al friso, se veía una ventana gótica, ornamentada, dorada, y con vidriera de colores, por la cual penetraba en la antecámara una luz casi fantástica; por último, del rosetón del centro del techo, pendía de una cadena dorada una lámpara gótica de hierro, dorada también.

—Perdonadme, señor marqués—dijo el escudero—, si os suplico que esperéis; voy á avisar á mi señora.

Y desapareció por la segunda puerta.

Poco después volvió á aparecer.

—Pasad, señor marqués—dijo el escudero.

Don Juan pasó y se encontró en un espacio cuyo ancho no era más que el de un gran ajimez semejante al que hemos descrito en la parte del mediodía de la torre y que correspondía al Norte.

A la izquierda había un muro entapizado de terciopelo, siguiendo la línea de la puerta, y frente á ella otra puerta cubierta con un tapiz.

Antes de que don Juan llegase á aquel tapiz, se levantó éste, y apareció Filiberta magnífica, altiva, magnífica, como hubiera podido suponerse á una reina de la antigüedad ó á una matrona esposa de un inviolable ciudadano de Roma.

El escudero salió, y Filiberta y don Juan, que se despojó del sombrero, quedaron á frente.

—Sabía que habíais de venir, y os esperaba—dijo Filiberta—; pasad vos, quien quiera que seáis; Filiberta Stoplen, no cierra las puertas de su casa á nadie ni excusa retos de nadie.

—Entre nosotros, divina Filiberta—dijo inclínese don Juan, y pasando después á una cámara que parecía constituir la cuarta parte de la torre—, un reto no puede producir mas que venturosas consecuencias.

—Pasad aún—dijo Filiberta entrando por un pórtico abierto en el centro del muro de la izquierda en relación con la puerta de entrada.

Don Juan pasó.

XIII

Don Juan se encontró en una magnífica cámara; en una verdadera cámara de castillo feudal.

Las paredes estaban entapizadas de paños de Flandes, representando alegorías mitológicas.

El techo era una gran ensambladura sobre un friso ricamente labrado.

La alfombra, superior á todo lo que pudiéramos describir, porque la industria flamenca de aquellos tiempos producía unos tapices inimitables.

A la izquierda había una gran chimenea con dosel de piedra sostenida por dragones, reentrante en la pared hasta formar el hogar.

Una de esas magníficas chimeneas caladas, cinceladas, incrustadas, en que la piedra parece trabajada como cera.

A la derecha del hogar estaba el gran sillón de roble blasonado del jefe de la familia, y frente á él, á la izquierda, el escaño donde se sentaban la madre y la esposa, y en cuyo escabel se sentaban los hijos.

En el ángulo de la derecha, al frente de la puerta, había un gran lecho de roble con colgaduras de una gruesa tela de seda salpicada de dragones alados de oro; al ángulo opuesto, un rico aparador, de roble también, cargado de vajilla de plata; en el centro, una gran mesa, en la cual podían comer cómodamente veinte personas.

En el centro de la pared de la derecha, en relación con la puerta de entrada, un gran ajimez, balcón de tres arcos con vidrieras esmaltadas, otro ajimez enteramente semejante en la pared del frente, tocando á la pared de la izquierda, donde estaba la chimenea, y formando ángulo con ella.

Por último, una pequeña puerta entre la chi-

menea y este ajimez parecía dar paso á otra habitación reservada.

Un ajimez correspondía al Este, el otro al Mediodía, lo que determinaba una luz muy alegre en aquella gran cámara cuadrada, magnífica, alta de techo y ricamente ornamentada.

Una preciosa sillería de roble y una lámpara de hierro dorado de tres mecheros, pendiente del centro de la ensambladura, acababan de completar el mueblaje.

Don Juan no podía asombrarse por nada, y estaba además muy acostumbrado á ver cámara como aquella, sino más ricas, porque no podía pedirse más riqueza, ni más ornamentación, ni más carácter gótico feudal.

Pero cualquiera de nuestros tiempos que se encontrase de repente en una cámara como aquella, comprendería hasta dónde llegaba el lujo y el buen gusto de aquellos rudos señores de la edad media, á quienes hoy llamamos inconsideradamente bárbaros.

El hogar estaba limpio, sin señales de haber tenido fuego en mucho tiempo, á pesar de que se sentía un frío bastante intenso.

Filiberta, además, estaba poco abrigada, y dejaba ver bajo el descote cuadrado de su ancha túnica roja su garganta, y parte de sus hombros, y el nacimiento de su pecho, y sus brazos desde la mitad desnudos.

—Vos—dijo—, sois el primer hombre que entra aquí, exceptuando mis hermanos y mi capellán: sentaos, caballero.

Don Juan se sentó, trayendo antes, á más del suyo, un pesado sillón, que presentó á Filiberta.

Esta se sentó, quedando á una distancia ceremoniosa de don Juan.

En aquel sillón de roble de alto respaldo, cubierto de ricas entalladuras con ligeros filetes y matices de oro, Filiberta parecía una joven reina goda; una figura antigua, que por su traje y por el género de la cámara donde se encontraba, parecía protestar del Renacimiento.

Filiberta era tan alta como don Juan, moribunda, bravamente desarrollada, musculosa, pero con una gran blandura, con una gran belleza, con cabeza estatuaria de expresión fría, con grandes ojos azules oscuros, del color del cielo de la noche, de mirada severa, fija, altiva.

Sus cabellos eran de un rubio muy bajo, lacios, partidos por una raya, y cayendo en dos solas gruesas y largas trenzas por encima de su seno, hasta tocar la orla jaquelada de su túnica de seda roja y de anchas mangas perdidas.

Tenía en la cabeza una estrecha diadema de

oro, largos pendientes de oro y perlas, collar de perlas con una cruz de diamantes, brazaletes de oro macizo y cincelado; con perlas, y una gran sortija de oro con blasón; una especie de sello en el dedo pulgar de la mano izquierda.

Por bajo de la orla de su túnica, por descuido sin duda, asomaba un precioso y moribundo pie, calzado por un borcegui de seda blanca, bordado de plata.

Todo este lujo provenía de lo que había dejado Stoplen, padre, y de la buena pensión que daban á Filiberta los burgos, ó pequeñas poblaciones situadas alrededor y á poca distancia del magnífico Castillo Negro.

—Sabéis, señora—dijo don Juan—, que si yo estuviera vestido como vos, seríamos ó pareceríamos á lo menos, no dos personas del siglo XVI, sino dos magnates del siglo XIII.

—¡Ah! me habéis recordado una falta—dijo Filiberta—: en el siglo XIII nunca penetraba un huésped en un lugar como este sin que el castellano ó la castellana le presentasen rebusando de vino la gran copa de la familia: perdonad, caballero, voy á cubrir esta falta.

Y Filiberta se levantó, fué al aparador, tomó un gran jarro de plata, llenó de vino del Rhin, una ancha copa de oro cincelada, y sin bandeja ó fuente, aunque la tenía, se acercó á don Juan, que se había puesto de pie, y se la presentó diciéndole:

—Venido seáis en paz, caballero, á mi hogar, y en paz salgáis de él.

Don Juan tomó la copa, bebió la mitad de su contenido y presentó la otra mitad á Filiberta diciéndola:

—Salud á la hermosa y noble castellana de este alcázar.

Filiberta apuró el resto del vino, y presentó su mejilla á don Juan.

Don Juan la besó ceremoniosamente, tocándola apenas con sus labios.

Aquello no pasaba de ser una fórmula antigua: aquello era un saludo; dar paz en el rostro.

No haber bebido, haber negado el ósculo de paz, hubiera sido, con arreglo á las antiguas fórmulas, haberse declarado enemigo de Filiberta y de su familia, de poder á poder.

Don Juan no tenía por qué ser enemigo de Filiberta.

Esta dejó ceremoniosamente la copa sobre el aparador, en el centro de él, sobre su salvilla de oro, y volvió y se sentó de nuevo en el sillón.

Sólo entonces se sentó don Juan.

—Os esperaba, caballero—dijo Filiberta—, aunque no sabía cuando habíais de venir, si pronto ó tarde: yo estaba segura de que volveríamos á vernos; no por las palabras que me

diaron
en el c
—¿Y
volvería
buscari
—No
—Pe
ver á
—No
ta—; p
Don
sellado

—¿
papel,
—A
y mi
Fili

«El
vicio,
maest
lien
á nu
de M
se, d
guar
mara

dieron entre nosotros cuando nos encontramos en el camino.

—¿Y qué, entonces, os movía á creer que volveríamos á vernos, ó más bien que yo os buscara?—dijo don Juan.

—No lo sé—contestó Filiberta.

—Podrías haber creído que yo procuraría volver á contemplar vuestra gran hermosura.

—No es eso—respondió seria y fría Filiberta—; pero permitidme: ¿cómo os llamáis?

Don Juan sacó de entre su ropilla un papel sellado y le entregó á Filiberta.

eminencias, fueros, privilegios y exenciones que le corresponden y deben ser guardados. De nuestro alcázar de Sevilla, á quince de Septiembre de mil quinientos treinta y tres.—Yo el rey.»

Filiberta entregó el papel á don Juan, y se inclinó.

—Ya sabéis quien soy, señora—dijo don Juan.

—Sí; podemos hablar de igual á igual: ¿por qué habéis venido á mi casa.

—Me importa mucho encontrar á un hombre



¡Y yo que te amo como si fueras mi hija! (pág. 27).

—¿Qué es esto?—dijo la joven tomando el papel, antes de leerlo.

—Ahí constan—dijo don Juan—; mi nombre y mis títulos.

Filiberta leyó lo siguiente:

«EL REY. Por cuanto conviene á nuestro servicio, mandamos á los gobernadores y burgo-maestres de nuestros Estados de Flandes, auxilien y amparen, en lo que hubiere menester, á nuestro vasallo don Juan Tenorio, marqués de Marana, grande de España de primera clase, del Toisón de Oro, capitán general de nuestra guardia española, y gentilhombre de nuestra cámara, y mandamos se le guarden todas las pre-

quisas que se me ha perdido, y me han dicho que podría encontrarle aquí.

—¿Quién es ese hombre, caballero?

—Ese hombre, señora, es el muy ilustre Esteban Kresberg, gran bailío de la ciudad de Gante.

—¿Os importa mucho encontrar á Esteban Kresberg?

—¡Oh! me va en ello más de lo que pensáis, señora.

—Pues bien, señor marqués de Marana: el gran bailío no está en mi casa; debéis ir á buscarle hacia Ostende, desde donde probablemente pasará á Alemania; pero como el gran bailío lleva un nombre supuesto y va disfrazado,

zado, os costará mucho trabajo encontrarle, si no es que se os hace imposible.

—¿Me será permitido preguntaros, señora, cómo tenéis vos esas noticias?

—¡Oh! sí: Esteban Kresberg era amigo íntimo de nuestro padre; y digo de nuestro padre, porque me refiero también á mis tres hermanos: el gran baillío venía con suma frecuencia á verme, y algunas noches se quedaba en el castillo; por eso sin duda os encaminaba aquí: ayer me envié uno de sus servidores el gran baillío suplicándome que procurase estar al principio de la noche cerca de su casa; fui, y el mismo Esteban Kresberg me introdujo en su casa por un postigo, y me llevó á una habitación en donde había una joven, que me dijo ser nieta suya.

—Vamos á partir—me dijo—, y de una manera secreta; deseo que Rosaura salga delante de mí, y llegue por el camino de Ostende hasta la Cruz de los Aparecidos, donde encontrará personas que se encargarán de ella, y la llevarán después al puerto de Ostende: yo iré detrás; y he pensado en vos, Filiberta, para que acompañéis á mi nieta, con vuestros criados, hasta la Cruz de los Aparecidos. En el postigo encontraréis una silla de manos, donde será conducida Rosaura, puesto que á vos, como más os gusta caminar es á caballo. ¿Puedo contar con que os prestéis á hacernos este favor á mi nieta y á mí?

No tenía por qué negarme, y no me negué.

El gran baillío nos llevó á Rosaura y á mí, sin ser vistas de nadie, al postigo, donde esperaba una silla de manos; entré en la silla Rosaura, monté yo á caballo, cerré el postigo el gran baillío, quedándose dentro, y Rosaura, yo y mis escuderos nos pusimos en marcha; atravesamos la ciudad, salimos de ella, y seguimos caminando hasta las dos de la mañana, que llegamos al caserío que hay en la Cruz de los Aparecidos.

Allí esperaba una carroza á Rosaura, una mujer ya de edad, y algunos servidores. Entró en la carroza que inmediatamente marchó; yo descansé dos horas en el caserío, y después me puse de nuevo en camino.

Cuando me encontrasteis esta mañana, señor marqués, volvía yo de mi expedición.

—Decidme, señora, ¿se encuentran fácilmente caballos en el camino de Gante á Ostende?

—Creo que sí.

—Pues, perdonadme, Filiberta, si no me detengo más; voy tras el gran baillío; pero os prometo que nos volveremos á ver.

—Os recibiré siempre que vengáis, como os he recibido hoy, marqués.

—Seré yo muy dichoso, si un día me recibís con placer.

Filiberta no contestó, y permaneció seria y fría.

—Adiós, pues, señora—dijo don Juan—, y hasta la vista.

—Hasta la vista, marqués, y que llevéis buen viaje.

Don Juan salió, atravesó las habitaciones anteriores á la cámara de Filiberta, llegó á las escaleras, bajó por ellas y dijo á Gabilán:

—A caballo, Antón, y prepárate, porque ahora empezamos á correr, y no vamos á parar hasta Ostende.

—¡Todo sea por Dios!—dijo montando Gabilán, después de haber tenido el estribo á su amo.

Y puso el «Diamante» al galope en seguimiento de «Voladora».

XIV

De un tirón, y á riesgo de reventar los caballos, don Juan se plantó en Gante, invirtiendo en las tres leguas, desde el castillo negro á la ciudad, poco más de una hora.

Se detuvo un momento en su casa, mientras Gabilán ensillaba otros dos caballos, vió á Estrella, se despidió de ella por un tiempo indeterminado, tomó más dinero y algunas alhajas de gran valor, para evitar peso, y partió.

Atravesó la ciudad, y de otro tirón se puso en el caserío de la Cruz de los Aparecidos.

Allí preguntó si á las dos de la madrugada anterior había partido una carroza con una dama, y le respondieron que sí.

Preguntó si había pasado después algún viajero, y le contestaron que antes del amanecer había pasado un hombre vestido de negro y con antifaz, que había parado un momento en la posada, había cambiado de caballo, y había seguido á escape.

Don Juan no tuvo duda de que aquel hombre encubierto era el gran baillío.

Compró dos malos caballos, previniendo entregasen los que allí dejaba, á sus criados que vendrían por ellos, sirviéndoles de seña para que se los entregasen el que dijese que eran criados del marqués de Marana, y siguió á escape hasta una aldea, á la que llegó de noche, con los dos caballos reventados.

Tomó un poco de pan y un vaso de vino; preguntó si habían visto pasar una carroza y un jinete detrás de ella, y le dijeron que la carroza había pasado á las siete de la mañana, yendo acompañada ya por un caballero enmascarado.

Don Juan compró por el dinero que le pidieron los dos mejores caballos que había en la aldea, y tomó á rienda suelta hacia Burgo Formo, adonde llegó al toque de cubre fuego.

Preguntó. A las once del día, le dijeron, llegó en una carroza una dama enferma, que media hora después, dió á luz una criatura. A pesar de su estado, tres horas después se puso en marcha.



Don Juan Tenorio se estremeció. No había creído nunca fuese tan terrible el gran bailío.

—Es decir—preguntó al hostelero—que partió las dos de la tarde.

—Sí señor—contestó el hostelero.

—De las dos á las nueve, siete; una carroza amina despacio, y apretando bien las espaldas podré alcanzarlos dentro de cuatro horas.

—¡Ah, no, no señor—dijo el hostelero—, el señor que acompañaba á la dama ha hecho enganchar á la carroza ocho caballos, que la llevaban por el aire, y más, que la carroza no iba cargada.

—Pues pronto, pidan lo que quieran, buscadme dos buenos caballos.

Don Juan hubo de esperar media hora.

Al fin, poco antes de las diez, se puso de nuevo en camino.

Gabilán juraba y perjuraba.

Casi no podía tenerse ya á caballo.

Su amo le había metido quince leguas en el cuerpo, sin consideración alguna, y parecía no estar dispuesto á aflojar, hasta que llegase á la orilla del agua.

Al fin, al amanecer, habiendo pasado por algunas poblaciones, habiendo cambiado en ellas de caballos, llegaron al mismo puerto de Ostende.

Allí preguntó don Juan si se había embarcado una dama con una criatura pequeña, acompañada de un caballero y de algunos criados.

La autoridad del puerto le contestó que sí, y le dijo señalándole una vela que se veía en el horizonte:

—Allí, en aquella urca, van una dama y un caballero embarcados, con una criatura pequeña, y algunos criados.

—¿Y por qué se ha abierto el puerto para que salga una nave durante la noche—dijo severamente don Juan, que estaba desesperado.

—Ignoro—contestó con altivez el jefe del puerto—con qué derecho se me reconviene.

Don Juan sacó la cédula del emperador, que llevaba consigo, y la presentó al capitán.

—Perdonad—dijo éste—, yo no os conocía, y por lo tanto me negaba á responderos; se ha permitido embarcarse durante la noche á esa familia, porque se me ha presentado una orden del gran bailío de Gante.

—Pues bien; en vista de esta cédula del emperador—dijo don Juan—procuradme un barco muy velero para perseguir aquella urca.

—Por más que yo haga, señor marqués de Marana—contestó el jefe del puerto—, no podréis disponer de una nave, hasta dentro de tres horas.

Don Juan hubo de resignarse, y cuatro horas después se embarcó.

El pobre Gabilán, que estaba medio muerto, tuvo que sufrir además, las consecuencias del mareo.

Don Juan parecía sostenido por un poder sobrenatural.

Estaba irritado; le habían dado un bergantín viejo, de marcha pesada, con un patrón fleumático, del cual no podía sacarse partido alguno.

Tenorio hubo de resignarse, y dos días después llegó á Francia, perdida completamente la pista.

Descansó algunos días, y luego se puso en marcha para Alemania.

Buseó, revolvió, preguntó en todas partes, y no logró más que una noticia que venía á ser una historia.

Se encontraba en Colonia, en el principal departamento de una gran posada que se llamaba Hostería del Águila Imperial.

Había preguntado á las principales personas de la población por el gran bailío de Gante Esteban Kresberg.

Todos le conocían, porque en los tiempos de la juventud del emperador, Esteban Kresberg había estado muchas veces con don Carlos en Colonia, siendo privado suyo; pero ninguno había visto desde hacía muchos años al gran bailío de Gante.

Don Juan estaba desesperado; habían pasado ya seis meses desde que salió de Gante en busca del gran bailío, y con suma frecuencia recibía cartas desesperadas de Estrella; de Estrella, que no podía vivir sin él, de la misma manera que él no podía vivir sin Estrella.

El recuerdo de ésta, la situación de amor delirante y exclusivo en que don Juan se encontraba colocado, le habían puesto á salvo de toda aventura amorosa, de toda riña, de todo tropiezo.

Gabilán no conocía á su amo. Se acostaba temprano, se levantaba temprano, comía á sus horas, salía poco de casa, iba á la iglesia como todo buen cristiano; había echado buen carácter, y estaba siempre pensativo y concentrado; es decir, don Juan parecía convertido.

Consistía esto en que don Juan tenía lleno el pensamiento y el corazón, del recuerdo y del amor de Estrella.

Gabilán, á quien no se había trocado ni se ponía en ningún compromiso, y se daba buena vida, empezaba á engordar de nuevo.

A principios del mes de Julio, una noche, después de estar ya recogido don Juan y recogido Gabilán, llamaron discretamente á la puerta del aposento, y tuvieron que llamar con más

fuerza para ser oídos; porque Gabilán, bien comido y bien bebido, dormía como una piedra en el fondo de un pozo, y don Juan soñaba con Estrella.

Don Juan fué el primero que despertó.

—Gabilán—dijo en voz alta para que le escuchase su lacayo, que dormía en un cuarto inmediato—; Gabilán.

Gabilán contestó soñoliento.

—Levántate y abre—dijo don Juan—, á ver qué quieren, no sea que vengan á avisarnos que se está quemando la hostería.

Gabilán se levantó de muy mal humor, y fué á abrir la puerta.

Se encontró con el hostelero en persona, que era un robusto, rubicundo y característico hijo de la Germania, que dijo á Gabilán, inclinándose como se hubiera inclinado ante don Juan, porque al fin Antón era quien corría con los gastos y las cuentas de su amo, y desde este punto de vista era una principalísima persona á los ojos del hostelero.

—Perdonad—dijo á Gabilán—, pero no puedo pasar por otro punto: una mujer muy tapada quiere ver al señor marqués de Marana; dice que en ello va la honra y la vida de una dama; me ha dado, al verme reacio, una bolsa, y como yo no me decidiese por esto, me ha amenazado con que se me daría de palos en el momento en que saliese á la calle: ya veis, señor Antón, que entre una bolsa y una galiza, se elige la bolsa y se sirve á la persona que la da.

—Esperad, esperad, amigo mío, que me ponga las calzas, los gregüescos y la ropilla—dijo Gabilán—; porque yo, antes de incomodar á mi amo, necesito averiguar si hay motivo para que se le incomode.

—Pues bien—dijo el hostelero—; cuando os hayáis vestido, bajad á buscarme, señor Antón, y os haré conocer á la hembra brava que viene en busca del marqués.

Y el hostelero se retiró.

Antón entró y contó á su amo, mientras se vestía, lo que el hostelero le había dicho.

—Y bien—dijo don Juan—; nos fastidiamos, nos enmohecemos; me alegraré mucho de que se venga á las manos alguna hacienda de honra: vistete pronto, Gabilán, y ve á ver quién me busca y para qué me quiere.

Gabilán estuvo diez minutos después en una habitación de la parte baja de la hostería, adonde le llevó el hostelero, y delante de una mujer de buen empaque, que estaba completamente cubierta por un manto.

Por la calidad de aquel manto, que no era muy fino, Gabilán comprendió que no era dama, sino, cuando más, doncella de dama.

—Y bien, princesa—la dijo Gabilán—; antes de todo, empieza por descubrirte si quieres que

yo escuche tu recado; porque yo no entiendo bien á una persona, si cuando me habla no me enseña la cara.

—Para que yo te enseñe la cara, tunante—le dijo de una manera resuelta la doméstica—, es necesario que no esté delante ese atún de hostelero; porque si me viera me conocería, y sería lo mismo que echar á la calle un grave secreto.

—Ya oís, maese—dijo Antón Gabilán—, estás estorbando; tened, pues, la amabilidad de quitarlos de en medio.

El hostelero se retiró lleno de curiosidad, y contrariado porque no podía satisfacerla.

—Cierra la puerta tú, lacayote—dijo la encubierta.

Antón fué á la puerta, la cerró y corrió su cerrojo.

Entonces la mujer se volvió hacia un rincón y dijo:

—Ven acá, insigne criado del famoso don Juan Tenorio, vas á ver á una buena moza.

—Pues no es que digamos mal mozo tampoco el que va á verte, tunanta.

—Estás ya algo amojamado, hijo mío, y algo más gordo y respetable de lo que conviene.

—¡Diablo!—dijo Gabilán, mirando á la mujer que se había descubierto—¡vaya una hembra! tú no eres de esta tierra, muchacha.

—¿Por qué razón no soy yo de esta tierra?—dijo ella.

—En primer lugar, porque hablas muy mal el tudesco.

—Pues no le hablas tú muy bien, que digamos—contestó la joven, que muy joven era aquella mujer.

—Como que soy español, como tú—dijo habiéndola en español Gabilán.

—Cierto que sí—contestó ella, también en español—: andaluza y de Chiclana, para servir á Dios.

—Y yo de tierra de Cádiz—dijo Gabilán.

—¿Y tu amo?

—Alpujarreño neto, y morisco por más señas, cruzado con antigua raza castellana; pero ¿sabes que se me antoja una cosa, chiquilla?

—¿Qué, rey mío?

—Que tu ama se llama Magdalena.

—¡Bah! no señor, no es ese su nombre.

—Pues entonces se llama Leonor.

—Tampoco, prenda: no se llama Leonor mi ama.

—¿Pues cómo se llama, en fin?

—Ludgarda Van-Deosten.

—¿Cómo! ¿será por acaso la hija del burgrave Leonardo Van-Deosten?

—Justamente.

—Ludgarda tiene fama de ser la mujer más hermosa de Alemania.

—Mucho que sí, y con razón.

—Pero, ¿cómo te llamas tú, que me gusta

saber co

mo con

—Mar

Maldona

la jover

—Pue

y no a

la tarde

—Con

tados; :

—Y

los ama

—Con

hiera te

—Bue

ya me

amantes

á mi ar

—Yo

á nadie

semlan

me ha

tana de

haberm

jese á

—Fue

do ha

volumen

—Val

ta en

—Per

pre allí

—No,

rir, y

conde.

—Van

brada :

liéndose

—El

para ha

la boca

no ha

siquiera

—Y

el men

amo, y

—Es

algo e

—Pu

ha dic

—Mi

carta,

la Imp

rana:

descubi

Antón

—Pu

dejado

—Es

descolg

—¿Y

ntiendo
bla no

rante—
stica—
tún de
oceria,
in gra-

—, es-
lad de
dad, y
t. encu-

corrió
rincón

o don
zoza.
unpoco

y algo
viene.
a mu-
cha.
rra?—

y mal
e diga-
aque-

jo ha-
en es-
servir á

Ga-

señas,
o ¿sa-
a?

re.

Leonor

l bur-

r más

gusta

haber cómo se llaman las personas cuando ha-
blo con ellas?

—Maria de los Dolores Vargas Machuca de
Maldonado y Estremera — contestó con énfasis
la joven.

—Pues anda, anda echando apellidos, hija,
y no acabes hasta el día del juicio final por
la tarde.

—Como que soy noble por todos ocho cos-
tados; y si no lo fuera, no sería yo doncella
de la hija del burgrave Van-Deosten.

—Y dime tú, muchacha, ¿has tenido tú tan-
tos amantes como apellidos?

—Como si te importara algo el que yo hu-
biera tenido amantes ó no.

—Bueno, dejemos eso para más tarde, que
ya me enteraré yo de si has tenido muchos
amantes ó pocos: ¿á qué vienes tú á buscar
á mi amo? ¿se ha enamorado tu señora de él?

—Yo no lo sé, porque mi señora no dice
á nadie lo que siente, ni se la conoce por el
semblante: no sé más sino que ella misma
me ha descolgado con una cuerda por una ven-
tana de su habitación al parque, después de
haberme dado una carta para que se la tra-
jese á don Juan.

—Pues chica, ya tendrá fuerzas tu ama cuan-
do ha podido descolgar por una ventana á un
volumen como tú.

—Valiéndose de una garrucha de hierro pues-
ta en lo alto de la ventana.

—Pero aquella garrucha no estará siem-
pre allí.

—No, señor mío; se pone cuando va á ser-
vir, y se quita cuando ha servido, y se es-
conde.

—Vamos, entonces tu señora está acostum-
brada á meter y sacar gente de su cuarto va-
liéndose de la garrucha.

—¡Eh! ¿qué dices, bribón?—exclamó Dolores—
para hablar de mi ama es necesario lavarse antes
la boca con agua de rosas y jazmines: mi ama
no ha tenido jamás amores, y nadie puede ni
siquiera sospechar lo más pequeño de ella.

—Y entonces, ¿por qué razón se me ha dado
el mensaje de que una dama necesita de mi
amo, yéndole en ello la vida y la honra.

—Eso se ha dicho para que se apreciara en
algo el recado y se escuchase.

—Pues veamos ahora lo que en verdad te
ha dicho tu ama.

—Mi ama me ha dicho:—Dolores, toma esta
carta, llévala á Colonia, á la hostería del Agui-
lla Imperial, y entrégala al marqués de Ma-
rana: encúbrete bien, que no te vean, y no te
descubras á nadie sino á él, ó á su criado
Antón Gabilán.

—Pues, hija mía, tu ama no peca por haber
dejado de informarse de nosotros.

—Eso fué lo único que me dijo; después me
descolgó por la ventana.

—¿Y de dónde vienes?

—De la granja y castillo á un tiempo del
burggrave Van-Deosten.

—¿Y cuánto está ese castillo-granja de Co-
lonia?

—Media legua.

—¿Y has venido sola?

—Sí: por toda Alemania puede ir una mujer
sola y de noche sin temor á nada.

—Sin embargo, hay en Alemania bandidos te-
rribles.

—Pero no cerca de Colonia.

—Voy desconfiando de ti, hermana Dolores.

—Mejor si desconfías; porque dicen que tu
amo no ha evitado jamás un peligro.

—Sí, pero los evito yo; y si se me pone
decirle que eres una perdida, y que no me-
rece la pena el asunto que traes, de que deje
el lecho, el marqués no se levantará.

—Iré yo misma á golpear su puerta, á armar
escándalo, hasta que me escuche.

—Vamos, que te creo muy capaz de ello:
dame esa carta que no quiero tardar más en
decir á mi amo lo que sucede.

Dolores dió la carta á Gabilán, y volvió á
encubrirse completamente con el manto, por que
Gabilán se dirigía á la puerta para abrirla.
La abrió, y salió murmurando:

—¡Vaya si es bonita y lista, y comestible
mi paisana! ¿cómo diablos habrá venido á Ale-
mania? y á pesar de lo que charla, parece
honrada y buena. ¡Ea! fuera malas tentacio-
nes: firme en los estribos, señor Antón Gabilán,
no vayas á cometer la imprudencia de enamorarte
otra vez y de casarte, porque ya sabes que has
nacido con muy mala suerte para el matrimo-
nio: ¡pero si tiene los ojos más retrecheros
del mundo, y una boca que le vuelve á uno
loco...

Y diciendo esto se entró en el cuarto de
su señor.

—¿Has estado haciendo algún proceso, Ga-
bilán?—le dijo su amo.

—¡Ah! ¡señor, señor! la aventura casi me
ha cogido á mí ya de medio á medio; como
que estoy casi aturdido. ¡Qué doncella, señor!

—¿Doncella, Gabilán?

—De servicio, por lo menos: una perla de
allá, de la tierra de María Santísima, de junto
al Charco; señor, chiclanera.

—¿Estará aquí Magdalena?—dijo incorporán-
dose vivamente don Juan.

—Eso me creí yo también, señor—contestó
Antón—; pero no es así; es la hija del bur-
grave.

—En Colonia hay muchos burgraves, Antón.

—Pero ya sabéis, señor, que cuando en Colo-
nia se dice el burgrave, es lo mismo que si
se dijera el Aburgave Van-Deosten.

—¡Cómo! ¿Ludgarda la sin par, como la lla-
man en Colonia?—exclamó don Juan.

—La sin par Ludgarda es, señor, la que os envía esta carta con su doncella Dolores.

—Dame, dame esa carta—dijo don Juan—, y enciende una bujía y arrímalas.

Antón dió la carta á don Juan y encendió la bujía.

—Cabalmente—dijo don Juan—, no he querido conocer á esa famosa hermosura por temor de empeñarme en vencer la fría esquivéz que le atribuyen para todo el mundo; estoy ya cansado, hastiado; para mí no hay en el mundo más mujer que la mía.

—Pues ved ahí, señor, cómo no pueden evitarse las cosas cuando Dios no quiere que se eviten: vos habéis huido de ella, y ella os busca.

—El destino, Gabilán, el destino: pero acerca la luz, que yo pueda leer esta carta.

Don Juan rompió un sello, que consistía en una L rodeada por una guirnalda de flores, y desdobló la carta siguiente:

«Marqués de Marana: Se dice de vos que el peligro os atrae; que por nada del mundo dejáis de ir adonde lo terrible os llama: muy pronto sabré si esto es cierto ó no. Si os negáis á seguir á mi doncella, la fama que tenéis de indomable, de terrible, de bravo, de despreciador de peligros, será mentira.—Ludgarda Van-Deosten.»

—¡Vive Dios!—dijo don Juan—; una carta como esta, firmada por una persona tal como la que la firma, es un reto y un empeño; vísteme, Gabilán, y manda que ensillen los caballos, si hubiere necesidad de ellos.

—Ya lo creo, señor; el lugar donde os espera la sin par Ludgarda está á media legua de Colonia, y no es cosa de que, además de atravesar la ciudad, os andéis á pie media legua.

—Mira, Gabilán, acá entre nosotros, la tengo miedo á esa aventura: creo que tarde ó temprano ha de sobrevenirme por ella una desgracia; pero no importa: yo no he nacido para volverme atrás. Vísteme, vísteme pronto.

Media hora adelante, don Juan y Gabilán, llevando este último á la grupa á Dolores, galopaban fuera de Colonia, en dirección al castillo del burgrave Van-Deosten.

XV

La noche era muy oscura, y por el camino no pasaba nadie.

Don Juan iba delante, distraído, y detrás Ga-

bilán, mucho más distraído que su amo, con la conversación que llevaba con Dolores.

De repente, al llegar á la cruz donde se partían dos caminos, adelantó hacia don Juan un jinete.

—¿Quién sois, y á dónde vais?—dijo aquel hombre cortando el camino á don Juan.

—¡Ah!—exclamó Dolores—, las gentes de Vanloo.

Y se notaba el terror en el acento de la joven.

Don Juan no había detenido su caballo, por el contrario, le había echado encima del que le había salido al camino para estorbarle el paso.

—¿No oís que os detengáis, y digáis quién sois, ó morís?—dijo aquel hombre con voz terrible.

—Eso para después—dijo don Juan.

Y llegando de una arremetida junto al jinete le dió una estocada.

Pero tal fué aquella estocada, que la espada de don Juan se hizo pedazos contra la coraza que tenía puesto el jinete.

Al mismo tiempo, de detrás de la cruz y de entre unos árboles que la rodeaban, salieron algunos otros jinetes que separaron á don Juan, de Gabilán.

—¡Ríndete!—dijo á don Juan el jinete contra cuya coraza había roto la espada quedándose desarmado.

—Don Juan Tenorio no se rinde á nadie—dijo.

—¡Ah! ¿vos sois don Juan Tenorio?—dijo el hombre que hasta entonces había hablado—; pues bien, señor don Juan Tenorio, si no os rendís á Jorge Vanloo, rendíos á la hija del burgrave Van-Deosten.

—¡Ah!—dijo don Juan—, ¿y por qué me envía bandidos, para que me salgan al encuentro, la misma que me llama?

—Prescindiendo de lo de bandidos, ¿o que nosotros no somos más que aventureros—respondió el mismo que ya había hablado antes—, nada tengo que deciros, señor marqués de Marana, si no que perdonéis si, no habiéndoos conocido, os he salido al encuentro: siento que hayáis roto vuestra espada contra mi buena amiga de Milán; pero eso no le hace; tomad la espada, del capitán Vanloo, que es seguro, no se romperá tan fácilmente como se ha roto la vuestra, y seguid vuestro camino.

—Es decir—dijo don Juan—, que esperáis á otro.

—Puede ser, señor marqués de Marana.

—¿Y quién es ese otro?

—Alguna persona, con la cual según habréis podido comprender, no se lleva muy bien la sin par Ludgarda: pero tomad mi espada, señor marqués, é id adonde os están aguardando con impaciencia.

—Y ¿no teméis que al apoderarme yo de

esa espada vuelva á empezar el combate procurando no encontrar con vuestra coraza.

—Haríais mal; porque al fin y al cabo, se os ha confesado la equivocación; no os habéis rendido, ni se duda de que sois valiente, cuanto puede serlo un hombre.

—Quiero saber antes á quién esperáis.

—Ludgarda Van-Deosten os lo dirá.

—Pues entonces, adiós—dijo don Juan tomando la espada que le daba el bandido—; ¡pero vive Dios! ¿Qué hacéis?—añadió, viendo que éste ponía su caballo al par del suyo.

—Voy á servirlos de guía—dijo aquel hombre.

—Pues qué, ¿Ludgarda no me espera en el castillo de su padre?

—Es posible que no, sino más allá; en las ruinas de la vieja abadía de los Monjes Blancos; y como para llegar á esa abadía es menester pasar por la selva, y la noche es oscura y pudierais extraviaros, yo os voy á acompañar y á servirlos de guía.

—¿Y mi lacayo?

—Detrás nos sigue con la doncella de Ludgarda.

—Puesto que es necesario asistir á la cita de esa señora, y vos os prestáis como guía, vamos pues.

Y don Juan siguió marchando al lado de aquel hombre.

Detrás venía Gabilán con Dolores.

Luego se oían las pisadas de cuatro caballos.

—¿Cómo os llamáis?—dijo don Juan al hombre que le acompañaba.

—Jorge Vanloo—contestó éste.

—¿Y es cierto todo lo que se dice de vos?

—No, señor marqués, no: se dice, por ejemplo, que soy invisible, y ya veis que no lo soy; que soy brutal, y ya podéis comprender que no hay tal cosa: que soy sanguinario y asesino, y estoy seguro de que vos no lo creéis; todo consiste en que no me conocen bien, porque yo no me dejo conocer si no de muy pocas personas; tengo un castillo roquero, al que nadie se atreve á arrimarse, donde mantengo unos cincuenta magníficos caballos y armados desde el crestón hasta el acicate; como no siempre los reyes que andan á testarazos quieren pagar un buen sueldo, es necesario que yo me sirva de ellos para mi solo, y que saque su sueldo de alguna parte: envío, pues, un mensaje á cualquiera de los ricos señores que viven en el campo, suplicándoles envíen algunos miles de florines prestados, por supuesto: los que se niegan, como me hacen un desaire, excitan mi cólera, y suele suceder que les queme las mieses ó los degüelle los ganados, por temor á lo que, son pocos los que dejan de darme un préstamo cuando se lo pido: como yo no voy nunca á estas casas, como no me conocen

más que por los hechos, he aquí por qué me llaman el invisible.

—Pero no debéis serlo para Ludgarda Van-Deosten—dijo don Juan.

—Lo soy aún; Ludgarda sabe que con dejar en la selva vecina, en cualquier parte, una carta que tenga escrito sobre su sobre: «Al capitán Jorge Vanloo», esta carta va á dar inmediatamente en mis manos: pues bien, la hija del burgrave dejó hace tres días, ó hizo dejar, en la entrada de la selva una carta con sobre á mi, en que se me ofrecía una gran cantidad si esta noche iba por el lado del parque del castillo de Van-Deosten á encontrar á una dama encubierta, á quien debiera conducir á las ruinas de la abadía de los Monjes Blancos.

Cita de dama, que parecía ser la famosa Ludgarda de Van-Deosten, y bien pagada, claro está que yo no podía faltar á ella.

Acudí, esperé, sobrevino por la parte del parque una dama, completamente vestida de negro y encubierta, á la grupa del caballo de un hombre que parecía criado, y que me dijo:

—¿Sois el capitán aventurero Jorge Vanloo?

—Sí—la contesté—. ¿Y vos sois, á lo que presumo, la renombrada hija del burgrave Van-Deosten?

—Sí—me contestó—; no os lo quiero encubrir; soy Ludgarda Van-Deosten.

—¿Y no teméis que vuestra hermosura sea para mi una gran tentación, señora?—la dije.

—No, porque tenéis fama de cumplir invariablemente vuestros pactos, y vos habéis pactado conmigo; falta sólo que señaléis la cantidad.

—¿Qué servicio queréis de mi?

—Os tomo á sueldo, bajo mis órdenes, con vuestros cincuenta hombres de armas.

—Eso, señora, os costará diez florines de oro, cada día, no pudiendo servirlos yo por menos de tres meses.

—Pues previendo eso, traigo sobre este caballo mil florines de oro, que os entregaré en la abadía de los Monjes Blancos, adonde vais á conducirme, si es que definitivamente os ponéis á mi servicio.

—Desde ahora—la respondí—, hasta dentro de noventa días á esta misma hora, estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien—me dijo—, guiadme á la abadía de los Monjes Blancos.

—¿Sabéis, señora—la dije—, que en las ruinas de la abadía habita el diablo?

—No me importa—me contestó—; seguid, y seguid de prisa; la abadía no está lejos, y necesito que apenas hayamos llegado os volváis con parte de vuestra gente y os apostéis entre los árboles de la Cruz de los dos caminos, según se viene de Colonia al castillo de Van-Deosten.

—¿Y qué he de hacer?

—Detener á quien pase: si es el barón Pierres de Beaufort, le prendéis, y si no se

dar preso, le matéis; si es don Juan Tenorio, marqués de Marana, como vendrá á buscarme, le guiáis para que me encuentre: si el detenido no es ni una ni otra persona de las que os he dicho, le dejáis pasar.

Como el primero á quien encontramos ha sido á vos, señor marqués de Marana, he aquí que, cumpliendo las órdenes de mi señora por tres meses, os guío á donde está.

—¿Y si entre tanto sobreviene el barón Pierres de Beaufort?—dijo don Juan.

—Los buenos chicos que han quedado allí le prenderán, ó le matarán—dijo Vanloo.

—¿Y por qué tiene esa ojeriza la hermosa Ludgarda á ese Pierres de Beaufort?

—Yo no sé; porque nunca pregunto á los que me contratan, ni he tenido tiempo para preguntar; pero se decía por la comarca que se preparaban unas grandes bodas, las de la hija del burgrave Van-Deosten y del barón francés Pierres de Beaufort, señor de Beaufort: como no sea este el motivo del odio de la hermosa Ludgarda al barón, no sé cuál otro pueda ser.

—¡Vive Dios!—dijo don Juan—. ¿Qué luces son aquellas que relumbran á la izquierda?

—Las de la boda.

—¿Cómo las de la boda?

—Sí; aquel es el castillo de Van-Deosten.

—¿Y ha esperado á la misma noche de sus bodas la sin par Ludgarda á tomar una determinación decisiva?

—Así parece.

—¿Y el novio no viene al castillo de su prometida más que á la hora precisa?

—Todo es misterio en el castillo de Van-Deosten: dicen que el burgrave es un hombre muy raro, y algunos añaden que está loco.

—Y como la locura se hereda—dijo don Juan—, será muy posible que esté también loca su hija.

—No os aseguraría yo lo contrario—contestó Vanloo—; pero en todo caso, mejor para vos, señor marqués de Marana; porque me parece que vos sois el primer hombre á quien ha buscado, y con tanto empeño, la hermosa hija del burgrave.

—¿Creéis acaso, señor Vanloo, que yo soy hombre que me pongo al servicio de cualquiera?—dijo con altivez don Juan.

—Por más que os pese, en el servicio de la hermosa Ludgarda os veo.

—Una cosa es que yo acuda al llamamiento de una dama, y otra es que me ponga á sus órdenes.

—La serviréis, señor marqués, la serviréis, si ella se empeña en que vos la sirváis.

—Pues de mucho me ha de servir ella á mí antes que yo la sirva á ella—dijo don Juan.

—Podréis serviros recíprocamente; y si no fuera porque estoy ya á sueldo suyo, no sería yo, vive Dios, quien os llevase á encontraros con ella.

—De manera que, si bien lo hacéis, bien os lo pagan, señor Vanloo; y vamos á hablar de

otra cosa, porque todo no ha de ser hablar de la hija del burgrave: ¿vuestra gente de armas es buena?

—Ya lo tereó: veteranos todos, que todos han servido bajo las órdenes de los más grandes capitanes del emperador; muchachos como castillos, que el que más tiene treinta años, y el que menos diez batallas reñidas con honra; armados de punta en blanco, y jinetes en buenos caballos.

—Sin embargo, lleváis muy caro á la hermosa Ludgarda por vuestra compañía: lo menos os quedan las dos terceras partes de lo convenido.

—Pues si yo no ganara con mis hombres de armas, señor marqués, ¿para qué había de tenerlos?

—¿Y son todos buenas lanzas?

—Magníficas.

—¿Queréis conveniros conmigo?

—Para en pasando tres meses, y por el mismo precio, convenido.

—Pues trato hecho, Vanloo.

—Pero me parece que como vos tendréis pronto á vuestro servicio á la hija del burgrave, muy pronto estaré yo á vuestro servicio también.

—A más de las lanzas que habéis contratado con Ludgarda, ¿os queda alguna gente disponible?

—En Alemania tengo yo á mi disposición toda la gente que quiero.

—La gente de que yo os hablo ahora, capitán, no es ciertamente de esa que necesita manejar bien la lanza y un caballo.

—¿Pues qué gente queréis?

—Gente lista de ojos, de oídos y de lengua; gente astuta.

—Pues de esa hay más que de gente de puños.

—Hace seis meses ando yo corriendo tras un hombre, una mujer y un niño ó niña de pecho, sin poder dar con ellos; ¡y me importa, vive Dios!

—¿Desde dónde venís vos, señor marqués, siguiendo á esas personas?

—Desde Flandes, desde la ciudad de Gante.

—¿Tenéis inconveniente en decirme el nombre de esas personas?

—El hombre tiene ya cerca de ochenta años, es gran baillío de la ciudad de Gante, y se llama Esteban Kresberg.

—¡Ah! ¡vientre del diablo!—dijo Vanloo—; no hace tres meses le vi yo en la ciudad libre de Francfort: la dama que le acompaña, ¿es rubia, joven y hermosa?

—Sí; ¿pero cómo habéis conocido vos al gran baillío?

—No conozco otra cosa en el mundo; porque habéis de saber, señor marqués, que tuve yo un hermano de armas, á quien quería tanto como si nos hubiera dado á luz la misma madre,

y que
volvén
que re
en mi
que d
de bu
hermo
pues
señor
y dig
que e
siendo

Merca
su hij
—Y
el sec
—S
sitais
berg,
Jacob
y tal
todo
—P
secret
—D
práis,
yo ve
que p
lamos

y que hace veintidós años se quedó inútil para volverse á poner la coraza, de un arcabuzazo que recibió en el campo de Leiden; yo lo salvé en mi caballo, y cuando sanó, el pobre tuvo que dedicarse, para ganarse la vida, al oficio de buhonero, en compañía de una britona muy hermosa, que había robado, yo no sé de dónde; pues bien, entre mi compañero de armas y el señor Esteban Kresberg había un gran secreto, y digo había, porque ya hace algunos años que el pobre Jacobo Klauss murió en Gante, siendo dueño de una hostería en la plaza del

—¿Cuánto queréis por el secreto del gran bailío?

—Ponedle vos precio.

—Os daré por él mil florines.

—¿Convenido: ¿tengo vuestra palabra?

—Sí.

—Pues bien: Guillermina no es hija de Jacobo Klauss, sino de Esteban Kresberg.

—¿Estáis seguro de ello, capitán Van'loo?

—Decid al gran bailío que conocéis á una joven como de veintidós años, que tiene una pequeña sajadura azul en el nacimiento de la



El gigante vaciló un momento y vino al suelo (pág. 41).

Mercado de Gante, y dejando su hostería á su hija Guillermina Klauss.

—Y bien, ¿me puede á mi servir de algo el secreto de ese Jacobo Klauss?

—Según y cómo, señor marqués; si vos necesitáis imponer condiciones al señor Esteban Kresberg, yo os juro que por medio del secreto de Jacobo, que yo poseo, se las podréis imponer, y tales, que el señor Esteban Kresberg hará todo lo que vos queráis que haga.

—Pues bien, capitán Van'loo, os compro vuestro secreto.

—Decís bien, cuando decís que me le compráis, porque yo no os lo he de dar de balde; yo vendo todo lo que puedo vender, todo lo que poseo que valga algo; porque, ¿á qué estamos sino á hacernos ricos?

espalda, y veréis lo que es capaz de hacer Esteban Kresberg.

—Contadme esa historia, señor Van'loo.

—En otra ocasión, señor marqués, porque vamos llegando á las ruinas de la abadía de los Monjes Blancos.

En efecto, entre la sombra se veía una masa alta, estrecha, aguda: la masa, indudablemente, de una torre gótica.

Al pie de esta torre se veía una línea chata, negra, mellada, extensa; una masa de ruinas.

Esta torre y estas ruinas estaban en un gran ensanchamiento de la negra selva, por medio de la cual habían llegado hasta allí dos

Juan, Jorge Vanloo, Gabilán, Dolores y los aventureros de la compañía de Vanloo que los seguían.

Muy pronto los cascos de los caballos resonaron de una manera seca y retumbante entrando ya en las ruinas.

El capitán Vanloo se detuvo y lanzó un silbido.

Inmediatamente sonó otro silbido á poca distancia, y apareció la luz de una antorcha en una arcada gótica.

Adelantaron tres hombres, uno de los cuales traía la antorcha.

La luz de ésta, reflejaba sobre las corazas, los brazales y las grevas de los medios armados con que aquellos hombres estaban armados.

En las cabezas llevaban cascos redondos.

A los costados largas y fuertes espadas.

A la cintura una daga y dos pistóles.

—He ahí tres de los más endiablados de mi compañía—dijo Vanloo.

—Parecen buenos mozos—dijo don Juan, observando á aquellos hombres que se adelantaban.

—Veteranos de Francia y de Italia—dijo Vanloo—; tres bravos muchachos para todo lo que se necesite. ¡Hola!—añadió—, ¿dónde está nuestra hermosa ama?

—En el salón grande de la torre, impacientándose de veras: ¿viene contigo Vanloo, el caballero español?

—Sí.

—¿Y la doncella de la señora?

—Sí.

—Pues pie á tierra, que por aquí andan ya mal los caballos y seguidme.

Don Juan, Vanloo, Gabilán y Dolores echaron pie á tierra, dejaron los caballos á los dos hombres que los habían acompañado y á los otros dos que habían venido con el de la antorcha, y siguieron á éste.

Las ruinas eran magníficas.

Parecía que un formidable temblor de tierra había arrasado y descajado la abadía, quedando por milagro de pie una de sus torres.

Un inmenso montón de escombros de sillares parecía ser todo lo que restaba de la otra torre.

El frontispicio, chato, macizo, con sus tres profundas ojivas, robusto, profusamente ornamentado, quedaba de pie; pero las grandes naves de la iglesia sólo dejaban ver algunas pilastras.

El pavimento desaparecía bajo montones de escombros cubiertos de musgo, entre los cuales brotaban plantas silvestres, la ortiga, el jaramago, la malva loca, la yedra que trepaba por los muros, esas hierbas rastreras que tejen sus áridas fibras entre las ruinas.

Todo aquello, á la luz de la antorcha que conducía el aventurero, era vago, indeterminado, fantástico, grande.

Al fin, el hombre de la antorcha, pasando sobre los escombros, llegó, por la parte de adentro de las ruinas de la iglesia, al pie de la torre y á una obscura puertecilla, por donde entró.

Subió unas escaleras de piedra de caracol, empinadas y estrechas, entró en una galería, y deteniéndose junto á una puerta, dijo á don Juan y á Vanloo que le seguían, como asimismo Antón y Dolores:

Detrás de esa puerta está nuestra señora, que espera á este caballero.

Y señaló á don Juan.

—Pasad, pues—dijo Vanloo á don Juan—, y contad con que tenéis muy buena fortuna.

Don Juan pasó.

Se encontró en una gran cámara, alta de techo, magnífica, ornamentada con todo el gusto y con toda la minuciosidad del género gótico, alumbrada apenas por una antorcha sujeta en una abertura del muro.

Una mujer, completamente vestida de negro, estaba sentada en uno de los bancos de piedra situados á los lados de los grandes ajimeces góticos.

Estaba sola y completamente encubierta.

Se levantó y adelantó hacia don Juan.

—Acercaos, acercaos á esa antorcha—dijo—, á fin de que yo os pueda ver bien; no os he visto nunca, y tengo curiosidad de saber si lo que la fama dice de vos es cierto.

—Señora—dijo don Juan un tanto contraído—, la fama dice de mí lo que quiere y más de lo que yo quisiera; pero lo que yo puedo aseguráros es, que no doy nada á la fama para que de mí se ocupe.

—Ni yo tampoco; y á la verdad es que la fama habla de mí mucho.

—Os llaman la sin par.

—Es cierto: y á vos el incontrastable, el invencible; lo que no es muy cierto, por Dios, puesto que sois prisionero mío.

—Puede ser que sea cautivo de vuestra hermosura cuando la haya visto—dijo don Juan—; pero entretanto, soy completamente libre: he venido aquí porque vos me llamabais; de otro modo no hubiera venido.

—¡Oh, sí! os hubieran traído, caballero.

—Puede ser, pero ser traído no es venir: se trae mi cadáver y eso es lo único que han podido traerlos: si se me impide el que me aleje de aquí cuando me parezca, no será don Juan Tenorio quien se quede aquí, sino mi cadáver.

—¿Y para qué quiero yo vuestro cadáver, amigo mío—dijo con voz más dulce Ludgarda.

—Me llamáis vuestro amigo y no me dais pruebas de ello, señora—dijo don Juan.

—¡Ah! porque permanezco encubierta; acercaos, acercaos más, marqués de Marana.

Ludgarda se acercó á la antorcha.
Don Juan se acercó también.
Entonces la dama se echó atrás el manto y se dejó ver de don Juan.

XVI

Don Juan estaba sentenciado á ir de sorpresa en sorpresa.

Ludgarda tenía el mismo aspecto, la misma majestad de reina goda, que Filiberta Stoplen. Pero no era tan abultada, ni tan seca, ni tan severa.

Los ojos, color de verde mar oscuro, de Ludgarda, brillaban, ardían, resplandecían.

Bajo su tez, pálida mate, se adivinaba la circulación de una sangre ardiente, como la lava de un volcán.

Sus cabellos naturalmente rizados en grandes ondulaciones, negros como el azabache, sujetos con un cendal azul bordado de plata y perlas parecían una diadema; su boca sonreía de una manera voluptuosa, dejando ver tras sus entreabiertos, húmedos, frescos y rosados labios una bellísima dentadura.

Parecía muy joven, y sin embargo, se comprendía que había llegado ya á sus treinta años. De toda ella emanaba un fuerte perfume de pureza, de castidad.

Ese aroma especial que se desprende de las mujeres fuertemente hermosas, que tal vez no existe, que tal vez nos lo fingimos por resultado de la perfecta armonía de las formas, del color, de la juventud, de la belleza.

Don Juan no podía enamorarse, porque no se ama más que á una mujer, y amaba á Estrella.

Pero la hermosura le atraía; le hacía parecer enamorado, y la hermosura de Ludgarda le hacía palidecer.

—No—dijo—; vos no sois la terrible Ludgarda Van Deosten, de quien se dice que no ha amado ni es capaz de amar.

—¿Y por qué no?

—Porque vos sois todo amor.

—Podrá ser; pero ese amor no ha sido de nadie todavía, ni será vuestro; os lo aseguro.

—¡Ah, señora! no aseguréis lo que no sabéis si será ó no; yo por mi parte, no afirmaría que no puedo amaros.

—¡Oh!—dijo con altivez Ludgarda—: eso será lo que yo quiera.

—Podrías encontrar un corazón muerto para el amor, señora; un corazón gastado, cansado.

—Me basta con encontrar en vos un caballero—dijo Ludgarda—, y tenéis fama de serlo; yo me he puesto bajo vuestra protección, y espero que me protegeréis.

—¿Y de qué manera, señora?

—Poniéndoos al frente de la gente armada que yo he contratado, sin dinero, don Juan, contando con vos que pasáis por hombre muy rico.

—Creo, señora—dijo don Juan—, que habréis tenido una gran necesidad de hacer lo que habéis hecho, y dado el caso, habéis obrado con acierto valiéndoos de mí.

—Pues bien; durante el camino, habréis conocido á Jorge Vanloo, porque es muy franco y se deja conocer pronto de todo el mundo; voy á hacerle entrar; ¡hola, Vanloo!

El capitán de aventuras entró.

—¿Conocéis al señor marqués de Marana?—le dijo Ludgarda.

—Sí, sí señora, y tanto le conozco, que después de serviros los tres meses que hemos convenido, voy á entrar á su servicio.

—Pues entráis desde ahora; el señor marqués de Marana se entenderá con vos en cuanto al precio.

—¡Ah, señora! de eso nada tenemos que hablar el señor marqués y yo.

—¿Tenéis toda vuestra banda disponible?—dijo Ludgarda.

—Sí, sí señora; en cuanto mis trompetas los llamen á reunirse, estarán aquí, menos los ocho hombres que se han quedado en la Cruz de los dos caminos esperando al barón Pierres de Beaufort.

—Pues bien, reunid vuestra gente, y avisad en cuanto esté pronta.

Vanloo salió.

—¿No os parece muy frío, muy negro, muy abandonado todo esto para poder aquí pasar la noche, don Juan?—dijo Ludgarda.

—Sí, señora; esta abadía no es la más á propósito para vivir en ella; no parece, según lo sombría y lo triste que es, sino que está dominada por un espíritu maldito.

—Hace cincuenta años, según cuentan, una mañana de invierno, apareció cuando se dispó la niebla, esta abadía arruinada tal como se encuentra; los que habían pasado junto á ella la noche anterior, la habían visto de pie, magnífica, y habían oído el órgano y las voces de los cien monjes blancos que cantaban los maitines; al otro día, de los cien monjes no pareció uno solo, por más que se revolviéron los escombros, ni nadie los había visto pasar por los alrededores.

Habían, pues, desaparecido.

Dicen que el diablo, que tenía motivos de queja con la comunidad, se montó aquella noche en la punta de la torre de la derecha, y echó abajo con una sola mirada la abadía, y que si

esta torre en que estamos quedó en pie, fué porque el diablo no quiso venirse abajo con ella: ¿pero qué es eso? ¡ah! las trompetas de Vanloo que llaman á su gente. ¿Qué os parece ese hombre, marqués?

—Un bribón valiente, capaz de todo por ganar un florin; un capitán de aventuras, en una palabra.

—¿Y creéis que podemos fiarnos de él?

—Sí, esta gente, mientras se les paga, sirven lealmente y á todo trance á quien les paga; él nos servirá hasta morir con sus cincuenta hombres; pero para que nos sirva bien desde el momento, mañana enviaré á Colonia á mi lacayo Gabilán para que me traiga dos mil florines.

—Ved, que yo, sólo me he comprometido á darle mil florines por tres meses.

—Bien: y como yo le quiero por otros tres meses, he aquí por qué le entregaré dos mil florines.

—¿Tenéis vos algún empeño vuestro, don Juan?

—Sí, y gravísimo; sabe Dios lo que yo haré con los cincuenta hombres del capitán Vanloo si son de ley.

—Mi gente está dispuesta, señores míos, á caballo y armada—dijo apareciendo Vanloo.

—Pero por lo que he visto—dijo don Juan—, armada á la ligera, con medios arneses y lanzas á la jineta; yo os los pago, señor Vanloo, enteros y verdaderos hombres de armas, con arneses de punta en blanco y lanzas gruesas y caballos embardados, como si fuéramos á entrar en batalla.

—Mañana, señor marqués, mis soldados y yo estaremos forrados de hierro, hasta el punto que no se nos verá de la piel ni lo que puede tapar un escudo de diez libras.

—Mañana os entregaré yo dos mil florines, sueldo que os corresponde por los servicios vuestros y de vuestra gente, durante seis meses desde hoy.

—¡Ah! yo no tengo prisa por el dinero, señor marqués; sé que lo tengo en vuestro poder tan seguro ó más que en mi bolsillo, porque á mí se me puede ocurrir echar los dos mil florines á una suerte de dados.

—Vos haréis con ellos lo que queráis; pero yo los entregaré mañana, porque no me gusta tener dinero que no es mío.

—Como gustéis, señor marqués: ¿pero adónde hemos de ir? porque creo que la gente no se habrá reunido para nada.

—Sí, vamos á marchar al castillo del burgrave Van Deosten.

—¿A vuestra casa, señora?—dijo Vanloo.

—Sí, á mi casa, de donde he salido sola y adonde vuelvo á entrar bien acompañada: decid á mi escudero y á mi doncella que se

preparen: Dolores puede ir á la grupa del caballo del escudero: yo iré sobre el caballo del marqués.

—Entonces, señora, el caballo de vuestro escudero irá más descansado de lo que vos queráis—dijo don Juan—; porque vuestra doncella se ha acomodado creo que perfectamente, con mi lacayo.

—Marchemos, pues—dijo Ludgarda dando la mano á don Juan Tenorio—: lo que tengo que deciros para que sepáis á qué vamos al castillo del burgrave, os lo diré, marqués, durante las dos horas que hay de camino desde aquí al castillo de Van Deosten.

Salieron, bajaron la escalera, y fuera del vestíbulo encontraron unos cuarenta hombres á caballo y armados.

Don Juan montó; tomó delante de sí sobre el arzón á Ludgarda, y Gabilán del mismo modo á Dolores, que ya se llevaba muy bien con Antón.

El escudero de Ludgarda montó solo.

Inmediatamente se pusieron en marcha, guiados por Vanloo y escoltados por sus cuarenta hombres.

XVII

—Acomodaos bien, señora—dijo don Juan á Ludgarda—; estas sillas alemanas son muy á propósito, y he puesto además debajo mi capa bien doblada; abrazadme sin empacho la cintura, no sea que el caballo tropiece y paséis un susto, aunque os llevo bien asida.

—Ciertamente, don Juan, que rodeáis el brazo á mi cintura como si fuera yo cosa vuestra—dijo Ludgarda con un tanto de enojo.

—Sois un hermoso depósito, señora, y no quisiera que os sucediese nada malo.

—¿Y qué cosa más mala puede sucederme que ir en vuestro caballo y en vuestros brazos, marqués de Marana?

—Es un mal que vos habéis buscado: la sin par Ludgarda, ¿no os llaman en toda Alemania la sin par?

—Dijomelo un día en la corte el emperador don Carlos, y todos lo repitieron, sin duda porque lo había dicho el emperador; pero yo no creto tal; sin ir más lejos, mi doncella Dolores es más hermosa que yo.

—¡Bah! no digáis eso: Dolores es una muchachota fresca, rolliza, reluciente, joven y con ese atractivo que tienen las andaluzas; pero es una belleza sirviente, una belleza vulgar.

—Llena de gracia y de vida.

—Poned sin embargo, una corona sobre la cabeza de Dolores; figuraos sobre un trono una

reina
sider-
entor
tra d
homl
y qu
parec
Dolo
tirad

que
oprit
pare

preg
béis

fuer:
aver

hist
nera

y r
com
cidr

y s

sist
dad
con
año

hor
la
fica
el
la

apr

ma
vir
al
os
cre
hu
qu

Ju
de
sus

reina que se la parezca; cerrad los ojos; consideradla tal como os he dicho, y comprenderéis entonces cuan vulgar es la hermosura de vuestra doncella: dejádsela á mi lacayo Antón, que es hombre que se casa fácilmente, que está viudo y que se enamora muy de tarde en tarde: me parece que se ha enamorado peligrosamente de Dolores; y si no reparad que cuchicheo tan tirado traen los dos detrás de nosotros.

—Dejémosles que sean felices.

—¿Y vos no lo sois, señora?

—¿Yo? ¿por qué he de ser yo feliz? ¿por que voy junto á vos? ¿por que cada vez me oprimís más la cintura con vuestro brazo? me parece que sois muy presuntuoso, don Juan.

—Yo no os he dicho que sois feliz, os he preguntado únicamente si lo sois, y no me habéis contestado sino procurando humillarme.

—Pues bien, marqués—dijo Ludgarda—; si yo fuera feliz, no estaría á vuestro lado corriendo aventuras.

—¿Y en qué consiste vuestra desgracia?

—En mi historia, don Juan.

—¿Qué edad tenéis, Ludgarda?

—Treinta años.

—¡Ah! pues entonces tenéis razón para tener historia: la historia de una mujer empieza generalmente á sus quince años.

—Don Juan, eso será la historia del amor; y respecto al amor, yo no tengo historia; estoy completamente virgen de amores, y si no, decidme: ¿qué edad represento?

—Muy poca edad.

—Si yo os hubiera dicho que sólo tenía diez y siete años, lo hubierais creído.

—Indudablemente, señora, indudablemente.

—Pues bien: el que yo parezca tan joven consiste en que no me han envejecido ni los cuidados, ni los sobresaltos del amor, y espero continuar prolongando mi juventud por muchos años.

—Es decir que os creéis exenta de amar.

—Sí; porque no veo en el hombre más que el hombre; el ser egoísta que nada sacrifica por la mujer, sino cuando la mujer se lo ha sacrificado todo; que se cansa de amor en cuanto el amor deja de ser una dificultad, y deja á la mujer condenada á un infierno sin esperanza.

—Y si no habéis amado, señora, ¿dónde habéis aprendido todo eso?

—En las desgracias de otras; sin embargo, marqués, si no queréis creer que tengo el alma virgen de amor, no lo creáis; no busqueis tampoco al hombre á quien yo haya amado, porque nada os importa el que yo haya amado ó no; pero creedme, si yo hubiera amado, el amor no me hubiera hecho desgraciada, porque el hombre á quien yo hubiera amado, habría sido mi esclavo.

—¿Estáis segura de eso, señora?—dijo don Juan ofendido por el acento de predominio y de desdén con que Ludgarda había pronunciado sus palabras.

—¡Bah!—dijo Ludgarda—si yo me propusiera haceros mi esclavo, don Juan, lo seriais.

—Indudablemente, señora — contestó don Juan.

—Pero sucede que no deseo que vos seáis mi esclavo, ni nadie; preguntadle al landgrave de Goburgo-Gotha, el buen Federico Vedfield, si he podido yo sujetarle al yugo matrimonial: ¿conocéis al landgrave?

—Sí; es un pobre diablo muy fatuo, que se cree igual al emperador, hermoso como Adonis y valiente y fiero como Marte; un pobre hombre obeso, que no parece sino que le han cebado como á un cochinillo en leche.

—Pero que es un príncipe soberano.

—Un principillo de los de ciento á maravedí, que tiene por estados cuatro leguas cuadradas de terreno; un príncipe un poco menos ruin que vuestro padre, el burgrave de Hesse-Deosten.

—¿Y qué os parece del Elector de Friburgo?

—¡Bah! un señor avellanado, cascado, á quien no deja toser la soberbia, y que pone su genealogía antes que la del emperador, y eso que la del emperador viene nada menos que allá del rey Melchiseded.

—Vos os burláis de todo, marqués, y es porque, según me han dicho, vos sois, allá en España, un príncipe mucho más poderoso que todos nuestros electores, landgraves y burgraves de Alemania.

—Me río, Ludgarda, de lo que es risible, y aunque no fuese rico, que gracias á mi familia, y al emperador después, lo soy, y mucho, me reiría del mismo modo: en España, como en Italia, hay un semillero tal de príncipes, que es imposible que ninguno sea verdaderamente príncipe; en Francia un Roan, en Inglaterra un Leicester, en España un Alba, un Osuna, ó un Marana, son cien veces más ricos y más poderosos que todos estos principillos alemanes y romanos, muchos de los cuales tienen que ajustar todas las noches las cuentas con su cocinero, para que su cocinero no les robe, ó para que les robe lo menos posible; y sin embargo, los pares de Francia y de Inglaterra, y los grandes de España, no se creen príncipes soberanos, como los de Alemania y los de Italia.

—Dicen, marqués, que vos tenéis una dignidad que muchos electores del imperio no tienen, y que todos codician; la de caballero de la orden Teutónica del Toisón de Oro.

—Un capricho del emperador, que yo consentí por no desairarle, y que la primera vez que me sirve de algo es ahora, que tengo que habérmelas, por vos, con burgraves, landgraves y electores, que sé yo que más gente: por mi vida que siento no haberme traído conmigo el inmenso collar, para presentarme cargado con él, llevándos de la mano, á esos señores; porque creo, Ludgarda, que vamos á tener alguna seria entrevista.

—¡Oh! ya lo creo, marqués; sabed que si

yo os he llamado, ha sido, más bien que por otra cosa, porque necesitaré de un apoyo firme y decidido para pedir al emperador justicia.

—¿Contra quién?

—Contra el burgrave de Hesse Van-Deosten.

—¡Cómo! ¿contra vuestro padre?

—No, ¡vive Dios! el burgrave no es mi padre, es mi tío.

—Su hija os llama todo el mundo.

—Todo el mundo lo cree así, y yo también lo creía; pero, ¿qué queréis? las cosas, por secretas que sean, llegan á saberse; yo he conocido el secreto de un crimen, y necesitaba vengarme de él; á mí sola me era difícil la venganza, cuando oí hablar de vos á un hombre que os ha conocido algunos días, hace unos dos meses, en la corte del rey de Francia.

—Y ¿cómo se llama ese señor?

—El barón de Beaufort.

—¡Ah, miserable! —exclamó don Juan—ese hombre os habrá dicho de mí herejías.

—¿No recordáis haberme visto nunca, marqués?

—No, Ludgarda, no.

—Pues habéis estado muy cerca de mí, en un baile que dieron los burgomaestres de Colonia el día de San Matías, cumpleaños del emperador: recuerdo que tomasteis de una bandeja de confituras, que os presentó un ujier, una naranja escarchada, y me la presentasteis de una manera lo más galante del mundo; llevabais un rico traje de terciopelo color de granate, bordado de oro, con forros de raso blanco, calzas blancas y sobre los hombros el gran collar del Toisón de Oro, que por cierto erais vos solo el que lo llevaba: yo vestía un traje negro á la veneciana, con forros de armiño, y llevaba prendido de perlas y diamantes; iba asida del brazo del barón de Beaufort, que iba completamente vestido á lo Francisco I, con un traje de terciopelo negro y plata, que decía haberle regalado el rey de Francia: ¿no recordáis aún, marqués?

—No; hice aquella noche muchas finezas á muchas damas, y no me fijé en ninguna de ellas; estaba muy distraído: iba buscando á una dama que se me ha perdido y que no he logrado encontrar.

—¿Una dama á quien amáis, don Juan?

—Todo menos que eso; es una joven de quien yo me he hecho cargo, que me ha sido robada por su propio abuelo, de la que tengo que responder no menos que al emperador, y que estaré buscando toda mi vida, si es necesaria toda mi vida para encontrarla.

—¿Alguna amante del emperador?—dijo con un frío desdén Ludgarda.

—Sí al emperador se le perdiese una amante—se apresuró á decir don Juan—, el emperador no se atrevería, con ser quien es, á decir al marqués de Marana que le buscara la amante perdida: esa dama tiene derecho á toda la protección del emperador.

—¿Su hija, acaso?

—Yo no he dicho eso, ni sé los vínculos que unen á esa dama con el emperador; lo que sé es que se me ha confiado, que la he entregado á su abuelo, que su abuelo ha abusado de la confianza que yo he hecho de él, y que donde quiera que le encuentre he de castigarle.

—¿Y quién es el abuelo de esa dama?

—Debéis conocerle, Ludgarda, porque ha sido muy favorito del emperador, ha estado mucho tiempo en Alemania y es amigo de todos los dignatarios del imperio: se llama Esteban Kresberg.

—¡Ah! ¿el gran bailío de la ciudad de Gante? pues mirad, aun no hace cuatro meses que se hospedó una noche en nuestro castillo, llevando consigo á una nieta suya y á una biznieta de pocos meses, hija de su nieta, de la que decía era viuda de un gran señor español.

—Y ¿cuánto tiempo estuvo el gran bailío en el castillo de Van-Deosten?

—Dos noches y un día; después partió hacia los Estados del Rin.

—Y ¿sabéis dónde para?

—No.

—Pues bien, esa es la dama que yo andaba buscando distraído aquella noche en el baile de los burgomaestres: yo acababa de llegar aquel día á Colonia: me habían dicho que Esteban Kresberg se encontraba en ella, y era muy posible asistiese al baile de la Casa de la Ciudad, sin temor de encontrarme en él; he aquí lo que hizo que yo no me fijase en ninguna de las damas que vi, ni aun en vos, lo cual es un delito, Ludgarda; pero cuando las cosas están de Dios...

—¡Eh! ¿qué decís, don Juan?

—Digo que cuando el destino se empeña en que dos se conozcan é influyan el uno sobre el otro, se conocen y se influyen, aunque para ello se necesite una circunstancia tan rara como la de que una mujer, tal como vos, busque á un hombre, tal como yo.

—Pues á causa de vuestra mala fama os he buscado, don Juan.

—¡Ah! ¿yo tengo mala fama en Colonia?

—Horrible, espantosa, marqués.

—Pero, señora mía, si yo no salgo en Colonia de la posada del Aguila Imperial sino para ir á misa á San Pablo y para pasear un rato por el campo; si vivo hecho un recoleto, y no me trato más que con los agentes que envío á todas partes en busca de mi perdido gran bailío de Gante, cansado de correr tras él...

—Eso consiste, don Juan, en que tenéis unos grandes amores misteriosos.

—¡Ah! ¿tengo yo amores misteriosos en Colonia?

—A lo menos, marqués, un jinete llega todos los días á la hostería del Aguila Imperial y os entrega una carta; espera, y se marcha con otra carta que vos le dáis: siempre es distinto el jinete; muchas veces no es sólo una carta

lo que os trae, sino regalos en cajas, que algunas veces son tan pesadas, que no parece sino que van llenas de dinero.

—De modo que tengo yo, no en Colonia, sino cerca ó lejos de Colonia, unos amores misteriosos que me producen regalos, muchos de los cuales son dinero; es decir, que yo soy uno de esos miserables que explotan el amor de alguna... archiduquesa; tal vez alguna de las archiduquesas de Austria, ¿no es verdad?

—No se dice quién sea la dama; pero sí que debe ser muy alta, puesto que emplea correos diarios, que cuestan muy caros, y os envía ricos regalos.

—¿Quién es el vil que sabe eso, y lo ha interpretado de una tan infame manera? — dijo don Juan.

—El vil es M. Pierres de Beaufort, barón de Beaufort, y gentilhombre del rey Francisco de Francia.

—¡Ah! á ese no se le ha olvidado todavía el salto que yo le hice dar por las escaleras interiores del teatro de los Cómicos del rey en París, ni del baño que le hice tomar en el Sena.

—¡Ah! ¿habéis tenido un lance con M. de Beaufort?

—Sí; á propósito de una muchacha que estaba muy en boga en París, que pertenece á la compañía de cómicos del rey, que baila, canta y representa á las mil maravillas, y se llama mademoiselle Agustina Potpleine, ó más generalmente, la Potpleine.

—¿Y por qué dan á esa desdichada el anti-poético nombre de Potpleine?

—Porque es una mujer común, grosera, llena de vanidad; como que dicen si ha tenido ó no algunas entrevistas con Francisco I.

—¡Ah! el buen rey Francisco se paga de las bellas formas, aunque sean de barro tosco.

—El rey Francisco es un galanteador incorregible; pero volviendo á mademoiselle Agustina, un día que el rey Francisco me había invitado para que le acompañase á una de las representaciones de sus cómicos, en el palacio real, un bajo empleado del teatro me dió al salir un billetito, que lei en cuanto me hube despedido del rey: aquel billete decía, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

«Caballero: Yo os he visto detrás del sillón del rey, en un lugar donde nunca se colocan más que los principes de la sangre.

Yo bailaba, miraba al rey y le sonreía.

Pero como vos estabais inmediatamente detrás del rey, á quien yo miraba, á quien yo sonreía, era á vos.

Debéis, pues, estar muy orgulloso, caballero, de que yo os haya mirado y os haya sonreído, haciendo creer á nuestro gran Valois que le miraba y le sonreía á él.

Yo soy la Potpleine.

Preguntad á cualquier persona en París quién es la Potpleine, y acabad de enorgulleceros.

M. de Rohan sería capaz de ir por todo París sin peluca un día de Enero, con tal de que yo le prometiese ponérsela en mi camarín del teatro del palacio real.

Vuestra Potpleine os aguarda esta noche en la taberna del Pavo Real, en el puente de San Miguel.

La taberna tiene sobre la puerta tres vidrios encarnados y dentro un camarín, cuya ventana da sobre el Sena, y por la cual me arrojaré desesperada, si tardáis cinco minutos más de las nueve de la noche.

La Potpleine.»

—¿Y fuisteis á la cita de esa desventurada? — exclamó escandalizada Lutgarda.

—Porque mademoiselle Agustina no tomase un baño en Enero; fué una obra de caridad: á más de eso, como mujer es hermosa; digna de ser contemplada de cerca.

—De modo que por caridad sois capaz de revolveros en el fango.

—Pero como el armiño, Ludgarda, paso sobre el fango sin mancharme, de la misma manera que la salamandra pasa sobre el fuego sin quemarse.

—Continuad.

—Me fui al puente de San Miguel á las nueve, cinco minutos antes del plazo fatal prefijado por mademoiselle Agustina; llamé, y me abrió una vieja.

—¿Sois vos? — me dijo —, un caballero á quien espera la señorita de Potpleine?

—Yo soy — dije algo contrariado, temiendo haber sido un objeto de burla para aquella danzante —: ¿se ha puesto mala, por desgracia, mademoiselle Agustina, y no ha podido venir?

—Sí, sí señor, vino hace media hora; pero ha sucedido una grave contrariedad.

—¿Cómo! ¿se habrá tirado al río mademoiselle de la Potpleine?

—¡Ah! ¡no quiera Dios que suceda esa desgracia! — exclamó la vieja — Todo París se vestirá de luto.

—¿Pues qué ha sucedido, en fin? acabad.

—Ha sobrevenido un personaje que ha seguido á la pobre chica, la ha visto entrar aquí, ha llamado, y me ha obligado, por su respetabilidad á que le introduzca en el aposento donde os esperaba, vestida como un ángel, la enamorada joven: perdonadme, señor, pero no ha estado en mi mano el evitarlo; es mucha persona la que ha sobrevenido.

—¿Se llama esa persona Francisco de Valois?

—¡Bah! ¡bah! si hubiera sido el rey, la Potpleine hubiera encontrado medio de engañarle y de echarle fuera: quien está altercando con la pobre joven es M. Pierres de Beaufort.

—¡Ah! pues me alegro de tener ocasión de

sentarle la mano á ese; guiad, buena madre, y no temáis: si M. de Beaufort no quiere dejarnos en paz saliendo por la puerta, nos dejará en paz saliendo por la ventana.

—Mirad lo que hacéis, caballero, porque M. de Beaufort come tres veces al día con el diablo, y duerme con él todas las noches.

—Pues haceos cargo—dijo á la vieja—de que yo soy el Antecristo.

Y empujando á aquella bribona, me dirigí á un pasillo, en cuyo fondo, detrás de una puerta, se oían altercar dos voces irritadas: una de hombre y otra de mujer.

La puerta estaba cerrada por dentro; pero llamé, y me abrieron inmediatamente.

No sé si por jactancia, M. de Beaufort, ó por ampararse de mí, la Potpleine.

—¿Y qué sucedió? —dijo con cierto interés Ludgarda.

—Nada: intimé á M. de Beaufort que se fuese, y me envió enhoramala; entonces abrí tranquilamente la ventana, me acerqué á M. de Beaufort, que me esperaba insolente, y en silencio le así por la cintura, de un solo empuje le tiré por la ventana, sonó un golpe en el agua, la Potpleine cerró, riendo, la ventana para que no nos constipásemos, porque entraba por ella un viento demasiado frío, y después cenamos amigablemente la muchacha y yo.

—¿Y cómo se compuso, para salir del río, M. de Beaufort?

—Tuvo suerte: andaban buscando el cadáver de un pobre comerciante, quebrado, que se había tirado al río poco antes, y pudieron sacar á tiempo á M. de Beaufort.

—¿Y le visteis después?

—Sí, á los quince días, en el palacio real, en la antecámara del rey, después de haberse curado del pasmo que cogió con el baño, y del susto, que le tuvo más en peligro que el pasmo.

—¿Y no os pidió ese hombre que le satisficieseis?

—Esos miserables jamás piden una satisfacción; se la toman calumniando: de ahí proviene el que os haya dicho que yo tengo amores ocultos que me son provechosos: ello tendrá su correctivo, y pronto, yo os lo juro.

—Pero entretanto, es verdad que recibís todos los días una carta, á que contestáis, y que con mucha frecuencia recibís regalos.

—Cartas de mi pobre mujer, que me adora, y á quien adoro; regalos suyos, y dinero que yo la encargo que me envíe: esa gran dama misteriosa no es otra que la marquesa de Marana, que separada de mí desde hace seis meses, vive en Gante.

¡.!

A estas palabras no contestó ni una sola Ludgarda de Van-Deosten.

Don Juan la sintió pugnar en su brazo al estrecharla á su cintura.

—¿Por qué guardáis silencio, señora?—la dijo don Juan.

—Se me había dicho que erais un libertino—contestó secamente Ludgarda—; que á pesar de vuestra grandeza, de vuestros privilegios y de vuestros honores, erais hombre con el que podía contarse para todo; que el mejor medio para disponer de vos era picaros la vanidad: por eso os escribí de la manera que os he escrito: si yo hubiera sabido que os calumniaba; que erais casado; que si no se os conocían amores, consistía, no en que teníais una amante misteriosa á quien os vendíais, sino en que erais fiel á vuestros deberes, amando á vuestra esposa, aunque me encontraba en una situación de la que vos, por vuestra autoridad y por vuestra bravura, podíais sacarme, no me hubiera valido de vos.

—¿Y no es para vos, preferible, señora, haber encontrado en mí, en vez del libertino, al caballero?

—El libertino hubiera encontrado en mí una mujer fuerte, altiva, noble; ¿pero, cómo evitar que el caballero crea que soy una aventurera, que me he valido de un pretexto para conocerle?

—Todo se reduciría, señora, á que mi fama os hubiese atraído á mí, como la atraído á tantas otras, que no eran ciertamente aventureras.

—¡Ah! —dijo Ludgarda profundamente seria— y es el caso que, después de la aventura en que á ciegas me he metido, no puedo prescindir de vos.

—Usad de mí para todo cuanto puede usarse por una dama un hombre de honor y de corazón.

—Empezad por estrecharme menos la cintura; no necesito ir tan asida para no caer del caballo.

—Tenéis la cintura tan reducida, tan esbelta, tan cimbradora, que mi brazo la estrecha sin voluntad, atraído por ella.

—Me parece, don Juan, que, en lo de libertino y en lo de audaz é irreverente con las damas, no os han calumniado.

—¿Es libertinaje adorar la belleza?

—¿No es bella vuestra mujer?

—¡Oh! bellísima, Ludgarda.

—Pues adorad en ella la belleza, y respetad la mía.

—Aquella belleza, señora, me pertenece por tantos títulos, que viene á hacer que me sea adorable la vuestra, que no me pertenece por ninguno.

—¡Ay de vos, marqués, si mi belleza llegara á perteneceros por el solo título de mi locura, de la que me libre Dios!

—Es que Dios pone á veces á prueba sus criaturas—exclamó don Juan.

—¿Sabéis, marqués—dijo con orgullo Ludgarda—, que me parece que creéis que estoy enamorada de vos?

—Enamorada no, aunque bien pudiera ser, puesto que de los hombres se enamoran las mujeres; pero empeñada, y gravemente empeñada, sí.

—¿Empeñada en qué?

—En castigarme por una equivocación vuestra.

—¿Y cómo os había yo de castigar?

—¡Enamorándome, desesperándome!

—Lo merecéis, pero eso es imposible.

—Imposible ¿por qué?

—Porque creo que vos no podéis enamoraros.

—Sí; es lo más fácil del mundo el que yo me enamore.

—Y ¿qué hay que hacer para que os enamoreis, don Juan? lo digo porque me alegraría de poder castigar vuestra presunción.

—Hacedos para mí lo que ha sabido mi mujer, y de seguro, me enamoro de vos.

—¿Y qué ha sabido hacerse para vos, vuestra mujer?

—Un imposible.

—No os comprendo bien.

—Pues es muy fácil de comprender: la marquesa de Marana, se ha propuesto no pertenecerme nunca.

—¡Cómo! ¿se puede creer eso, don Juan? ¿vuestra esposa, no es vuestra mujer? ¿estáis casado?...

—Y soltero: mi esposa es un proligio; una casada virgen de cuerpo y alma.

—¡Ah! mentís, marqués, mentís, no sé con qué objeto—dijo con acento indefinible Ludgarda—; lo que decís no se puede creer.

—Es, sin embargo la verdad, señora; os lo juro por mi honor.

—¿Y es hermosa vuestra mujer, don Juan?

—Hermosísima.

—¿Y estáis tranquilo?

—¿Y por qué no he de estarlo?

—Sois demasiado imprudente.

—Mi esposa me ama y es noble y honrada.

—Pero una mujer noble, pura y honrada, puede caer en un lazo, ser robada: ¿sabéis que sería muy singular?...

—Callad, vive Dios, Ludgarda, porque ha pasado por mí un vértigo, y he estado á punto de exterminaros entre mis brazos—dijo con voz terrible don Juan—; me habéis mordido, como una serpiente en el corazón.

—¡Ah, don Juan! me dais miedo—dijo verdaderamente aterrada Ludgarda.

—Perdonad: ha pasado; vos lo habéis dicho sin duda, sin intención; pero vuestras palabras me han parecido una profecía siniestra: haced, haced que yo os sirva para lo que me necesitéis; cuanto antes, y dejadme que vaya á guardar por mí mismo mi tesoro, me habéis hecho sentir miedo: ¡Oh! sería horrible la realización de lo que habéis supuesto puede suceder, y mucho más terrible lo que yo haría, si eso aconteciere.

—Os perdono, don Juan, el audaz galanteo

que os habéis permitido conmigo, por lo mucho que me habéis dejado conocer amáis á vuestra esposa.

Don Juan no contestó.

Estaba cubierto de un sudor frío.

Le parecía que se había realizado ya la suposición terrible de Ludgarda.

—No deis cuerpo á temores imaginarios, marqués—dijo dulcemente Ludgarda—; la que vos habéis elegido por esposa, no puede, no debe ser fácilmente engañada, ni ¿qué interés tendría nadie en ello? ¿Tiene mucha edad, don Juan?

—Diez y seis años.

—¡Ah! pues no debéis separaros de ella por nada del mundo: á esa edad debe amarse con toda el alma, con todo el corazón: vos valéis mucho, don Juan, y vuestra esposa debe sufrir mucho separada de vos; ¿me prometéis hacer lo que voy á pedirós?

—Sí—contestó don Juan.

—Pues bien: si lo cumplís, partiréis mañana mismo á Gante para no volver á separaros de vuestra esposa.

—¿Y el empeño en que vos os encontráis?

—Esta misma noche me sacaréis de él, y os habré debido tanto como si fuerais mi padre: ahora, don Juan, oid las razones que he tenido y tengo para ampararme de vos.

XVIII

Ludgarda empezó de este modo su relación.

—Los Van-Deosten son burgraves del imperio germánico desde tiempos remotos.

Siempre en la historia de los Van-Deosten ha habido algo obscuro, algo misterioso.

El sello de la fatalidad está impreso como un signo de raza sobre la frente de los Van-Deosten.

¿Conocéis al burgrave Miguel de Van-Deosten, marqués?—preguntó Ludgarda.

—Sí—contestó don Juan—, le conocí, como he conocido á otros tantos magnates, alemanes y flamencos, hace trece ó catorce años, cuando era yo paje del archiduque Carlos de Austria, que era rey de España, y estaba llamado á ser emperador de Alemania.

—¿Recordáis bien al burgrave Miguel de Van-Deosten?

—Sí, era un hombre como de cincuenta años, alto, seco, pálido, sombrío; jamás le he oído más que estos dos monosílabos. sí y no, y esto cuando le preguntaba el rey; le llamaban el

silencioso: se creía que desgracias ó enfermedades le habían reducido á aquel estado.

—¡Crímenes!—dijo Ludgarda.

—También se murmuraba algo de eso; se hablaba de cierto hermano mayor que había muerto de una manera misteriosa, y cuyo cadáver, sin que nadie le hubiera visto el rostro, había sido enterrado en el panteón de la familia en la catedral de Colonia.

—Sí, Ludovico de Van-Deosten, mi padre—dijo Ludgarda.

—Todo el mundo o cree hija de Miguel.

—Yo lo creía también, hasta hace ocho días; pero tengo la prueba de que soy hija de Ludovico, que Ludovico vive, y que en vez de él fué enterrado un esclavo muerto por un veneno.

—¿Quién os ha revelado todo eso?—dijo don Juan.

—Un monje en pena, uno de los monjes blancos de la abadía, entre cuyas ruinas os he esperado yo esta noche.

—Creéis que sea una verdad la tradición que dice que algunas veces se ven vagar en las ruinas de la iglesia de la abadía los monjes blancos que dicen se llevó el diablo, agitando en una solemnidad religiosa, llevando en procesión imágenes y cruces, y alumbrándose con antorchas de luz verdosa?

—Yo he visto á esos monjes blancos deslizándose por entre las ruinas como sombras, mientras uno de ellos en la gran sala de capitulo de la abadía, donde me habéis encontrado esta noche, me contaba, con la capucha echada sobre el rostro, la historia de mi familia; una historia terrible, marqués; infinitamente más terrible que todo lo que podéis figuraros.

El recuerdo de esa historia era el que compadecía y mantenía siempre silencioso y sombrío á Miguel de Van-Deosten: el que le tiene hoy reducido á un espectro viviente.

—Os escucho con mucho interés Ludgarda.

—¿Conocéis las siete hermanas del Rhin, don Juan?

—Sí, son siete rocas aisladas que se levantan sobre el río, á cada una de las cuales está unida una historia de amores y desventuras.

—En nuestro país, marqués, no hay castillo, no hay cruz, no hay ruinas, no hay desfiladero, no hay roca, no hay árbol algo singular al que no esté unida una tradición en que siempre figuran un hombre, una mujer y el diablo.

Este es el país de los cuentos y de los fantasmas; por lo tanto, cada una de las siete hermanas del Rhin, tiene su historia particular.

En la mayor de las siete hermanas había ha más de treinta años un pequeño castillo.

Este castillo se llamaba la Casa de Oro, porque había tenido doradas las almenas de su torre principal, que asemejaban una corona, porque la torre era redonda.

Este castillo había sido construido hace tres siglos, por un emperador de Alemania para una mujer hermosísima, á quien guardaba un negro viejo, que según cuenta la tradición, era el diablo.

Hermesinda cantaba como una alondra, y dicen que era tan hermosa, que cuando se asomaba de noche á los miradores de la gran torre, el Rhin se iluminaba con el resplandor de su hermosura.

Muchos enamorados, muchos aventureros y muchos hombres de gran valor, habían pretendido conocer á Hermesinda, y se habían atrevido á acercarse á la roca donde se alzaba el castillo.

Pero apenas la barca en que iban tocaba á la roca, se hundía, y el río tragaba al imprudente que se había atrevido á acercarse á la morada de Hermesinda.

Sólo un hombre que iba al expirar la luna en una barca que la corriente arrastraba, ponía con seguridad el pie en la roca, y adelantaba hacia la puerta del castillo, que se abría silenciosa delante de él, dejándole llegar hasta los brazos de la hermosísima Hermesinda, que le esperaba enamorada.

Este hombre era el emperador Roberto, que según es fama, á pesar de ser rey de romanos, había vendido su alma al diablo, lo que no le impedía llevarse bien con el Papa.

Murió Roberto el diablo ó el endiablado, y sin embargo, al expirar de cada luna, la barca, conduciendo á un caballero, continuó llegando á la roca, y entrando el caballero hasta el retrete de Hermesinda.

Se cree que aquel caballero no era otra cosa que el espectro del emperador Roberto.

Pasaron años y más años, y un siglo y otro y otro, y no se guarda memoria de que una sola noche se hubiese interrumpido el dulce, el magnífico canto que de la torre salía.

Decíase que Hermesinda no era una mujer, sino una hada inmortal y maligna, que atraía á los enamorados y á los aventureros para devorarlos, á la mayor de las siete hermanas del Rhin.

Hace treinta y un años, el burgrave Ludovico de Van-Deosten, oyó cantar esa conseja, y de tal manera le ponderaron la suavidad y la armonía del canto de la dama que habitaba en la mayor de las hermanas del Rhin, que decidió ir por sí mismo á saber lo que hubiese de cierto en la leyenda fantástica que le habían relatado.

Ludovico se acercó una noche á la roca, solo, en una barca que él mismo guiaba, sin temor alguno que al tocar en la roca la barca, ésta se hundiría arrastrándole consigo al fondo del río.

En efecto, la barca tocó en la roca, y ninguna desgracia aconteció al burgrave.

Poco después, al salir la luna, Ludovico oyó el preludio de un arpa, y luego una voz magnífica que entonaba con dulzura y armonía la balada antigua de las espigaderas encantadas.

Ludovico adivinó por aquella magnífica voz una mujer magnífica, y se enamoró con toda la intensidad con que se enamora el que se finge una hermosura á medida de su deseo.

La voz estuvo cantando con pequeños intervalos de descanso durante una hora.

A través de los vidrios de colores del mirador de la gran torre, se transparentaba dulcemente el reflejo de una luz.

La luna iluminaba por fuera de una manera opaca aquel mirador.

Apenas cesó el canto, se abrieron las vidrieras del mirador, y apareció en él una figura tan blanca, que parecía resplandecer.

La figura de una mujer.

Ludovico, que había permanecido en la barca, saltó á la roca y trepó por ella, y llegó á una pequeña plataforma al pie de la torre, bajo el mirador, en el cual permanecía la dama blanca.

Esta había visto á Ludovico, y sin embargo, no se había retirado del mirador.

Ludovico la saludó en alta voz, quitándose su birrete, y la dama, inclinándose sobre el mirador le dijo con voz dulce y lánguida que dejaba conocer una gran juventud, con una purísima voz de niña.

—¿Quién sois? ¿qué queréis?

—Soy—contestó mi padre—, el burgrave Ludovico de Van-Deosten, que vengo de Colonia sólo por oiros y por conoceros.

—¿No os han dicho—dijo con acento ligero la niña—, yo que soy una mal hada que atraigo á los temerarios para devorarlos?

—Vos sois un ángel de luz, señora—dijo Ludovico.

—Y aunque yo no sea lo que las gentes cuen-

tan—continuó la joven—, ¿no teméis que pueda haber un gran peligro en acercarse á mí?

—Para el burgrave Ludovico de Van-Deosten, señora, no existe el peligro — contestó con altivez mi padre.

—No sois tan joven — dijo la dama blanca—, que se os pueda tener por imprudente.

—Ni tan viejo—contestó mi padre—, que no pueda tener la esperanza de ser amado.

—Si hemos de creer á lo que las consejas populares dicen—contestó con más ligereza la dama—, por muy viejo que seáis, siempre seréis más joven que yo; porque según cuentan, yo debo tener más de trescientos años.

—Lléveme el diablo—dijo mi padre—, si vos tenéis más de diez y ocho; excelente edad para casaros con un hombre de treinta y cinco como yo.

—No nombréis aquí al diablo, burgrave, no sea que el diablo se os aparezca — dijo riendo la niña.

—El diablo, en efecto, está delante de vos, caballero—dijo un hombre, saliendo de detrás de uno de los accidentes de la roca y presentándose á mi padre.

Al mismo tiempo, la dama blanca desapareció del mirador, y cerró sus vidrieras.

El hombre que se había presentado á mi padre, era alto, fornido, grave; llevaba un casco y una coraza que parecían de plata, y su rostro y sus brazos desnudos desde el hombro eran negros.

El resto de su traje era rojo, y de un tahallí rojo también, llevaba pendiente una espada ancha y corta; una espada antigua.

—Pero el diablo que se os ha presentado, burgrave—continuó aquel hombre—, es un diablo muy razonable y muy temeroso de Dios. La noche está un poco fría; si queréis que recíprocamente nos expliquemos, venid conmigo, y al lado de un hogar bien provisto de encina, beberemos un frasco de nuestro buen vino del Rhin, y comeremos una buena empanada de hígado de pato; esto es, si no teméis que el vino y el hígado gordo estén envenenados, ó produzcan algún maleficio.

—Os sigo — dijo el burgrave.

El negro echó á andar hacia un flanco del castillo, y como al pasar delante de una gran puerta forrada de hierro preguntase el burgrave al negro, por qué no entraban por allí, el negro le respondió:

—Por esta puerta, que hace muchos años está cerrada, no puede entrar ni salir otra persona que el esposo de la señora de la casa dorada; como vos no lo sois, por más que

seáis un príncipe del imperio, entraréis por el postigo, ó no entraréis.

— Mi padre siguió al negro.

Al fin de un lienzo de muralla, había una pequeña torre cuadrada, por entre cuyas almenas salía una ligera espiral de humo, que denunciaba un hogar encendido.

En el ángulo de aquella torre con el muro, había una puertecilla estrecha y profunda, que el negro abrió, dejando pasar por cortesía delante al burgrave, entrando después y cerrando tras sí la puerta.

El burgrave se encontró en un pequeño espacio de bóveda circular sostenida por un pilar en el centro.

En aquel pilar había una gran linterna de hierro clavada, alumbrando con un resplandor opaco aquel espacio.

Alrededor del muro había colgadas infinitad de espadas de épocas distintas y de distintas formas.

— ¿Qué es esto?—dijo el burgrave, señalando aquellas espadas.

— Cada una de esas espadas—dijo el negro— ha pertenecido á un temerario muerto; confío en que la vuestra, burgrave, no aumentará el número de esas espadas.

— ¿Y cuál ha sido la temeridad de los dueños de esas armas? — dijo con altivez Ludovico.

— La de obstinarse en conocer á viva fuerza á la dueña de este castillo.

— ¡Ah! pues mi espada no se contará entre el número de esas—dijo el burgrave—, porque yo no exigiré violentamente conocer á la hermosa Hermesinda.

— ¡Ah! vos creéis, atendiendo al cuento, que se llama Hermesinda la dama que habéis visto en el mirador. En ese caso, esa dama debería contar trescientos cincuenta y cinco años, tres meses, catorce días y cinco horas: eso no es exacto, burgrave: el cuento acaba dentro de este castillo: Humberta, que así se llama mi señora, no tiene más que diez y ocho años, que los ha cumplido al mediar esta misma noche, en el momento en que se asomaba al mirador.

— ¿Sabéis que es una coincidencia singular el que yo la haya visto en el momento en que cumplía años? — dijo el burgrave.

— Pasad, príncipe, pasad—dijo el negro—, por esta escalera llegaremos á una habitación mejor, más bella y menos fría.

Y señalaba al burgrave una pequeña puerta, en la que inmediatamente arrancaba una escalera de piedra en espiral.

Al fin de aquella escalera, el burgrave se encontró en un pequeño espacio, iluminado por

una lámpara; al frente había una puerta con marco de roble ornamentado, y mampara de cuero de Flandes labrada en oro.

El negro abrió aquella mampara, y la mantuvo abierta para que pasase el burgrave.

Este se encontró en una bella cámara pavimentada de mármol blanco, con paredes cubiertas con tapices de Flandes, techo rico ensablado, una gran mesa redonda en el centro, y sillones alrededor.

Al frente de la puerta de entrada había una gran chimenea de mármol negro, en cuyo fondo ardía la brillante llama de algunos troncos de encina.

Una lámpara de tres mecheros pendía del centro del techo, sobre la mesa.

En el muro de la derecha de la chimenea, había una ventana ojiva y ornamentada y dorada, cerrada por vidrieras de colores.

En el muro de la izquierda una preciosa puerta, cuyos relieves estaban también dorados, cerrada por un tapiz.

En el mismo muro de la chimenea, á derecha é izquierda, dos pequeñas puertas.

A ambos lados del hogar, dos bellos escaños de madera tallada, con cojines de terciopelo rojo con borlas y galones de oro.

Por último sobre el dosel de la chimenea se inclinaba el escudo imperial de Austria, sostenido por las garras, del águila de dos cabezas coronada.

— De aquí no pasaréis—dijo el negro—, sino pasando por cima de mi cadáver, burgrave; pero sin pasar de aquí, seréis servido á vuestro placer; si queréis permanecer aquí por un tiempo indeterminado, tras esa pequeña puerta situada á la derecha del hogar, hay lecho y cuanto se necesita para la comodidad, el aseo y el descanso. Por esta otra puerta de la derecha del hogar, entra y sale la servidumbre, esa otra puerta cuyo paso solo impide un tapiz, guía á las habitaciones de Humberta: esa puerta y aun ese tapiz, os están prohibidos; tal vez en este momento, oculta detrás de ese tapiz, os mira Humberta. Espero que no me obligaréis á trataros como han sido tratados otros que se han atrevido á poner la mano en ese tapiz, ó más bien, que han intentado ponerla; porque nadie le ha tocado sino yo; porque nadie le tocará sino el esposo de Humberta.

— Yo respetaré ese tapiz como lo respetaré todo en el hogar ajeno—dijo el burgrave.

— Sentaos, pues.

El burgrave se sentó.

— ¿Y vos no os sentáis?—dijo al negro.

— No señor; yo soy siervo; yo no puedo sentarme á la par de un príncipe, no debo sentarme: voy á servirlos la copa de bienvenida en nombre de mi señora.

Y el negro dió una fuerte palmada sobre la mesa de roble.

A aquella señal, por la puertecilla de la derecha del hogar, apareció una sirvienta joven vestida de blanco con una toquilla blanca en la cabeza, y tendidas las trenzas á la espalda.

—Herminia—dijo el negro—, ve á pedir á la señora la copa del hogar.

Herminia adelantó hacia el tapiz prohibido al burgrave, le abrió dejando ver un fondo oscuro y pasó.

—He ahí—dijo Ludovico—, otra de las personas autorizadas para levantar ese tapiz.

—Es una de las doncellas de Humberta—dijo el negro.

—Tiene, pues, una noble servidumbre vuestra señora.

—La necesaria, príncipe: dos doncellas, un aya, dos criadas inferiores, un cocinero y algunos criados de cocina, y una docena de hombres de armas para la defensa del castillo.

—Es, pues, rica vuestra señora.

—No y sí; nada tiene y nada le falta.

—¿Es tal vez hija desconocida de algún poderoso?

—No por cierto: lo que Humberta es, lo sabréis si Humberta quiere que lo sepáis; habéis llegado como un viajero á este castillo, se os ha dado como debía dárseos hospitalidad, y se os ha dicho acaso más de lo que se os debiera decir: pero he aquí á Herminia que vuelve.

Se oían detrás del tapiz, acercándose, las leves pisadas de una mujer.

Se abrió el tapiz y apareció Herminia, trayendo en una mano, sobre una fuente de hierro cincelado, incrustado en oro, una gran copa de oro, esmaltada y cincelada, llena de dorado vino del Rhin.

La doncella se acercó tímida y ruborosa al burgrave.

El burgrave se asombró de la maravillosa hermosura de la doncella.

—En nombre de mi señora—dijo ésta con voz dulcísima—, aceptad esta copa, apurad su contenido y lleváosla con vos.

—¿Qué significa esto?—dijo el burgrave.

—Eso significa, príncipe—dijo el negro—, que mi señora acepta vuestro homenaje, que se os promete; de otro modo, no os invitaría á que os llevaseis con vos la gran copa de paz y de alianza de su familia; aceptarla, burgrave, es prometeros á vuestra vez, es aceptar un enlace próximo.

El burgrave tomó la copa, bebió la mitad de su contenido, y presentó la copa á Herminia, diciéndola:

—Apurad el resto, ¡oh, vos la mujer más hermosa y más pura que mis ojos han visto! Herminia alzó la frente, y su mirada, azul, diá-

fana, radiante, abarcó y envolvió al burgrave.

Después tomó de su mano la copa, apuró el resto y presentó la copa vacía al burgrave.

—No—dijo Ludovico—; devolved su copa de familia á vuestra señora; ni acepto su promesa, ni me prometó á ella: vos, sacadme al momento de aquí: voy á alejarme, y no volveré á acercarme jamás á la mayor de las hermanas del Rhin.

Una segunda mirada, intensa, ardiente, de la joven que estaba delante del burgrave, envolvió á éste en un nuevo vértigo.

—Mi señora guardará un mal recuerdo de vos, príncipe—dijo Herminia, manteniendo su poderosa mirada fija en la mirada absorta del burgrave—, si salís así de su casa.

—No puede ser de otro modo, joven—dijo el burgrave—; no insistáis más; rogad á vuestra señora que me perdone: yo parto de este castillo, que verdaderamente debe estar dominado por el diablo.

—Insisto, príncipe—dijo la joven—, en que no debéis partir de esta manera; tanto más, cuando sepáis que Humberta os aguarda para daros por sí misma la bienvenida, para deseáros felicidad cuando partáis.

El burgrave hizo un movimiento de decisión, y dijo á la joven:

—Guiad.

El negro tomó de sobre la repisa de la chimenea una lámpara de hierro, la encendió, fué al tapiz, le abrió, y dejó pasar á la joven, que con extrañeza del burgrave no le cedió el paso.

Tras la joven siguió Ludovico.

Por último el negro alumbraando.

Atravesaron una galería cerrada por vidrieras de colores, llegaron á un extremo, á una puerta por la cual pasó la doncella penetrando en una antecámara iluminada por una lámpara.

El burgrave pasó, y el negro se volvió desde allí.

Herminia, seguida del burgrave, penetró en una magnífica cámara alumbrada por un candelabro en que ardían seis bujías de cera perfumada, puesto sobre una mesa de alabastro con pies de bronce.

—En aquella mesa se apoyaba un arpa de maderas preciosas.

Junto á la mesa había un alto sillón de ébano con asiento y respaldo de terciopelo, mostrando en su coronamiento el águila imperial de dos cabezas, coronada, sosteniendo el blasón de Austria.

La cámara era regia.

Delante de aquel sillón, había una gran copa de plata con fuego.

En un ángulo había un gran lecho cerrado por colgaduras blancas.

En otro ángulo, un bello reclinatorio con una virgen de los Dolores, alumbrada por una lámpara de plata.

En el atril del reclinatorio, una hermosa Biblia, magníficamente manuscrita en pergamino vitela, y abierta por el libro de Ester.

Sillones de ébano sin blasón, y más pequeños que el que estaba junto á la mesa, rodeaban los muros.

En uno de ellos se veía el gran ajimez, correspondiente sin duda al mirador donde Ludovico había visto aparecer á la dama blanca.

Los muros sobre el zócalo de madera tallada y dorada, dejaban ver entre grandes marcos ornamentales de adornos dorados sobre fondo pardo, extensas pinturas al fresco, representando pasajes del Antiguo Testamento.

Sobre un ancho friso de madera de gran relieve, en que alternaban los blasones de Austria sostenidos por genios, se levantaba el gran techo de ensambladura, profundamente labrado, según el estilo gótico.

Del rosetón del centro pendía una gran lámpara dorada de seis mecheros y apagada.

Por último, una gruesa y rica alfombra cubría el pavimento.

La joven acercó un sillón á la copa, y dijo al burgrave:

—Sentaos aquí, príncipe: en ese sillón blasonado no se puede sentar nadie más que el emperador, ó el archiduque, ó cualquiera de los príncipes de la sangre, ó Humberta.

—Humberta, pues—dijo el burgrave—, pertenece á la familia imperial.

—Sí—contestó la joven bajando los ojos—; por un mal título, por bastardía, allá desde los tiempos del emperador Roberto, que construyó este castillo para una manceba suya.

Y la joven pronunció con trabajo sus últimas palabras.

—¿Y vos por qué servís?—dijo el burgrave que no cesaba de mirar á la doncella.

—Sirvo ahora... por necesidad.

—Yo no me atrevo á deciros nada, joven—dijo el burgrave—, temo...

—¿Qué?—dijo la doncella fijando una tercera mirada enloquecedora en Ludovico.

—Temo—dijo éste—, pronunciar palabras vanas; y sin embargo, yo que me había propuesto salir de aquí en silencio para no volver, no callaré más; suceda lo que quiera; necesito deciros que os habéis apoderado de mi alma; no me interrumpáis; nada temáis; yo no pretendo manchar la pureza que de vos emana... me habéis vuelto loco. ¿Queréis ser mi esposa?

—¡Yo! ¿esposa yo de un príncipe del imperio?

—Me habéis hecho vuestro esclavo.

—Permitid, príncipe: ¿habéis rechazado por eso la copa hereditaria de Humberta de Austria?

—Sí; después de haberos conocido á vos, yo no podría ser feliz, ni con Humberta ni con ninguna otra mujer.

—¿No creéis que nos separa una gran distancia?

—Esa distancia la ha llenado el amor.

—¿No creéis que en esta cámara no debe escuchar palabras de amor más que Humberta? creéis que Humberta puede estaros escuchando?

—Esa señora me perdonará.

—Pero yo, príncipe, no puedo oír esas palabras que me ofenden.

—¿Que os ofenden!

—Sí, en un momento de locura que yo no creía haber podido inspirar á nadie, y mucho menos á un altivo burgrave, las promesas nobles y dignas, á nada obligan; porque no las dicta la razón; yo no puedo aceptar más que unos amores legítimos, y vos, príncipe, no os atreveréis, de seguro á llevarme asida en la mano ante el altar públicamente y con la pompa que vuestro rango exige.

—Sí, si vos consentís—dijo el burgrave, á cada momento más fascinado—; y en prueba de ello, aceptad la sortija de desposada de mi madre, heredera de abuela en abuela: sortija que yo traía para en el caso de que me hubiese enamorado Humberto, y ella me hubiese aceptado por esposo.

Y Ludovico sacó de su limosneta una pequeña caja de terciopelo encarnado, la abrió, y presentó á la joven una magnífica sortija de oro, con un grueso diamante.

La joven se conmovió, y por algunos momentos no pudo hablar.

—¡Dios lo quiere!—dijo—, y sin embargo... venid.

Y se acercó al reclinatorio.

El burgrave se acercó también.

—Jurad delante de esta santa imagen de la madre de Dios—dijo ella—, que estáis libre de todo amor, de todo empeño de conciencia.

—Lo juro—dijo el burgrave extendiendo su mano sobre la Biblia.

—Jurad que me ofrecéis libremente por un impulso de vuestro corazón la sortija de desposada de vuestra madre.

—Lo juro.

—Pues bien, príncipe, seré vuestra, cuando me pidáis á Humberta de Austria.

—Ella me ha ofrecido su copa y yo la he rechazado: la he rechazado por vos.

—No importa, príncipe, no importa: Humberta me cederá á vos con alegría; Humberta os dirá quien soy yo, y sabréis que entre nosotros no existe distancia alguna, que podáis llevarme con orgullo ante el altar.

—Y bien ¿dónde está vuestra señora?

—Vistiéndose convenientemente para recibiros de un modo digno; es posible que tarde aún; os suplico, que hasta que la veáis no me habléis de amores; y como no quiero que os fastidiéis, permitidme que os entretenga contando la bella balada de las espigadoras encantadas, tan popular en el Rhin.

Y la joven se acercó á la mesa, tomó el arpa, y después de un breve preludio cantó.

El burgrave escuchó la misma voz deliciosa que había escuchado una hora antes desde afuera.

—¡ Ah! — dijo el burgrave — ¡ sí, vos sois! —
—¿Y quién soy yo?—dijo con seriedad y cuidado ella.

—La divina belleza que yo adiviné oyendo esa balada; yo creía que quien cantaba era la señora de este castillo.

—Perdonad, príncipe, perdonad—dijo la joven profundamente conmovida—; pero Humberta tarda en presentarseos; voy, voy á procurar que tarde menos: os dejo solo, no os impacientéis. Y escapó.

Pasó un cuarto de hora, durante el cual, sólo con su pensamiento el burgrave, acabó de volverse loco por aquella encantadora niña.

Al fin se oyeron pasos precipitados, se abrió un tapiz, y apareció una dama deslumbrante, vestida con una riquísima túnica de brocado azul en plata.

Venía con la cabeza inclinada, y cubierto además con una mano el semblante.

Llegó á la mesa, se sentó en el sillón, y con la cabeza inclinada aún, dijo con la voz trémula de emoción:

—Burgrave de Van-Deosten, Humberta de Austria os concede la mano de la mujer que amáis.

El burgrave se estremeció; se acercó rápidamente á Humberta, y la apartó la mano del rostro.

Ella le miró, y le embriagó con su mirada azul.

El burgrave cayó á sus pies de rodillas.

—¡ Ah! — exclamó — ¡ erais vos, señora!

—Sí, yo era — contestó la joven — : dadme la sortija de desposada de vuestra madre, y llevaos la copa hereditaria de mi familia. En esa copa no volverá á beber nadie hasta que vos se la brindéis.

—Desde el momento en que la llamada Herminia va á presentar la copa al burgrave, siguiendo una antigua costumbre alemana, reconoci en ella á Humberta—dijo don Juan.

—Yo no os he hecho un misterio de ello—dijo Ludgarda—: se comprende perfectamente que lo que mi madre quería era ver si enamoraba por sí misma á mi padre, que iba preocupado con la idea de la dama que la tradición decía habitaba en la casa dorada sobre la mayor de las siete hermanas del Rhin.

Quería saber si inspiraba á mi padre un amor bastante para hacerle prescindir de todas las distancias, y unirse con una pobre doncella.

Humberta había hecho aquello por curiosidad, y el amor repentino que su gran hermosura inspiró á Ludovico, la hizo enamorarse á su vez de él.

Pero he aquí que salimos de la selva, don Juan; que ya se ve á lo lejos el castillo de Van-Deosten y las luces que relumbran á través de sus ajimeces y galerías.

Detengámonos: empieza á salir la luna; sentémonos en uno de estos ribazos, y seguiréis escuchándome, porque para hacer lo que debéis, si habéis de ampararme, necesitáis conocer mi historia, y aun falta mucho de ella.

—Capitán Vanloo — dijo don Juan al aventurero, que se acercaba con su gente—; permaneced dentro de la selva y mandad que echen pie á tierra, y descansen hasta que yo os avise.

—Muy bien, señor marqués; cuando me necesitéis, enviadme á vuestro escudero—dijo Vanloo. Y retrocedió con sus jinetes, volviendo á meterse en la selva.

—Antón—dijo don Juan—, echa pie á tierra, y ven á tenerme el caballo.

Gabilán empezó por poner en el suelo á Dolores, desmontó, dió las bridas á su compañera, con quien ya se encontraba en una gran inteligencia, y fué á servir de estribo á Ludgarda para que bajase.

—¡Vive Dios—dijo para sí el lacayo, mientras Ludgarda se apoyaba en sus dos manos—, que pie más cuco, no le he sentido en toda mi vida! ¡y luego dirán que las alemanas tienen el pie de una legua de andadura!

Una vez en el suelo Ludgarda, don Juan desmontó, y dejando su caballo á Gabilán, dió el brazo á Ludgarda, y se alejó con ella hacia un lindero de la selva.

XIX

Don Juan tendió su capa sobre un montecillo de tierra cubierto de musgo, y Ludgarda se sentó.

Don Juan se recostó junto á ella.

La luna alumbraba con suma claridad.

A lo lejos, como á un cuarto de legua de distancia, se veía la gran masa del castillo de Van-Deosten.

Más allá, en el horizonte, se veía la silueta de la ciudad de Colonia, y alzándose sobre ella, como un negro gigante, la altísima aguja de la catedral.

—Esta noche será memorable para mi por más de un concepto—dijo Ludgarda—; y en cuan-

to á vos, don Juan, creo que no la olvidaréis fácilmente...

—¿Cómo puedo yo olvidarme de vos, señora?

—Prescindid de mí, marqués; acordaos de vuestra solitaria de Gaute; á ella os debéis, y por ella siento casi un pesar; más que un pesar, un remordimiento por haberos metido en esta aventura, que os lo aseguro, es peligrosa.

—Donde no hay peligro, Ludgarda—contestó don Juan—, no me siento yo bien: pero explicadme una cosa antes de que continuéis vuestro relato.

—¿Qué, don Juan?

—Es más de la media noche; la una menos cuarto—añadió don Juan, consultando su enorme reloj—¿por qué continúa iluminado aún el castillo de Van Deosten?

—Se me estará esperando para la boda.

—¿Pues qué, no os habrán echado de menos?

—No; ya llegaremos á la explicación de eso: ahora oid la continuación de mi relato.

Ludovico de Van-Deosten, mi padre, oyó de boca de mi madre la historia siguiente:

«Había en la ciudad de Colonia, ha más de tres siglos y medio, durante el reinado del emperador Roberto, un hombre misterioso, que no se sabía de donde había ido, ni á qué había ido á Colonia, ni si era alemán ó extranjero.

Vivía en un arrabal, en una casita de piedra situada en el centro de un huerto cercado de un muro, y nadie había pasado aquel muro ni acercándose á la casita desde que el hombre misterioso habitaba en ella.

Nadie entraba ni salía, más que este hombre cada tres ó cuatro días al mercado, muy de mañana, para comprar provisiones, y no volvía á versele hasta pasado otro tiempo.

Los estudiantes, que constituían la mayor parte de los habitantes del arrabal, porque en él las hosterías eran baratas, repararon en lo silencioso y cerrado de aquella casa, en que antes habitaban unas lindas costureras, lo más alegres del mundo.

Como el estudiante alemán es audaz y valiente, y no piensa en nada que no sea una diablura, estos señores se propusieron saber qué era lo que pasaba en la casita, y la rondaron especialmente de noche.

La casa estaba siempre á oscuras, pero no siempre muda.

Poco después de las primeras horas de la noche se oía el preludio de un arpa, y luego la voz pura, deliciosa y argentina de una mujer, al parecer muy joven, que cantaba la balada de les espigadoras encantadas.

Esto bastó para que los estudiantes se propusiesen conocer á todo trance á la sirena que se ocultaba en la casa misteriosa.

Conocieron al hombre que de aquella casa salía,

y vieron que era un viejo alto, flaco, de mirada sombría y recelosa, vestido de negro, y al parecer, de muy mal carácter y muy poco dado á entablar conversación con el primero que le hablase.

¿Cómo se llamaba aquel hombre? ¿quién era?

Los estudiantes se valieron de mil artimañas para sacar el nombre del cuerpo al desconocido, y nada consiguieron.

Cuando llegaban á él con una carta y le preguntaban, por ejemplo:

—¿Sois Pablo de tal, ó Joseph de tal, ó Lamberto de tal familia, ó Guillermo de la otra?

El incógnito les miraba fosco, y les contestaba con voz terrible y amenazadora:

—Quitaos de en medio, y no deis lugar á que yo os haga arrepentir de haberme tentado la paciencia.

Un día, aburridos los estudiantes pensaron que si le armaban camorra, de resultas de la cual tuviesen que intervenir los burgomaestres y prender á nuestro hombre, aunque también hubiesen de ser presos algunos estudiantes, se sabría quién era, y sobre todo, se conocería á la mujer que se ocultaba en su casa.

En efecto, una mañana muy temprano, cuando el desconocido salía para ir al mercado á hacer provisiones, Cristophano Astop, el más antiguo de los estudiantes de derecho, y el bedel más terrible de la universidad, se acercó al desconocido y le dijo, dejándose á retaguardia otros ocho ó diez estudiantes, todos formidables:

—Caballero, vivís en el arrabal sabio, en una casa que ha sido un delicioso templo de amor, de juventud y de hermosura, y que vos habéis convertido en una especie de sepulcro, del cual, sin embargo, sale todas las noches una divina voz de mujer: los estudiantes de Colonia, caballero, son muy galantes, y no pueden dejar pasar más tiempo sin ofrecer sus respetos al ángel que en esa cerrada casa habita con vos; por lo tanto, se os intima para que señaléis dentro de un breve plazo el día y la hora en que una comisión de la universidad pueda ir á rendir homenaje á vuestra hija, vuestra parienta, vuestra pupila ó vuestra amante.

—Estás loco, Cristophano Arlop—dijo el encubierto.

—¡Ah! ¡me conocéis!—dijo Cristophano—, nada tiene de extraño, porque á mí, por mis méritos especiales me conocen casi todos, y sin excepción todas, menos esa señora que vos, contra todo derecho y sin precaver las consecuencias, os guardáis para vos solo.

—Si hablas una palabra más, Cristophano—dijo el hombre sombrío—, te saco el esternón con la espina dorsal.

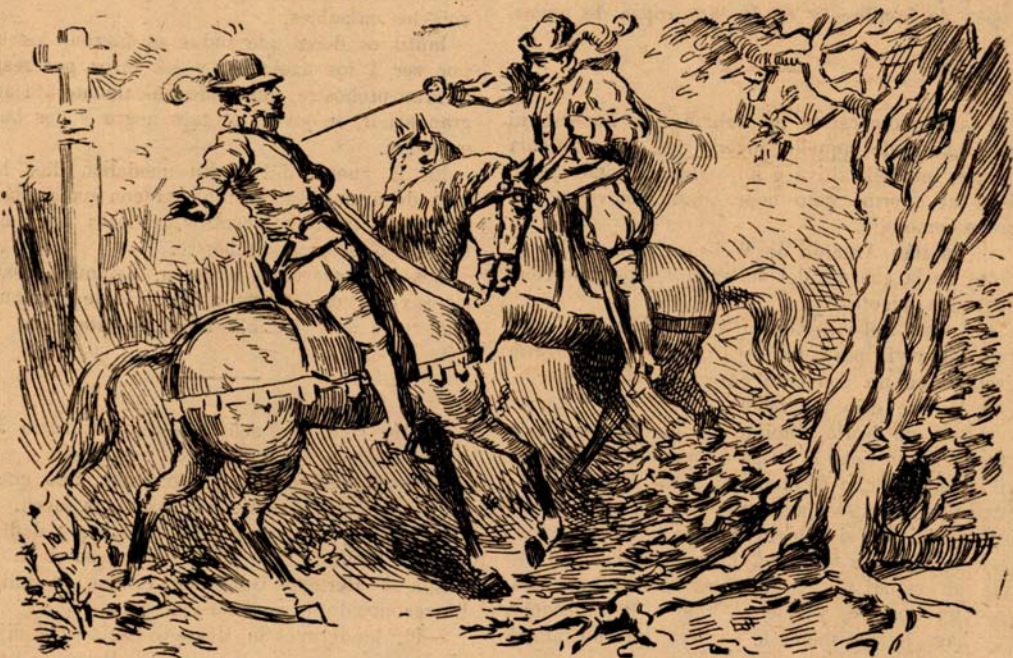
Cristophano, que lo que quería era un pretexto para armar camorra, cruzó de una bofetada

el rostro del incógnito, que no hizo el menor movimiento ni exhaló la más ligera exclamación, reduciéndose únicamente á extender el brazo con el puño cerrado sobre el pecho del insolente bedel, que se encogió, se llevó las dos manos al pecho, tosió de una manera ronca y horrible, y pálido y con los ojos desencajados de espanto, arrojó un vómito de sangre y cayó de espaldas.

El incógnito había cumplido su amenaza; había

soldados de guardias del emperador, y una multitud de vecinos armanos con picas, espadas, ballestas y palos. Muchos estudiantes habían acudido también, y todo era tumulto y voces en el arrabal.

Por más que el incógnito fuese bravo como un león, y como un león sin miedo, cercado por



Y llegando junto al jinete le tiró una estocada (pág. 58).

hundido el esternón del estudiante en un puñetazo.

Los otros estudiantes que vieron que el lance se había hecho lúgubre, tiraron de sus estoques negros, y con ellos de punta y sedientos de venganza por la muerte de su compañero, se lanzaron sobre el desconocido.

Este no tiró de otra espada, porque no la llevaba, pero sacó de entre su manga un hastil de hierro como de pie y medio de longitud, á cuyo extremo había una cadena de otra tanta extensión y á su cabo una bota erizada de puntas de acero.

Con esta maza giratoria y terrible, el incógnito mató otros dos estudiantes, estropeó á otros tres, y puso en fuga á los restantes, pero no sin que acudiese un burgomaestre, un capitán y algunos

todas partes, acometido, agobiado, preso por un lazo al cuello como si hubiera sido una fiera, fué arrastrado y conducido mediomuerto á la cárcel de la ciudad.

Su casa fué invadida por la estudiantina y por los vecinos, y los burgomaestres se vieron negros para poner á salvo de la rabia escolar y popular, á una joven de diez y seis años, única persona que con un gato negro encontraron en la casa.

La joven no podía ser más hermosa, ni más alta, ni más esbelta, ni más robusta, ni más majestuosa.

Se la preguntó quién era, y nada contestó.

Se encerró en un altivo silencio, é inútiles fueron los ruegos y las amenazas para que hablase.

No podía prendérsela, porque ninguna culpa tenía de lo que había acontecido, ni podía dejársela sola y abandonada siendo tan hermosa, y

nabiendo sido la causa de que los estudiantes se atreviesen á aquel desafuero que tanta sangre y tanto tumulto había causado.

En la casa no se habían encontrado más que algunos muebles modestos, un arpa de maderas preciosas, que era la misma que usaba Humberto, y un armario con grandes libros en pergamino, manuscritos de una manera ininteligibles, con caracteres que parecían cabalísticos, y dos pequeñas arcas, en una de las cuales había ropas de hombre, y en la otra ropas de mujer.

Los burgomaestres no sabían qué hacerse ni qué hacer de aquella joven, que se mantenía de pie, inmóvil, altiva é impasible, teniendo junto á sí al enorme gato negro, tan inmóvil y tan grave como ella.

El capitán Arnaldo de Weismar, jefe de los jinetes de la guardia del emperador, dijo retorciéndose los bigotes:

—A ésta debe llevarse á ver ahorcar al que con ella vivía para que escarmiente, y encerrarla después en un convento para que no se pierda.

A lo que dijo un vecino:

—Sois un bruto, capitán de fanfarrones; esta muchacha no tiene la culpa de que el que con ella vivía haya hecho el favor de librar á Colonia de cuatro estudiantes; favor que hubiera sido mucho más apreciable, si hubiera matado á cuatrocientos; que se ahorque en buen hora al padre, puesto que un estudiante, aunque no debiera ser así, vale un hombre, y que se deje á la muchacha que haga lo que mejor le parezca, que no faltará quien la recoja.

—He oído rebuznar á un asno—dijo un estudiante de teología—: es inmoral de todo punto el dejar á una chica como esa que se vaya por donde quiera para que la recoja cualquier pelaire. La facultad de Teología de la Universidad de Colonia la adopta, y se encarga de su porvenir.

—Calle el obispo en ciernes—dijo un estudiante de Derecho—: la facultad de leyes puede con menos escándalo adoptar á esa buena moza.

—¿Y os estáis así, señores burgomaestres?—dijo la voz grave de un joven caballero, que seguido por algunos hombres de armas acababa de llegar, de echar pie á tierra y de entrar en la casa.

Todos callaron llenos de respeto.

Aquel joven era el landgrave de Hesse-Golstein, Mauricio de Bramburgo, gran preboste del imperio, que iba magníficamente vestido con su túnica talar roja bordada de oro, con birrete de príncipe en la cabeza, y el collar de la orden teutónica del Toisón sobre el pecho.

—El padre, pariente, tutor ó lo que fuere de esa joven—dijo el gran preboste—, no será ahorcado, porque no debe ser ahorcado el que mata en defensa propia; pero serán puestos en la picota de la plaza del mercado y azotados por el verdugo de la prebostía hasta que sobreviniere peligro de muerte, los estudiantes de la facultad de Derecho que acompañaban á Cristophano Arlop en su provocación injusta contra el hombre que vivía con esta joven; nada tenéis que hacer aquí; los que queráis pasar el rato, idos á la plaza del Mercado, donde por nuestra sentencia en derecho, serán puestos en la picota los culpables.

Inútil es decir que todos se fueron, los unos por ver á los azotados, y los otros por respetó al gran preboste, quedando únicamente allí aquel gran señor, la joven, el gato negro y dos burgomaestres.

En la puerta del jardín quedaban diez hombres de armas de la prebostía con un capitán.

—Salid también vosotros, señores burgomaestres—dijo el gran preboste.

Los burgomaestres salieron, dejando solo, no sin envidia con la joven á Mauricio de Bramburgo, que tenía una terrible fama de libertino.

—¿Me conocéis, señora?—dijo Mauricio á la joven apenas se quedó solo con ella.

—Tan no os conozco, como que creo que no me conocéis á mí—dijo con altivez la joven.

—Voy á probaros que os conozco, y dad gracias á Dios de que al llevar preso á la prebostía á Herman Goldming estaba yo allí, lo he reconocido y me ha reconocido.

—Id, landgrave de Hesse-Golstein—me dijo—, si queréis salvar á la princesa Hermesinda; id al lugar donde he sido preso, y castigad á los miserables que me han provocado, á alguno de los cuales he muerto yo excitado por un audaz ultraje.—He aquí que he venido, princesa, y que habéis de reconocerme aunque os pese.

—¿Nada más os ha dicho Hermán?—preguntó Hermesinda.

—Nada más, señora; pero él me revelará lo que no ha podido por falta de tiempo, porque lo que urgía era venir en vuestro socorro.

—Pues bien, Mauricio de Bramburgo, lo que me tiene aquí en tu poder, es un decreto del destino de que en vano ha querido librarme de mi padre.

—¿Y de qué peligro ha pretendido libraros vuestro padre el noble rey de Dinamarca?

—Un día, su médico y su astrólogo Herman Goldming, le dijo:

—Si la princesa Hermesinda, señor, no vive durante dos años sin que nadie, ni vos mismo, sepa donde habita, qué es de ella ó si es muerta ó viva, acontecerá una inmensa desgracia á la princesa Hermesinda.



Mi padre, que después de Dios, cree en Herman Goldming, se aterró y preguntó á su astrólogo cual era la desgracia que me amenazaba.

—Las estrellas, señor—contestó Herman—, jamás hablan de una manera clara y precisa; cuando más indican; y respecto á la princesa, señalan un gran peligro sino vive fuera de Dinamarca, oculta y sin ser vista de nadie, más que de mí, que debo guardarla. Al empezar la nueva luna, la princesa debe estar ya oculta y sin ser vista de nadie, más que de mí, que debo guardarla. Al empezar la nueva luna, la princesa debe estar ya oculta.

Fui entregada á ese miserable Herman, contra el que, para defenderme, me he visto obligada á usar del predominio casi mágico que el insensato amor que le inspiró me concede; una mirada mía basta para hacerle temblar, para reducirle á la condición de un niño débil y dócil.

—¡Ah! ¡conque ese bribón de médico—dijo Mauricio—, se ha prevalido de la ciega confianza que en él ha depositado vuestro buen padre!

—¿Y no creéis que haya algo de ese funesto decreto de las estrellas en haber yo dado en vuestro poder en el momento en que he dejado de permanecer sin ser vista de nadie más que de Herman, antes de que se cumplan los dos años prefijados?

—Señora, un landgrave del imperio germánico, bien puede ser esposo de una princesa.

—Que será á la muerte de su padre, reina de Dinamarca—dijo con altivez Hermesinda.

—¿Y qué es el reinecillo de Dinamarca?—dijo estallando de soberbia el gran preboste—, en comparación con los estados del landgrave Mauricio de Bramburgo.

—Sois un miserable y un villano, que habéis subido á lo que sois por medio de bajos oficios y á la sombra del emperador Roberto—dijo acreciendo en altivez Hermosilla—; yo en vuestro poder, os desprecio como os desprecié en el palacio de mi padre el día en que os atrevisteis á decirme que me amabais.

—¡Ah! ¿y quién os libertará de mí?—dijo Mauricio, sonriendo de una manera brutal—¿quién sabrá que sois la princesa Hermesinda de Dinamarca cuando haya sellado los labios de ese miserable Herman?

—Los celos de Herman, que os conoce demasiado, me habrán librado tal vez á estas horas de vos.

Como para justificar las palabras de Hermesinda, se oyó en la calle tropel de caballos, y entró un anciano venerable seguido de algunos hombres de armas.

—Landgrave de Hesse Golsteing—dijo—, de orden de su majestad el emperador Roberto, entregadme vuestra espada.

—¿Estáis seguro de que os han dado esa

orden, gran justiciero del imperio?—dijo Mauricio, que se había puesto letalmente pálido.

—Como estoy seguro de que me han mandado que os ponga una mordaza, os meta en una silla de manos, y os lleve á encerraros en los subterráneos de la torre del Tesoro.

A una señal de Huberto de Wantell, gran justiciero del imperio, los hombres de armas que le acompañaban se arrojaron sobre Mauricio de Bramburgo, le desarmaron, le amordazaron, á pesar de su resistencia, y le sacaron al jardín, donde fué metido en una silla de manos, que el gran justiciero cerró por sí mismo con llave.

Huberto de Wantell cerró la puerta del aposento, y se quedó solo con Hermesinda, de la cual no se separaba el enorme gato negro.

—El emperador Roberto sabe quién sois, señora—dijo el gran justiciero.

—Sin duda porque se lo ha revelado Herman Goldming—dijo de una manera profunda Hermesinda.

—Herman Goldming no revelará á nadie más, que la princesa de Dinamarca, Hermesinda, está en la corte del emperador de Alemania.

—¿Ha muerto ese hombre?—dijo friamente Hermesinda.

—Morirá—dijo con un terrible laconismo el gran justiciero.

Sucedió un momento de sombrío silencio.

—Herman Goldming—continuó, tomando de nuevo la palabra Huberto de Wantell—, al entrar en la cárcel de la prebostía se amparó del emperador, y declaró que tenía que hacerle graves revelaciones, que importaba mucho fuesen conocidas del emperador sin pérdida de tiempo.

—No hay poder que se atreva á impedir que la revelación de un hombre llegue á los oídos del emperador, y á pesar de que Mauricio de Bramburgo había mandado que con nadie se dejase hablar al preso, la súplica de éste, de hacerse oír por el emperador, llegó instantáneamente al emperador, que me envió á mí para que recibiese la revelación de Herman.

Fui, le oí, supe el peligro que corríais desconocida y abandonada al poder de Mauricio de Bramburgo, mandé poner una mordaza á Herman para que no pudiese hablar con nadie, y me apresuré á ir á revelar al emperador que vos estabais en Colonia, y la situación verdaderamente peligrosa en que os encontrabais.

Ya habéis visto el resultado, señora; el landgrave Mauricio de Bramburgo ha dicho ya su última palabra: si ha llegado ya á los profundos calabozos de la torre del Tesoro, su alma se habrá separado de su cuerpo para ir á dar cuenta al Señor: Herman Goldming no tardará en seguirle; nadie, pues, sabrá que la princesa Hermesinda de Dinamarca está en Colonia.

—A no ser que vos, landgrave Huberto de Wantell, gran justiciero del imperio, reveléis al

rey Estanislao de Dinamarca donde se encuentra su hija.

—Perdonad, señora, pero yo no revelaré lo que el emperador me ha mandado guarde como un secreto, so pena de alta traición.

El emperador se vale de vos como de un vil instrumento—dijo con desprecio Hermesinda.

—Sea como quiera—dijo Huberto de Wantell—, soy vasallo del emperador; mi vida y mi hacienda le pertenecen, y le obedezco: él, por su parte, dará cuenta á Dios de lo malo que hiciere; á mí no me toca otra cosa que callar y obedecer.

—Haced, pues, lo que os haya mandado el emperador—dijo con un frío desprecio Hermesinda.

—Cuento con que os prestéis á seguirme—contestó Huberto de Wantell—: en el jardín hay una silla de manos, en la que seréis conducida.

—Pues marchemos—contestó Hermesinda, cuya entereza no se debilitaba.

El gran justiciero abrió la puerta del aposento, asió respetuosamente de la mano á la princesa Hermesinda, y la sacó fuera.

El gato negro, pegado al brial de su señora, la seguía.

El gran justiciero cerró la puerta y guardó la llave.

Cuando salieron de la casa, cerró también su puerta Huberto de Wantell, y pegó sobre el hueco de la cerradura el sello imperial.

Luego se dirigió á una gran silla de manos y la abrió.

El gato negro saltó dentro.

Nadie echó fuera al animal.

¿Qué importaba que aquel gato acompañase á su señora?

Después la princesa Hermesinda entró en la silla, que se cerró.

Hermesinda se encontró á oscuras.

La silla no tenía más que un pequeño agujero en cada una de las portezuelas.

Esta silla, rodeada por los hombres de armas que había llevado consigo Huberto de Wantell, salió del jardín á la calle.

El gran justiciero cerró la puerta de la cerca, puso en ella otro sello imperial, y uno de sus pajes clavó sobre aquella puerta un cartel en que se leía:

«El que rompiere este sello; el que sin romperle forzare esta puerta; el que sin tocar á esta puerta saltare la cerca de este jardín, ó abriere en ella una entrada; el que por cualquier otro medio penetrare en el jardín ó en la casa situada en el centro de él, será reo de alta traición, y descuartizado por tanto por

cuatro potros.—El gran justiciero landgrave Huberto de Wantell.

La silla, el gran justiciero á caballo junto á ella y los hombres de armas rodeándola, se pusieron en marcha, rompiendo por medio de la multitud de curiosos que obstruían la calle.

Los estudiantes, los vecinos y las comadres del barrio de la Universidad se quedaron sin saber quién era la mujer misteriosa que se había albergado en la cercada casa del jardín.

Cuando pasaba una hora de marcha se abrió la silla de manos, Hermesinda se encontró sola con el gran justiciero en un patio lóbrego formado por cuatro muros altísimos, en los cuales no se veía más que en la parte inferior dos puertas de hierro cerradas, y en la parte superior algunas estrechas ventanas.

Poco antes de llegar allí, Hermesinda había sentido rechinamientos de cadenas, golpes de puentes levadizos y ruidos de llaves y de goznes mohosos.

Cuando salió de la litera, siempre seguida de su gato, el gran justiciero abrió una de las puertas de hierro, pasó Hermesinda, y con el gato, volvió á cerrar la puerta, y subió, llevando á Hermesinda de la mano, por unas escaleras de caracol, iluminadas débilmente de trecho en trecho por la escasa luz que pasaba por unas estrechas sacteras abiertas en el gruesísimo muro.

A poca altura, y dejando de continuar por las escaleras, Huberto de Wantell abrió una pequeña puerta forrada de hierro, y entró con Hermesinda, de la cual no se separaba el gato, en un estrecho pasadizo: á su extremo, Huberto de Wantell, abrió una puerta de roble bellamente labrada, con hojas, filetes y adornos dorados.

Hermesinda notó que la llave con que el gran justiciero había abierto aquella puerta, era también dorada.

Sin duda estaban en el palacio imperial.

Tras aquella puerta había una pequeña cámara alfombrada, entapizada, con artesón dorado, que recibía la luz á través de unas vidrieras de colores por una pequeña ventana.

Aquella luz era pálida y débil, y parecía penetrar hasta allí por lo alto de un patio estrecho.

Atravesaron algunas otras cámaras, llegaron al fin de un precioso gabinete octógono, en que se había apurado lo regio y lo bello.

Dos grandes ventanas con magníficas vidrieras se abrían por los lados, teniendo en medio una magnífica chimenea encendida.

Al frente de esta chimenea había un gran arco, tras el cual se veía, en un dormitorio, un magnífico lecho.

Al frente de la puerta por donde habían entrado, y que había cerrado con llave Huberto de Wantell, había otra, por la que Huberto salió, cerrándola también con llave.

Hermesinda se quedó sola con su gato negro, que no se separaba de ella, y fué á una de las ventanas y la abrió.

Por bajo de aquella ventana se deslizaba el Rhin, ancho, manso, con sus profundas aguas verdinegras.

Al otro lado se extendía una ribera cubierta de árboles y completamente solitaria.

A la derecha se veían los fuertes muros de piedra del castillo, que se hundían en el río.

Cuando Hermesinda abrió la ventana, una barca se deslizaba sobre la tersa corriente del Rhin, y una pescadora á quien conducía la barca, cantaba alegremente.

Hermesinda tuvo envidia de la felicidad y de la libertad de aquella pobre mujer, que al pasar levantó la cabeza, vió á Hermesinda, y tuvo tal vez envidia de la hermosa dama que estaba asomada á una de las ventanas del castillo imperial.

Hermesinda cerró la vidriera y se sentó desalentada, pero sin muestras de debilidad, en un sillón.

Pasó mucho tiempo sin que nadie apareciese en la cámara.

La niebla de la mañana se había desvanecido, y el sol de medio día, penetrando en la cámara á través de los vidrios de colores de las vidrieras de las ventanas, proyectaba sus vivísimos matices sobre la blanca alfombra de la cámara.

Nada se oía; nada se sentía.

La alegre luz que penetraba en la cámara aumentaba, como un contraste enérgico, aquella soledad y aquel silencio.

El gato negro estaba echado á los pies de Hermesinda, que parecía dormir.

Hermesinda se asemejaba entonces, más que á un ser viviente, á una estatua.

Se oyeron pasos, vagos primero, después más perceptibles, por último, distintos: sonó una llave en la cerradura de la puerta por donde había salido Huberto de Wantell, la puerta se abrió, y apareció un hombre vestido con una ropa talar de terciopelo negro, con vueltas de armiño sobre los hombros y en el borde de sus mangas, y con un birrete dorado que comprimía su voluminosa cabellera rojiza.

Este hombre contaría á lo más treinta y cin-

co años, y era hermoso, pero con una hermosura fría, seca, sin atractivo.

Era muy blanco, y tenía los ojos fuertemente azules.

Este hombre era el emperador Roberto.

La puerta se cerró en el momento en que entró el emperador.

A pesar de esto, ni la joven se movió, ni el gato despertó.

Parecía como si nadie hubiese entrado en la cámara.

—Hace tres años—dijo el emperador—, vinisteis con vuestro padre á Colonia.

La joven no hizo el más leve movimiento.

El emperador continuó.

—Os acompañaba una gran servidumbre; damas, pajes, escuderos.

Se os había aposentado en este mismo palacio, pero al otro extremo, por la parte que mira á la ciudad.

Una noche, ya muy tarde, cuando os habíais recogido, cuando quedaba á vuestro lado en la cámara que ocupabais, se abrió una puerta secreta, y entró un hombre.

Aquel hombre era yo, que había mandado se os aposentase en aquella cámara, porque á ella podía yo ir sin ser sentido, y hablamos á solas en las altas horas de la noche.

Yo os conocía de fama; sabía que erais muy hermosa y muy altiva.

Que habíais despreciado el amor de grandes príncipes.

Cuando os vi conocí que la fama había mentido, porque vuestra hermosura era mucho mayor que lo que la fama había dicho.

Dormíais vos abandonada, descuidada.

Vuestros hermosos cabellos velaban á medias vuestro semblante, y caían sobre vuestro seno.

La blanda luz de una lámpara os iluminaba.

Yo os estuve contemplando durante mucho tiempo sin que vos despertaseis; sin atreverme yo á despertaros.

Por último, me retiré saliendo en silencio por donde mismo había entrado; pero llevando la muerte en el alma, porque sentía por vos un amor infinito, un amor del infierno.

Yo no podía pensar en vos sino de una manera desesperada.

Estaba casado como lo estoy ahora.

Desde que os vi comprendí que era inútil hablaros de amor.

Habéis venido á mi corte con vuestro padre, y yo debía respetar á mi huésped, cumpliendo rigidamente con los deberes de la hospitalidad.

No volví á abrir la puerta secreta que correspondía á la cámara en que os aposentabais.

Partisteis algunos días después, y yo perdí toda la esperanza.

Pero quedé enamorado, loco; no he podido olvidaros, Hermesinda.

Si me hubiera sido posible robaros del palacio de vuestro padre, lo hubiera hecho.

Heme aquí, pues, delante de vos, enamorado, fuera de mí, resuelto á todo.

Hermesinda no se movió ni miró al emperador, no le contestó.

El gato continuaba durmiendo.

—¡Ah! seréis mía—dijo el emperador—, ahora no os doy hospitalidad; os tengo por un acaso afortunado para mí, en poder mío.

Nadie sabe que estáis aquí.

Hermán Golming, que os trajo á Colonia sin que nadie supiese que os había traído, ni aún el rey Estanislao vuestro padre, y Mauricio de Bramburgo, no existen.

El landgrave Humberto de Wantell, me es leal como un perro, y guardará profundamente ese secreto.

Estáis, pues, ignorada de todo el mundo, en poder mío, y no os queda otro recurso para libraros de mi amor, que arrojaros al Rhin desde una de las ventanas de esta torre.

El emperador sonrió de una manera sesgada.

—Pero vos no haréis eso—continuó el emperador—, sois demasiado joven para pensar en morir, para elegir la tumba cuando se os presenta una felicidad misteriosa, embellecida por un amor inmensa.

El emperador volvió á sonreír de una manera lúgubre.

Hermesinda continuaba callando, y el gato seguía durmiendo.

—Sin embargo—prosiguió el emperador después de una larga pausa—, es tanto el poder que tenéis sobre mí, que será lo que vos queráis que sea.

Y por tercera vez el emperador sonrió de una manera más sombría, y miró involuntariamente un gran jarro y una gran copa de oro, que estaban sobre la mesa.

Hermesinda no pudo ver nada de esto, porque no miraba al emperador.

—Y bien—añadió éste—, respondedme, ¿qué queréis?

—Que respetéis á la hija de un igual vuestro—contestó con enérgica dignidad Hermesinda levantando sus grandes ojos azules como el cielo de una noche sin luna, y fijando una mirada intensa en el emperador.

—Estabais perdida en poder del miserable Hermán Golming—dijo el emperador.

—Por lo mismo, Dios me ha traído á vuestro poder para que me salvéis.

—Yo os amo como no creía se pudiese amar—dijo el emperador—, desde que os vi, mi vida no es vida, sino una agonía insostenible, lenta, infinita, que me arrastra hacia la tumba, vos podéis salvar mi vida y mi alma.

—Yo no puedo ser vuestra, estáis casado, aunque fuerais libre, no sería vuestra esposa, porque no podría amaros.

—Y bien, moriré—dijo el emperador—, pero me encontraréis noble y generoso, y sino po-

deís amarme, á lo menos me estimaréis; conozco que mi presencia os enoja, y voy á libraros de ella; en el momento, un enviado mío irá á decir á vuestro padre el rey Estanislao de Dinamarca, que estáis en mi poder, informándole de la manera que esto ha sucedido para que vuestro padre me envíe las personas á quienes deba entregaros; en tanto, princesa Hermesinda, no me volveréis á ver.

—¿Y por qué no presentarme á vuestra esposa?—dijo con acento severo Hermesinda.

—¡Ah, no! encubierta y desconocida habéis entrado en mi palacio, y desconocida y encubierta saldréis de él. Adios.

Y el emperador salió y cerró la puerta, en la cual resonaren dos vueltas de una llave.

Pasaron algunas horas.

El sol fué descendiendo hasta que la proyección de los colores de las vidrieras, por efecto de la luz del sol en el interior de la cámara penetró de una manera horizontal en el fondo del dormitorio.

Poco después, el sol se puso.

Se abrió la puerta de la cámara por donde había salido el emperador y entró Huberto de Wantell, trayendo sobre una gran bandeja de oro algunos manjares, que puso sobre la mesa, cuyos candelabros de oro encendió.

—Servís de una manera que espanta—dijo Hermesinda al gran justiciero con un acento lleno de desprecio—; el más vil de los vasallos, de vuestro amo, se avergonzaría de lo que vos estáis haciendo; pero es verdad, dicen que el emperador Roberto es cruel; que negarse á cumplir su voluntad, es lo mismo que sentenciarse á morir; y vos debéis tener un grande apego á la vida.

Huberto de Wantell no dió la menor señal de que le hubiesen conmovido aquellas palabras.

—¡Ah, sí!—dijo Hermesinda—; vos sois, sin duda, uno de esos sayones de quienes dicen se ha rodeado el emperador Roberto, honrándolos para tenerlos en su palacio, para que le sirvan mejor y más de cerca: uno de esos infames hipócritas, que parecen ancianos venerables encanecidos en la práctica de la virtud y del honor; me alegraré mucho de que os presentéis á mí lo menos que podáis.

—Me retiro, señora, dejándoos vuestra vianda—dijo impasible Huberto de Wantell—; cuando necesitéis algo, sea cualquiera la hora, llamad y acudiré. Que Dios os dé muy buenas noches, señora.

Y Huberto de Wantell salió y cerró la puerta.

Hermesinda se levantó y se acercó á la mesa donde el gran justiciero había dejado la bandeja.

En ella había cuatro platos humeantes, que contenían carne, aves y pescados, algunas confituras, frutas, pan y vino.

Hermesinda sentía debilidad, y no quería que la debilidad la postrase.

Temía, sin embargo, comer aquellos manjares, que podían contener muy bien una sustancia narcótica.

¿Cómo saber si la contenían ó no?

Hermesinda fijó la mirada en su gato negro, que se había subido en la mesa y la miraba de hito en hito con sus grandes ojos verdosos.

—¡Ah!—dijo Hermesinda—; tú, «Ariel», me sacarás de dudas.

Y cortó un pedazo de carne bastante grande, le empapó bien en la salsa y le arrojó al gato, que le devoró en un segundo.

Era necesario esperar para ver si aparecía algún efecto en «Ariel».

Hermesinda le tomó sobre sí, se sentó junto á la chimenea, y esperó una, dos, tres horas.

La necesidad de alimentarse se había hecho ya penosa para Hermesinda, y si el gato se adornecía un momento, en cuanto Hermesinda le tocaba por suavemente que fuese, despertaba.

—¡Ah, no!—dijo Hermesinda—; nada tengo que temer de esos manjares: no, estoy en su poder; no necesita de adormecerme; es que la situación en que me encuentro me hace recelosa: es verdad que mi situación no puede ser más horrible; pero no puedo salvarme de ella sentenciándome á un padecimiento inútil: espere-mos, y cuando la situación sea ya desesperada, ahí está el Rhin para recibirme en su seno.

Y después de esto, Hermesinda comió con apetito, y comió tanto, que poco después de haber comido sintió una sed ardiente, y bebió con ansia el agua que contenía el jarro de oro en que el emperador había fijado su mirada de una manera involuntaria.

Luego se sentó junto á la chimenea, porque sintió frío.

Ese frío que todos sentimos después de haber comido.

El fuego de la chimenea se iba extinguendo se extinguían también las bujías de los candelabros.

Los párpados de Hermesinda, cargados por un vapor denso, se iban cerrando.

Se levantó, y con ese paso lento, particular de los soñolientos, entró en el dormitorio, y vestida se metió en el lecho, su rebujó en sus ropas, porque tenía frío, y poco después se durmió.

«Ariel» se había subido al lecho y dormía á los pies de su ama.

El fuego de la chimenea se apagó por completo.

Una tras otra, hasta la última, se extinguieron las bujías de los candelabros.

Sólo quedó en la cámara el leve reflejo de

la luz de la luna, que iluminaba las vidrieras de las ventanas.

Se abrió la puerta, y una sombra atravesó la cámara.

Al día siguiente, Hermesinda, pálida, sombría, terrible, asomada á una de las ventanas, hundía, por decirlo así, su mirada en las verdosas aguas del Rhin.

—¡Ah, no, no!—dijo—: ¡los muertos no pueden vengarse! ¡yo necesito vengarme, y me vengaré!

Y se volvió, porque sintió junto á sí las pisadas de un hombre.

Este hombre era Huberto de Wantell.

Con gran asombro de éste, Hermesinda se sonrió y le tendió la mano.

—Perdonadme—le dijo—, las duras, las ultrajantes palabras que ayer os dejé oír.

Huberto de Wantell miró de una manera profunda á Hermesinda.

—¿Decís eso con sinceridad, señora?—la preguntó.

—Sí, con todo mi corazón—dijo Hermesinda—, y con todo mi corazón os ruego digáis al emperador que venga á verme.

Huberto de Wantell se inclinó como se hubiera inclinado ante la emperatriz, y salió.

Poco después el emperador de Alemania estaba delante de la princesa de Dinamarca.

—Yo os prometo y os amo, señor—dijo Hermesinda.

—¡Ah!—exclamó el emperador comprendiéndola—; no importa, señora; sino me amáis, me amaréis, yo os lo juro.

Aquella noche, por un postigo del castillo imperial que daba sobre el Rhin, salió un hombre llevando de la mano á una mujer, que llevaba en sus brazos un gato.

La luna dejaba conocer que el hombre era Huberto de Wantell, y la mujer Hermesinda.

Entraron en una barca que al pie del postigo los esperaba, tripulada por cuatro hombres; el postigo se cerró, y la barca, tomando el centro del río, avanzó con rapidez, arrastrada por la corriente é impulsada además por los remos.

—¿A dónde vamos?—dijo Hermesinda.

—A las siete hermanas del Rhin—contestó Huberto de Wantell.

—¿Y están muy lejos esas hermanas?

—Siete leguas, señora.

Hermesinda se envolvió en su manto y no volvió á preguntar más.

—Al amanecer, mi primera abuela Hermesinda—dijo Huberto—, llegó á este mismo castillo,

amado mío, y en él nació mi segunda abuela Enguinharda.

Hermesinda no pudo vengarse del emperador Roberto, porque no le volvió á ver, y no se arrojó al Rhin desesperada, primero, porque creía poder atraer al emperador; después, porque se sintió madre.

Hermesinda dió á luz á Enginharda sin que el emperador volviese á verla.

Pero Roberto reconoció como hija suya bastarda á la hija de Hermesinda.

Pasó un año.

Se cumplieron los dos que Herman Goldming había dicho era necesario viviese encubierta Hermesinda para contrastar el decreto del destino.

El rey de Dinamarca esperó en vano que Herman Goldming se presentase con su hija.

Pasaron aún seis meses, y el rey Estanislao sentía ya un cuidado mortal, cuando uno de sus cortesanos le dijo un día:

—¿Queréis decirme, señor, qué se ha hecho del gato negro de la princesa de Dinamarca?

—Debe estar con mi hija en el convento de las Penitentes de Jesús — contestó el rey Estanislao.

—La princesa, señor, estimaba mucho á «Ariel», porque decía que no se conocía otro gato negro que tuviese los ojos verdes como la esmeralda, y yo podría asegurar á su grandeza, señor, que he visto otro gato negro con los ojos tan verdes como los de «Ariel», si no es ya que el gato que yo he visto es el mismo «Ariel».

—¿Y dónde le habéis visto?—preguntó haciendo un poderoso esfuerzo para disimular su curiosidad el rey Estanislao.

—En la mayor de las Siete Hermanas del Rhin, señor,—contestó el cortesano—: donde hay un hermoso castillo imperial: cuando yo pasé con la barca que me conducía, el gato negro se estaba lavando la cara sentado al sol en una punta de la roca.

—Ese debe ser otro gato—dijo el rey—; porque «Ariel» está con la princesa en el convento de las Penitentes de Jesús.

—Podrá ser, señor, y así debe ser en efecto—dijo el cortesano—; pero nada he visto tan semejante á «Ariel».

El rey aprovechó aquella noticia, y envió á uno de sus servidores, en quien tenía más confianza, para que observase el castillo levantado en la mayor de las Hermanas del Rhin.

El emisario partió, y poco después escribió, al rey Estanislao, que no sólo estaba allí el gato negro, sino también la princesa Hermesinda.

El rey Estanislao se trasladó sin perder tiempo á Colonia, en donde fué hospedado en el palacio imperial, y pocos días después con pretexto de pasar por el Rhin, se metió en una barca y se hizo llevar á las Siete Hermanas.

Llegó á la mayor de ellas, saltó en tierra solo, y al adelantar vió en el mirador á Hermesinda.

A pesar de las órdenes del emperador, el guardián de Hermesinda en el castillo no pudo evitar que el rey de Dinamarca penetrase en él y tuviese una larga explicación con su hija, que le pidió llorando la vengase del emperador.

El rey de Dinamarca, que aunque viejo era bravo como un león, se hizo respetar y temer del guardián de Hermesinda; esperó á que llegase la noche, se metió con su hija y con su nieta, sin olvidar á «Ariel», en la barca, y se volvió á Colonia, en donde llevó secretamente á su hija y á su nieta á una hospedería, y se volvió al palacio imperial, encerrándose en seguida con el emperador.

—Ved cómo os quedáis viudo—dijo el rey de Dinamarca, echando fuego por los ojos.

—¿Y para qué, si os place, hermano de Dinamarca—dijo el emperador con su horrible sonrisa ssgada—, he de enviudar yo de la noble emperatriz Berta?

—Para que podáis pagar la honra que debéis á la princesa de Dinamarca.

—¡Ah! ¿os han dicho que yo he deshonrado á vuestra hija Hermesinda?

—No, nadie me lo ha dicho; la he visto yo representada en una niña de pocos meses en el castillo de la mayor de las Siete Hermanas del Rhin.

—¡Me han hecho traición!—exclamó el emperador Roberto—, y exijo de vos me reveleis el nombre del traidor.

—El traidor se llama «Ariel»—contestó el viejo rey Estanislao, cuya blanca barba temblaba de cólera.

—¿Y ese «Ariel», es vasallo mío?

—Si los gatos que hay en vuestro imperio son vuestros vasallos, «Ariel» es vasallo vuestro.

—¡Cómo! ¡«Ariel» es un gato!

—Sí; el gato negro con los ojos de color de esmeralda que acompaña á mi hija Hermesinda; ese gato ha sido visto hace algún tiempo sentado al sol y lavándose la cara en una punta de la mayor de las Siete Hermanas del Rhin, por uno de mis vasallos que pasaba en un barco, por ese gato he sabido yo dónde estaba Hermesinda; he ido á verla, y la tengo conmigo.

—¿Y os han dejado penetrar en el castillo?

—Sí; ¿quién había de oponerse á la voluntad del valiente rey de Dinamarca, ni aun fue-

ra de sus estados, y siendo vasallo de otro señor?

—¡Klaver me ha hecho traición!—gritó el emperador Roberto.

Y llamó.

Se presentó á la puerta uno de los chambelanes.

—Al momento, al momento—dijo el emperador—, que vayan al castillo imperial de la mayor de las Siete Hermanas del Rhin, y que se apoderen de Klaver y le corten la cabeza; que á los cuatro hombres y á las cuatro mujeres que allí están, se los traigan y los encierren sin que puedan hablar con nadie, en la torre del Tesoro; que Glasnour con cuatro negros africanos de mi guardia vaya contigo y se quede guardando el castillo; vele, y cumple fielmente mis órdenes.

El chambelán salió.

—Hacéis bien en matar á los que saben que la princesa de Dinamarca ha sido vuestra mancha—dijo creciendo en su cólera Estanislao.

—Sólo un hombre lo sabe—dijo el emperador Roberto—, y ese hombre no podrá decirlo á nadie.

—¿Y quién es ese hombre?

—Ese hombre es Huberto de Wantell, gran justiciero del imperio.

—¡Ese hombre debe morir!—dijo el rey Estanislao—; en ninguna parte está mejor guardado un secreto que en la tumba.

—Morirá.

Huberto de Wantell recibía al fin el digno premio de su bajeza.

Cuántos favoritos han perecido porque era necesario enterrar con ellos un vergonzoso secreto de sus señores.

—Y después de esto, ¿qué pensáis hacer, emperador de Alemania? —dijo el rey de Dinamarca.

—Después de esto, vos os llevaréis á vuestra hija, y yo me quedaré con la mía.

—¿Y no teméis que yo entre por vuestras tierras trayendo tras mí estandarte á mis buenos vasallos de Dinamarca?

—Haced lo que queráis; yo os esperaré con mis buenos archeros alemanes; ya sabéis que á mí se me llama Roberto el Intrépido.

—Y á mí Estanislao el Testarudo.

—Tendré el placer de tomaros vuestro pe-

queño reino de Dinamarca, con tanta facilidad como os he tomado vuestra hija.

—¿Y por qué no os unís á ella?

—Porque no quiero desunirme de la emperatriz Berta.

—¡Dios sentenciará entre nosotros!

—¡Y qué me importa á mí Dios! ¿no sabéis que también me llaman el Diablo y el Malo?

—Pereceré ó me vengaré —dijo el rey de Dinamarca.

—No seáis loco, mi viejo hermano—dijo el emperador—, que á nadie más que á vos conviene que nadie sepa dónde ha estado ni qué ha acontecido á vuestra hija; yo hago por vos y por Hermesinda todo lo que puedo hacer; esto es; sellar con la muerte todas las bocas que pudieran referir estas aventuras; llevá-la secretamente, metedla en un convento de vuestro reino, sacadla de allí, diciendo que allí ha estado más de dos años, y no faltará príncipe que quiera casarse con ella, porque es muy hermosa y la espera el trono de Dinamarca.

—¡Y esa niña, hija vuestra! ¿qué se ha de hacer de Enginharda?

—Yo reconoceré como mi hija á esa niña, guardaré el misterio del nombre de su madre, y la crearé un Estado, con cuyas rentas viva como una princesa, poniéndola bajo la protección de los emperadores de Alemania que me sucedan, y que como no tendrán que dar á ella y á su descendencia más que protección, no se la negarán.

—Bien; me llevo mi hija y os dejo mi nieta, por la cual haré yo tanto como vos hagáis, dándola en dinero una cantidad igual al valor de los Estados que vos la deis.

—Convenido, hermano de Dinamarca.

—Pero después de esto—dijo Estanislao el Testarudo—, yo entraré en son de guerra con mis arqueros dinamarqueses por vuestras tierras de Alemania.

—Os advierto—dijo Roberto el Diablo, el Malo y el Intrépido—, que si os cojo sobre mis tierras armado contra mí, os estrangulo, para que vuestra hija sea cuanto antes reina de Dinamarca.

—Y yo os digo, que si os venzo y puedo apoderarme de la emperatriz Berta, la entrego á mis soldados, para cobrarme de la injuria que me habéis hecho en mi hija.

—Pues bien, entregadme vuestra nieta para que yo cumpla lo pactado entre nosotros; llevaos á Hermesinda, y venid después con todo vuestro reñecillo de Dinamarca cómo y cuando quisiereis.

Así se hizo todo.

Enginharda fué secretamente entregada al emperador Roberto, y el rey Estanislao se llevó secretamente á su hija, dentro de una litera cerrada en que iba el gato.

Pero á la primera jornada se echó de menos á «Ariel», y se le buscó en vano.

En cambio, «Ariel» apareció quince días después, en la mayor de las Hermanas del Rhin, adonde había sido conducida Enginharda.

¿Cómo había ido allí el gato?

No se sabe; este es un misterio en la historia de mi familia.

Se cree que «Ariel» no era un gato, sino un espíritu superior que tomaba cuerpo y figura de gato.

Apareció en el palacio del rey de Dinamarca, el día en que nació Hermesinda, y desde entonces nó se separó de ella, como no se separó de Enginharda desde que nació hasta que murió.

Esto era sobrenatural.

Un gato no puede vivir los sesenta años que transcurrieron desde el nacimiento de Hermesinda hasta la muerte de Enginharda.

Y de tiempo en tiempo «Ariel» aparece sentado entre dos almenas de la torre grande, ó paseando gravemente por un muro, ó sentado á la luz de la luna sobre la punta más alta de la roca, lavándose la cara.

El que le ve muere al poco tiempo.

Hace muchos años que no se le ha visto, y yo no le he visto nunca.

Volvamos á Hermesinda.

El rey, sin dejarla ver de nadie, la llevó al convento de las Penitentes de Jesús, donde todos creían estaba la princesa, y á seguida reunió su ejército, y se metió por Alemania talando é incendiando las tierras del emperador Roberto.

Salióle éste al encuentro con treinta mil archeros, le acometió, le venció, le puso en fuga, y el pobre rey Estanislao se ahogó con su caballo al pretender pasar un río.

El emperador mandó sacar el cadáver, y cuando fué á verle, encontró junto á él sentado gravemente al gato negro, que le miraba de una manera terrible con sus ojos de esmeralda.

El emperador sintió frío en el corazón, como si se lo hubiese helado la mirada del gato, y quince días después murió en su castillo imperial de Colonia.

Hermesinda, pues, cuando recibió el cadáver de su padre que la enviaron embalsamado, tuvo que resignarse, porque no podía tomar venganza de un muerto, fué proclamada reina de Dinamarca, y poco después se casó con un príncipe de Suecia, á quien amó mucho y á quien dió muchos hijos.

Este es el origen de las bastardas de Austria, señoras de las Hermanas del Rhin, y protegidas por los emperadores de Alemania.

Todas han amado aquí; aquí se han unido

á un hombre, aquí han dado á luz una sola hija.

Todas han visto una sola vez al gato negro sucediéndolas inmediatamente una desgracia, ya haya sido esta desgracia su muerte ó su viudez.

Yo no he visto nunca, como ya os lo he dicho al gato negro.

—Ahora bien—añadió Humberta dirigiéndose á mi padre—; á pesar de que me habéis dado la sortija nupcial de vuestra madre, y de que ya os he entregado la copa hereditaria de mi familia, sino queréis ser mi esposo, después de lo que os he revelado, no lo seáis, burgrave Ludovico de Van-Deosten.

Mi padre asió tiernamente las manos de mi madre, y la dijo:

—Aunque me expusiese á sufrir por vos todas las penas del infierno, me uniré á vos, Humberta; mañana mismo voy á pedir vuestra mano al emperador.

—No lo hagáis—dijo Humberta—; porque el emperador cuando le pidáis mi mano, os pedirá para concedérsela una corona que no tenéis, pero eso no importa; nos uniremos sin la licencia del emperador, como todas mis abuelas se han casado; después de celebrado el casamiento, iremos á arroarnos á los pies del emperador como mis abuelas lo han hecho, á pedirle perdón por nuestra falta.

El emperador, según costumbre tradicional, nos tendrá presos tres días en distintas habitaciones en su castillo imperial, después de lo que, nos perdonará en audiencia pública, me hará un magnífico regalo de boda, habrá fiestas en palacio durante tres días, y en la tarde del tercero seré separada de vos, el emperador os mandará que no volváis á verme, la emperatriz en una barca magnífica adornada de flores, con una gran comitiva de barcas, en que irán los magnates de la corte y las damas más bellas, me traerá otra vez á este castillo, pasará en él la noche, y al día siguiente, mandándome que no os reciba ni vuelva á veros, se volverá con su comitiva á Colonia.

Esta es la fórmula.

Vos seréis ya mi marido legítimo, pero yo no podré salir de este castillo.

Vos viviréis en él conmigo, sin que al emperador se le ocurra castigaros porque le desobedecéis; y cuando nazca nuestra hija, que hija será, se la llevaréis y se la presentaréis, para que la bautice apadrinándola.

—¿Y cuándo nos uniremos, Humberta?

—Id mañana á la abadía de los Monjes Blancos, que está cerca de Colonia, y decid á su superior:

«Humberta de Austria, señora de las Siete Hermanas del Rhin, es mi amante: venid, padre, á santificar nuestra unión por medio del matrimonio.

El prior vendrá, y en la capilla de este castillo nos unirá secretamente ante Dios.

Ludovico acabó de pasar la noche al lado de Humberta, y antes del amanecer salió, llevando consigo la copa hereditaria de nuestra familia.

Al ir á entrar en la barca tropezó con un objeto blando, miró á sus pies y vió dos pequeñas luces redondas, verdes, intensas, y oyó el leve rugido de un gato.

—¡El gato negro! — exclamó —: he aquí que la desgracia nos amenaza, cuando embriaga aún mi corazón la felicidad de mi amor: ¡y bien, qué importa! por lo que acabo de poseer hubiera yo dado hace cuatro horas la salvación de mi alma.

El gato había desaparecido.

Ludovico entró en la barca, y mandó que lo condujesen á Colonia.

Al mediar la noche siguiente, una barca tripulada por dos remeros, en la que iban un caballero vestido de negro y un monje completamente blanco, se acercó á la mayor de las Hermanas del Rhin.

Antes de tocar á ella, sentado sobre la roca, á la luz de la luna lavándose la cara, vió Ludovico al gato negro.

—No importa — dijo mi padre, y saltó en tierra.

El gato desapareció.

Una hora después, el monje unía en la capilla del castillo á Humberta y á Ludovico.

Antes de entrar en la capilla, Ludovico había preguntado á Humberta, á quien llevaba de la mano:

—¿No habéis visto nada en el oscuro fondo de la galería?

—Nada he visto, Ludovico—contestó Humberta—: ¿qué habéis visto vos?

—Nada—dijo Ludovico—: me pareció haber visto pasar una sombra blanca, luciente y vaporosa.

La sombra tal vez de mi madre, que se regocija con mi felicidad—dijo Humberta.

—Lo que había visto Ludovico en el fondo de la galería, habían sido los lucientes ojos verdes del gato negro, que brillaron por un momento en la sombra.

Al llegar á este punto de su relato Ludgarda, don Juan se levantó de una manera nerviosa.

—¡Vive Dios! — dijo — ó es una ilusión de mis sentidos á causa de la historia de encantamientos que me estáis contando, ó entre esos abetos próximos he visto las dos luminarias verdes del gato de vuestra familia.

—No tendrá nada de extraño, don Juan, porque el gato misterioso anda siempre alrededor de las bastardas de Austria.

—Pues ¡vive Dios!—dijo don Juan—, que yo he de ver si en esto hay misterio ó artificio; y como llegue á tropezar con el gato, aunque sea el mismísimo satanás, yo os juro que le he de dejar sin ganas de volver á hacer trarr pantojos.

Y se dirigió en línea recta y en pasó rápido á la espesura entre la cual había visto lucir los dos ojos verdes.

Pero antes de llegar á ella, apareció en su fondo una forma alta, blanca, que avanzó en paso lento y grave hacia don Juan.

—¿Quién va? — dijo éste con voz segura y tranquila.

—El burgrave Ludovico de Van-Deosten—contestó una voz opaca y solemne.

—Muerto ó vivo, burgrave — dijo don Juan—, llegad; vuestra hija os espera.